

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales
para pasar del privilegio al cuidado



Gustavo Endara
(editor)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales
para pasar del privilegio al cuidado

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales
para pasar del privilegio al cuidado

© **Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador**

Av. República 500 y Martín Carrión,
Edif. Pucará 4to piso, Of. 404, Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 256 2103
Casilla: 17-03-367
www.fes-ecuador.org
www.40-fes-ildis.org

 Friedrich Ebert Stiftung Ecuador FES-ILDIS

 @FesILDIS

Para solicitar publicaciones:
info@fes-ecuador.org

Editor: Gustavo Endara

Autorxs: Gustavo Endara, Leonardo García, Mariano Schuster, Ignacio Espinosa, Andrés Pinto Álvaro, Carlos Pástor Pazmiño, Joel Audí Poy, Cristina Vega y Carolina Baca, Juan Jacobo Velasco, Javier Omar Ruiz Arroyave, Lisette Arévalo Gross, Abelardo Palma Molina, Eduardo Llumipanta, Román Alexis Huertas Montoya, Devanir da Silva Concha, Rigoberto Oliva Sánchez, Natanael Disla, Eduardo Varas

Corrección de estilo: Marcela Pérez Pazmiño

ISBN: 978-9978-94-188-1

Diseño: graphus® 290 2760
Primera edición, junio 2018
Impreso en Quito-Ecuador

Los contenidos del libro se pueden citar y reproducir, siempre que sea sin fines comerciales, y con la condición de reconocer los créditos correspondientes refiriendo la fuente bibliográfica. Publicación de distribución gratuita, no comercializable. El uso comercial y la reimpresión de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES. Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

7	<p>INTRODUCCIÓN</p> <p>¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)? - La necesidad de un diálogo transformador y sanador</p> <p><i>Gustavo Endara</i></p>	
19	<p>Masculinidades críticas para vencer al patriarcado</p> <p>Entrevista a Leonardo García</p> <p><i>Mariano Schuster</i></p>	
27	<p>SECCIÓN I</p> <p>Masculinidades plurales y empáticas: un camino hacia identidades diversas</p> <p>Interseccionando desigualdades espaciales en Quito: la lucha por el derecho a la ciudad desde identidades diversas y disidentes</p> <p><i>Ignacio Espinosa</i></p> <p style="text-align: right;">29</p> <p>Masculinidades - Contribuciones, estancamientos y oportunidades desde las comunidades G(LBTIQ+)</p> <p><i>Andrés Pinto Álvaro</i></p> <p style="text-align: right;">48</p>	
73	<p>SECCIÓN II</p> <p>Masculinidades para una paternidad amorosa</p> <p>Caminando juntos - Reflexiones para una paternidad consecuente</p> <p><i>Carlos Pástor Pazmiño</i></p> <p style="text-align: right;">75</p>	

Grupos para hombres padres: la paternidad como eje en la equidad de género 89

Joel Audí Poy

Paternidad y patriarcalidad - Apuntes sobre tenencia, cuidado y desigualdades de género (a propósito del debate sobre custodia compartida en Ecuador) 105

Cristina Vega y Carolina Baca

La importancia de que los padres nos convirtamos en madres. Papás distintos crean políticas públicas y sociedades diferentes 121

Juan Jacobo Velasco

127

SECCIÓN III

Masculinidades para erradicar la violencia

Hombres de hombrías a contrapelo - De las guerras internas y de las de afuera 129

Javier Omar Ruiz Arroyave

Lorena denuncia 12 años de maltratos y una jueza le ordena olvidarlos 143

Lisette Arévalo Gross

Cuerpo y masculinidad violenta ¿Por qué es difícil narrarnos? 157

Abelardo Palma Molina

SECCIÓN IV**Masculinidades con nuevas representaciones,
simbolismos y lenguajes**

- Los vínculos apasionados en la construcción masculina: poder, sujeto y género 171
Eduardo Llumipanta
- La experiencia de la corresponsabilidad en la cotidianidad de los hombres, una oportunidad para la transformación social desde las masculinidades 188
Román Alexis Huertas Montoya
- ¿Virtualmente nuevos o no? Masculinidad/es en-red-dad@s en lo virtual. Viejos problemas en nuevo formato 199
Devanir da Silva Concha
- ... ¿Yo? ... “macho” desde la cuna 213
Rigoberto Oliva Sánchez
- Masculinidades y ritualidades religiosas en jóvenes pentecostales dominicanos de extracción popular 228
Natanael Disla
- Murió Hugh Hefner, el hombre que jamás hizo una revolución 235
Eduardo Varas



Foto: Archivo FES-ILDIS

Gustavo Endara

Coordinador de proyectos en FES-ILDIS

INTRODUCCIÓN

Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)? - La necesidad de un diálogo transformador y sanador

En el proceso de curación y edición de este libro, una imagen que me acompaña desde mi juventud –y todavía me impacta– estuvo presente con frecuencia, pues desde que la vi, abrió mis ojos ante la desigual estructura social, y lo injustas y agresivas que pueden resultar las divisiones entre hombres y mujeres. Corría el año 1996: la espantosa foto fue publicada en el matutino guayaquileño El Universo, escandalizando a toda la sociedad ecuatoriana. Fue tomada por el fotógrafo Andrés Rendón, quien explica que cuando la captó –con lágrimas de ira y vergüenza en los ojos–, sintió que se trasladó inmediatamente a la época de las cavernas.

Se trataba de una final del campeonato intercolegial de fútbol. Rendón se percató de que en la tribuna del estadio dos chicas estaban caminando y tendrían que pasar por un grupo de unos 20 jóvenes,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

que al verlas, rápidamente las rodearon para tocarlas y ultrajarlas. En la foto se ve cómo ellos gritan, sonrían, gozan de la situación, mientras las dos chicas temen por su vida ante el desamparo de una situación completamente fuera de su control. Una de ellas logró escapar. La otra, fue despojada de sus prendas íntimas, que los chicos mostraron como si se tratase de trofeos. Solamente la dejaron ir una vez que se percataron de que su infame acto estaba siendo fotografiado, y ante los gritos de varios profesores.

El fotógrafo –como muchos– se pregunta: “¿Qué más explicación que esta fotografía quiere la sociedad? Todavía vivimos con esto, es la gran realidad. Estas cosas pasan y, ante ellas, somos ciegos”¹. Después, recuerdo que la conversación giró en torno a, qué hacían las chicas caminando por ahí, en vez de, por qué los chicos actuaron de esa manera. Ellos no aprendieron ese comportamiento de la noche a la mañana, sino que lo interiorizaron al ser educados y criados en un sistema patriarcal que, por siglos, ha normalizado la subordinación de la mujer al hombre.

Veinte y dos años más tarde, en la época de la ubicuidad de las redes sociales y las cámaras de los teléfonos celulares, los legados de décadas de opresión y abuso patriarcal están lejos de ser derrocados. Siguen ocurriendo situaciones de exclusión e indefensión de las mujeres en muchos ámbitos, incluso a un nivel difícil de imaginar, pues tal parece que los hombres nos hemos acostumbrado a que el mundo se ordene de acuerdo a nuestras necesidades e intereses. Por ejemplo, el caso La Manada, en el que un grupo de cinco hombres violaron a una joven de 18 años en Pamplona, España, en julio de 2016, grabando en un celular lo que ellos sostienen -de manera vergonzosa- que se trató

1 La foto aparece en la página 71 del libro *La mirada y la memoria: fotografías periodísticas del Ecuador*, editado por Galo Khalifé y François Laso.

de una relación consentida de sexo grupal. La sentencia de abril de 2018 demuestra lo patriarcal y machista, y acaso cómplice, que puede resultar la justicia. Los perpetradores fueron condenados a nueve años de prisión por abuso sexual continuado, librándose –por el momento– de 22 años de prisión por el delito de violación que exigía la Fiscalía. Un magistrado incluso pidió la absolución y la puesta en libertad de los acusados².

Por otro lado, parece también que la situación está cambiando lentamente. El año 2017 será recordado como el año en que hombres poderosos empezaron a caer, debido a diversas denuncias sobre abusos a mujeres. Finalmente, luego de décadas de silencio –pero también de intensos debates, y principalmente, de la lucha persistente de mujeres que se negaron a aceptar injusticias– se puso en jaque a hombres que, en otros tiempos, se les habría considerado intocables. De la noche a la mañana, ellos han perdido sus trabajos y sus carreras, demostrando que sin importar quién seas, tus acciones tienen consecuencias³.

Tomando en cuenta las atrocidades del patriarcalismo, hoy más que nunca es esencial poner el foco en los hombres como una

2 Jabois, Manuel. (2018). “La Manada abre más heridas”, en *El País*. Disponible en: https://politica.elpais.com/politica/2018/04/26/actualidad/1524732179_281946.html (Consultado el 26 de abril de 2018).

3 El más conocido es el caso del productor de cine estadounidense Harvey Weinstein, quien ha sido acusado de acoso, agresión sexual y violación por más de 80 mujeres de la industria del cine. El escándalo provocó que acusaciones similares alrededor del mundo tengan consecuencias para hombres poderosos, especialmente luego de que animara a miles de mujeres a viralizar sus denuncias a través del *hashtag* #MeToo, cuyo movimiento ha resonado también en la política. No sorprendería que tenga consecuencias incluso para Donald Trump, actual presidente de los Estados Unidos y quien ha sido acusado de asalto y abuso sexual por al menos 15 mujeres desde los años ochenta. El actor Bill Cosby recientemente ha sido condenado por abuso sexual, luego de 50 años de perpetrar sus crímenes. Los testimonios de las acusadoras no fueron tomados en serio por décadas.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

estrategia para suscribir, asumir y contribuir a los ideales de justicia de las causas feministas. De esta manera, podremos reconocer nuestra responsabilidad en las injusticias que hemos causado, y así, aportar soluciones para construir una sociedad renovada. Por ello es necesario preguntarse: ¿Qué quiere decir ser hombre hoy en día? ¿Qué beneficios he obtenido solamente por nacer hombre? ¿Mi hombría es determinada por la biología o se trata de un constructo social basado en normas de género específicas? Si es lo último, ¿qué valores deberían identificarnos?

Hay quienes sostienen que el concepto de la masculinidad y el modelo patriarcal hegemónico -basado en el hombre heterosexual- están en crisis, y muchos jóvenes y adultos parecen estar desorientados en torno a qué clase de hombre ser: cada vez existen menos opciones de trabajo “clásicas” para hombres; los modelos de familia basados en el “patriarca” se están extinguiendo; y cada vez hay más igualdad económica y de derechos gracias al auge del feminismo, lo cual causa inseguridades a los hombres.

Sin embargo, a lo largo de esta publicación se argumenta que, precisamente, la masculinidad y el patriarcado son las fuentes de varias crisis por las que atraviesa la humanidad. Debido a los privilegios que los hombres hemos obtenido del modelo, se han generado desigualdades profundas en el marco de un capitalismo asfixiante e injusto, que gira en torno a la competencia extrema. Asimismo, el modelo es altamente tóxico, pues su belicosidad ha expandido un armamentismo injustificado y desproporcionado, que incluso puede poner fin a la vida en la tierra, sin mencionar el daño que ha causado a la naturaleza y la sociedad, entre otros aspectos.

Desde esa perspectiva, este libro tiene el objetivo de cuestionar el modelo único de masculinidad, para abrir la discusión hacia nuevas formas de entender, vivir y sentir las masculinidades. En este contexto,

el espíritu del libro invita a la reflexión sobre cómo podemos y debemos contribuir los hombres a una pluralidad de ideas, para revertir las crisis y aportar a la construcción de una sociedad basada en valores éticos. ¿Cómo pasar del modelo hegemónico de la masculinidad en el que hemos sido criados y criadas a uno que reconozca la diversidad de experimentar masculinidades equitativas?

Para ello, los hombres tenemos que entender mejor el tiempo en el que estamos viviendo y preguntarnos: cómo pasar del uso de la fuerza a la empatía; de la dominación al respeto; de los roles tradicionales a los no convencionales. ¿Qué podemos hacer para tomar conciencia de lo privilegiados que hemos sido por el patriarcado? ¿Cómo ponemos más énfasis en el cuidado (nuestro, de otras personas y de todas las formas de vida –respetando la naturaleza y los límites del planeta–) y tener el valor de experimentar lo que verdaderamente nos puede hacer felices?

Al pensar nuevas ideas de masculinidades parecería ser que todavía existen más preguntas que respuestas. Y no son fáciles de responder, pero llegó la hora de confrontar postulados caducos y desechar ideas tóxicas sobre lo que entendemos tradicionalmente por masculinidad y hombría y pasar a nuevos enfoques que destaquen masculinidades que comprendan, abracen y engloben la diversidad de la sociedad.

Esta publicación no ha sido confortable de curar, pues en el proceso, me he dado cuenta de que el privilegio es invisible para quienes, como yo, lo tenemos al haber crecido en una sociedad donde las condiciones y oportunidades son superiores, solamente por el hecho de haber “nacido” hombre.

No obstante, al mismo tiempo, los hombres podemos cambiar los lentes con los que miramos la realidad, reformular nuestros roles tradicionales y buscar nuevas formas de usar, sentir y mostrar nuestros cuerpos

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

y nuestras mentes. A través de diálogos sanadores, los hombres podemos visibilizarnos como sujetos de cambio, y poner un punto final a las ideas de la masculinidad dañina. Si estos conceptos nos han endurecido e insensibilizado al abusar del poder que conllevan, la construcción de nuevas masculinidades es una oportunidad para rehumanizarnos, cuestionando -a nivel individual, interpersonal y social- dichas relaciones de poder injustas. En ese sentido, me complace presentar en esta publicación varios aportes para impulsar este diálogo.

El libro está estructurado en cuatro secciones, que discuten críticamente la masculinidad tóxica para proponer planteamientos en torno a masculinidades reflexivas y renovadas. La primera sección, aborda los límites del rígido modelo binario de género, para entender la complejidad de un mundo diverso y con identidades múltiples. En este apartado, los autores abordan la necesidad de pensar y construir masculinidades anti-homofóbicas y empáticas hacia otras maneras de identificarse, pues nadie merece ser excluido por la forma de sentir su cuerpo, menos aún por su deseo.

En la segunda sección, se discuten los aportes necesarios para una paternidad amorosa y enfocada en compartir y colectivizar las tareas de cuidado, y así construir hogares más pacíficos. También, se abordan los desafíos actuales en cuanto a la tenencia compartida, y qué aspectos deben ser considerados para erradicar desigualdades entre padres y madres. Se elaboran también los retos sociales de estructuras familiares distintas a las del modelo tradicional y la flexibilidad que se requiere para apoyarlas.

Un aspecto importante en este sentido, es que los hombres aprendamos a valorar a nuestras parejas y reconocer sus deseos y derechos. De esta manera, se podrá desterrar la violencia intrafamiliar, que, entre otros aspectos, es el resultado de exigir a las mujeres y a las madres

comportamientos tradicionales asociados a su rol. Según la autora Cristina Oddone, la construcción de lo masculino pareciera tener una estrecha relación con el dominio, la imposición y el uso de la fuerza⁴. Por tanto, el tema de la violencia merece un enfoque aparte.

Así, la tercera sección afronta la problemática y los orígenes de la masculinidad violenta contra las mujeres. Aborda también, los aspectos sociales y judiciales necesarios para erradicarla, temas de alta importancia, ya que América Latina es una de las regiones más violentas del mundo para las mujeres⁵. En El Salvador, en 2016, hubo 524 mujeres asesinadas, una cifra superada en el mundo únicamente por Siria y Lesoto⁶. En Colombia, hay tres reportes de abuso sexual cada hora, pero prácticamente, ninguna víctima busca justicia, ya que la impunidad de las denuncias bordea el 97%⁷. Para la antropóloga e investigadora Rita Segato, estos alarmantes índices resultan del mandato de la masculinidad, que se caracteriza por su estructura jerárquica, la consecuente precarización de la vida y la falta de educación⁸.

4 Oddone, C. (2017). “Poner el foco en los hombres para eliminar la violencia contra las mujeres”, en: *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, Nr. 117, *Violencia de género y relaciones internacionales*, diciembre 2017, pp. 145.

5 Y la más violenta si se obvian regiones con conflictos bélicos.

6 Lobo-Guerrero, Catalina. (2017). “La otra violencia de El Salvador” en *The New York Times ES*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2017/07/31/la-otra-violencia-de-el-salvador-feminicidio-violencia-de-genero/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

7 García de la Torre, María. (2018). “El escandaloso silencio de las mujeres abusadas en Colombia”, en *The New York Times ES*. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2018/02/12/opinion-garcia-silencio-acoso-mujeres-colombia/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

8 Vizzi, Florencia y Alejandra Ojeda. (2018). “Una falla del pensamiento feminista es creer que la violencia de género es un problema de hombres y mujeres”, en *Conclusión*. Disponible en <http://www.conclusion.com.ar/info-general/una-falla-del-pensamiento-feminista-es-creer-que-la-violencia-de-genero-es-un-problema-de-hombres-y-mujeres/08/2017/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Segato señala que los índices serían considerablemente inferiores si atacáramos las prácticas culturales habituales, lo que la publicación tematiza en la cuarta sección, donde se aborda la comunicación, el simbolismo y el lenguaje. Aquí se discute el rol de las pasiones en la construcción masculina, el micromachismo, o el machismo oculto en los medios y en el lenguaje. No se deja por fuera el escandaloso mundo virtual y las redes sociales, que es precisamente donde se originan muchos de los problemas, pero también, donde grupos de hombres pueden encontrarse con mensajes y voces que transformen la sociedad.

Así, con esta amplia paleta de temas, esperamos alejarnos del determinismo de género y la rigidez de la binaridad, para evidenciar que la construcción de relaciones de género equitativas e igualitarias es un tema práctico, del día a día, que debe distanciarse urgentemente de la dureza que se ha asignado tradicionalmente a los roles masculinos y de la consecuente marginalización de las mujeres. Si bien, no todos los hombres nos ajustamos a los roles y estándares de la masculinidad hegemónica tóxica, ni la practicamos, la mayoría nos beneficiamos de su predominio.

Por ello, en este libro proponemos que los hombres dejemos de ser cómplices –para utilizar la denominación de la especialista en masculinidades Raewyn Connell– de las ventajas que hemos obtenido de la subordinación generalizada de las mujeres. Pensemos un momento en la foto que describía al inicio: ¿qué habría pasado si todos esos chicos continuaban mirando el partido de fútbol y dejaban a las chicas caminar en paz? ¿Qué cambiaría en el mundo, si como el fotógrafo, tuviéramos el coraje de no mirar para otro lado, sino de actuar ante relaciones de poder injustas?

Cuando hablamos de masculinidades críticas, hablamos también de cuestionar, desestabilizar y erradicar dichas injusticias. Para ello, es

necesario democratizar el diálogo y abogar para que cada vez más hombres nos intereseamos por contribuir a las causas feministas. Pues, como consecuencia del desinterés, demasiados niños han sido atrapados, sofocados y confundidos por un modelo en el que únicamente la fuerza determina la hombría. Lo cual explica también, porqué todos los trágicos tiroteos en Estados Unidos son causados por varones⁹. Hoy en día, los hombres tenemos la responsabilidad de desterrar la masculinidad que defiende la posesión de armas a toda costa, cuyo control ha sido monopolizado por instituciones altamente masculinizadas.

Asimismo, debemos olvidarnos de las prácticas del patrón de masculinidad que objetiviza a las mujeres, y terminar con el silencio del que hemos participado frente a la crueldad de enfoques sexistas y deshumanizantes. Dichos enfoques ocasionan, por ejemplo, que existan países con leyes expresas que exoneran a un violador de ir a la cárcel si se casa con su víctima, o que consideran que un marido no comente ningún crimen si viola a su esposa¹⁰.

No podemos ser entusiastas con la humillación que se ha ocasionado a las mujeres por medio de masculinidades agresivas y dominantes, ni tampoco guardar silencio frente al hecho de que al menos 2 billones de mujeres han experimentado algún tipo de acoso sexual, de las

9 Black, Michael I. (2018). "Los chicos no están bien (o por qué debemos repensar la masculinidad)" En *The New York Times ES*. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2018/02/24/opinion-masculinidad-parkland-tiroteo/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

10 Dichas leyes tratan a las mujeres cual si fueran propiedad de sus esposos, proveen de impunidad e incluso promueven el maltrato y la violencia sexual hacia las mujeres. Por otro lado, en países que criminalizan explícitamente esta y otro tipo de violencias, existe el reto de poner la ley en práctica debido a nociones culturales de subordinación de la mujer. Ver más en: <https://www.equalitynow.org/campaigns/rape-laws-report>

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

cuales 930 millones han sufrido algún tipo de violencia física o sexual, lo cual representa una seria violación a sus derechos humanos¹¹.

Debemos liberarnos de la creencia de que estamos facultados y legitimados a ciertos espacios, trabajos y roles. Solamente cuando entendamos que es hora de compartir igualmente todos estos aspectos junto con otras personas seremos más felices, construiremos un mundo más justo y nuestras vidas serán más satisfactorias y saludables.

En 1915, el poeta y filósofo estadounidense Floyd Dell sostuvo que el feminismo hará posible que los hombres seamos libres por primera vez, pues cada conquista de la lucha de las mujeres significa también liberar a los hombres del rol tradicional de proveedor¹², que ha esclavizado a los hombres por suficiente tiempo. Tanto en aquella época como ahora, los hombres ya no podemos considerarnos los sultanes de nuestro metro cuadrado, sino que llegó el momento de liberar nuestras almas, como Dell decía, para arriesgarnos a vivir sin miedos las aventuras de la vida.

Me pregunto cuántas guerras pudieron haber sido evitadas si hubiésemos apelado a politizar masculinidades como las que Dell indica, en vez de que algunas naciones se hayan cohesionado en torno a políticas de masculinidad tóxica y hegemónica como el nazismo, que, dicho sea de paso, preocupa su resurgimiento en distintos lugares del planeta.

11 Chamie, Joseph. (2018). "Sexual Harassment: At Least 2 Billion Women" En *Inter Press Service News Agency*. Disponible en <http://www.ipsnews.net/2018/02/sexual-harassment-least-2-billion-women/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

12 Dell, Floyd. (2014). "Feminism for men". En *The Baffler*. Disponible en <https://thebaffler.com/ancestors/feminism-for-men> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

Es hora de comprometernos con las causas feministas y sus luchas políticas, así como de aprender de su solidaridad, valentía y liderazgo. Juntas y juntos, podemos dejar atrás el patriarcado y hacer de esta sociedad una en la que nuevas generaciones puedan crecer y desarrollarse enfocadas en asegurar la igualdad entre las personas.

Espero que la lectura nos anime a repensar qué hacer con la masculinidad para imaginarnos nuevas masculinidades diversas, que nos permitan practicar relaciones justas y renovadas entre hombres y mujeres.

Para finalizar, deseo agradecer el fructífero trabajo en conjunto con Hannah Valladares y Leonardo García en la conceptualización de la publicación, así como en los talleres que realizamos en 2017, para sensibilizar a distintos actores sociales sobre el rol de las masculinidades, para garantizar relaciones de género equitativas y justas. De la misma manera, agradezco a las autoras y autores de este libro, por sus valiosas contribuciones a una reflexión crítica en torno a la idea de la masculinidad, así como, a Carolina Salazar Daza por sus comentarios y sugerencias al texto de introducción.



Foto: Archivo FES-ILDIS

Mariano Schuster

Editor de la revista Nueva Sociedad.

Leonardo García

Es magíster en Género y Desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO. Es especialista en la temática de las masculinidades.

Masculinidades críticas para vencer al patriarcado¹

Entrevista a Leonardo García

Hay varones que luchan contra el patriarcado. Están decididos a construir nuevas relaciones sociales que destierren el machismo. ¿Quiénes son y qué proponen? En esta entrevista se comenta de qué se tratan las nuevas masculinidades

1 La entrevista fue publicada en julio de 2017 en el portal digital de la revista Nueva Sociedad y se la puede encontrar en el siguiente link: <http://nuso.org/articulo/nuevas-masculinidades-para-vencer-al-patriarcado/>

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Desde hace ya un tiempo ha aparecido en el debate público la temática de las llamadas «nuevas masculinidades». ¿En qué consisten estas exactamente y qué tipo de crisis o dislocación generan en los roles y las imágenes que comúnmente tenemos de las relaciones entre hombres y mujeres?

El de «nuevas masculinidades» es un concepto en disputa. En la región se le cuestiona, en el nivel epistemológico y político, la ausencia de una posición crítica frente a los ejercicios del poder y a la opresión sobre las mujeres. Se reclama que al término se le ha dado un uso mediático y superficial, como si se tratara de una moda o un nuevo formato para reciclarse socialmente. De allí se desprende el imaginario del hombre nuevo como aquel que cuida su cuerpo, que cocina, llora, cambia pañales e incorpora discursos progresistas y políticamente correctos en lo público. Sin embargo, se sospecha que asumir tales prácticas no garantiza un cambio real, pues al no responder a la búsqueda de un cambio profundo, los neomasculinos pueden verse mejor, más saludables y colaboradores, y paralelamente mantener conductas sexistas y homófobas. Es decir, ese cambio estético prometedor no contribuye a modificar las desigualdades estructurales entre los géneros. En consecuencia, se asocian las nuevas masculinidades con una adecuación contemporánea del patriarcado.

En contraste, en los últimos años, diversos colectivos han asumido las nuevas masculinidades como plataforma de acción política. Conscientes de los riesgos que implica el uso común del término, consideran estratégico aprovecharlo para llegar cada vez a más hombres y así promover su conceptualización, como el ejercicio crítico permanente del poder en el plano individual y social, cuya materialización se alcanza ya no en el discurso, sino en la práctica cotidiana en lo privado y lo público. Así, la nueva masculinidad no se

refiere a la emergencia de nuevos hombres, sino a la incorporación constante de la pregunta y acción frente a los usos abusivos del poder. Como tal, no se define un contenido específico sobre lo que deben ser y hacer los hombres; por el contrario, al asumir la nueva masculinidad como un proceso de humanización, se invita a los varones a reconocer y a hacerse cargo del machismo tradicional que han heredado, y a explorar toda su potencialidad humana hacia el logro de la equidad entre mujeres y hombres.

Fuera de este aparente dilema, en la actualidad existe un consenso en reconocer que es imperativo configurar la masculinidad como una categoría política, cuyo núcleo es el cuestionamiento de las relaciones de poder dominantes, el desmonte de los privilegios masculinos y la búsqueda de la igualdad sustantiva para mujeres, hombres y personas lesbianas, gays, bisexuales, transexuales e intersexuales LGBTI. Algunas de las tendencias y propuestas más destacadas en la región son las masculinidades igualitarias, alternativas, transformadoras o antipatriarcales.

Las reacciones antifeministas a las luchas de género ¿son en parte las generadoras de esta contracara constituida por varones que se asumen como feministas? ¿Qué tipo de paradigmas proponen los llamados «varones antipatriarcales» y hasta qué punto pueden realmente escindirse de la cultura machista imperante?

Los grupos conservadores o reaccionarios tienen como propósito defender el orden «natural» del sistema heteronormativo patriarcal. En ese contexto, las luchas actuales de los hombres que se autodenominan feministas responden a procesos colectivos en los que se somete a revisión crítica el concepto mismo de masculinidad. Existen diversas posturas, unas buscan la resignificación política del

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

concepto, incluyendo los derechos humanos, la justicia, equidad e igualdad sustantiva como principios. Otras posturas plantean, incluso, su abolición, por considerar que se trata de una categoría que se basa en el privilegio masculino, y con su existencia se legitima la dominación y opresión de las mujeres y los sujetos feminizados.

Los varones antipatriarcales, que en el Cono Sur tienen una aparición reciente que data de finales de la década de 2000, se expanden por América Latina. Promueven una ruptura con el cerco patriarcal que ha determinado el ejercicio de la masculinidad como una posición de poder. Una de sus primeras interpelaciones es nombrarse varones, no hombres, pues este último ha sido el signo de los privilegios de ese sistema en la historia de la humanidad. Pero no se trata de un cambio de apariencia, sino que proponen la despatriarcalización de la vida. Dicho proceso no solo es individual sino colectivo, en él se pueden identificar dos momentos. El primero pasa por reconocer y desmontar las ventajas y los beneficios que se obtienen por el hecho de ser hombre, y la subordinación y las violencias necesarias para producir dichos privilegios. En el segundo, se transita de la reflexión colectiva a la lucha y denuncia social de un modelo, que en el plano cultural, limita el acceso a recursos y oportunidades a los sujetos no masculinos, y amplía las brechas sociales, económicas y políticas entre los géneros. De esa manera, estos colectivos agencian por derechos iguales para mujeres, hombres y personas LGBTI, por el fin de la violencia contra las mujeres, el acceso y libre ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos.

Los varones y colectivos antipatriarcales, a la luz de las teorías feministas y de la mano del movimiento social de mujeres, están generando una crisis sin precedentes del modelo hegemónico de masculinidad. No obstante, los límites y riesgos que traen para sí mismos es que pueden reproducir las prácticas del modelo que quieren transformar o, peor

aún, instaurar un modelo de masculinidad que, por libertario que sea, mute en normativo y, como todo modelo, se convierta en excluyente e inalcanzable.

Buena parte de los varones que se asumen como antipatriarcales forman parte de colectivos de debate y discusión sobre el machismo y sobre el cambio de conductas en sus relaciones. ¿Cómo es el desarrollo de ese tipo de experiencias y qué tipo de discusiones se ponen en juego?

Cada colectivo tiene intereses propios y responde a los contextos de cada país. El común denominador es la resistencia y la transformación del patriarcado y sus modelos de identidad. Los colectivos surgen dentro de grupos de amigos, de hombres cercanos a organizaciones de mujeres o que forman parte de movimientos sociales. Generalmente, empiezan preguntándose por el malestar común: la masculinidad hegemónica y el impacto en sus vidas y en la de las mujeres. Hacia el interior, lo personal no se lee como un elemento exclusivo de la configuración de una subjetividad o identidad, se aborda como parte de la agenda de las luchas sociales en clave de interseccionalidad feminista, y como respuesta a las formas de dominación del patriarcado, el capitalismo y el colonialismo.

Otro factor común es que no se instalan en la discusión interna y autocomplaciente. Se pretende una mirada autocrítica y transformadora de sus privilegios y violencias con orientación a la acción. De tal manera que, es frecuente ver a estas organizaciones participando o liderando acciones artísticas, políticas y educativas, como marchas, performances, tomas de espacios públicos, actos simbólicos de alto impacto, talleres, encuentros, entre otros. Los colectivos rompen la normalidad, generan opinión y exigen respuestas de la sociedad, los gobiernos y las políticas públicas, en temas como el aborto, el

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

feminicidio, la explotación sexual, la trans-lesbo-bi-homofobia y la separación Iglesia-Estado, entre otras agendas.

Muestra de ello es que, en octubre de 2017, se realiza en Chile el II Encuentro Latinoamericano de Varones Antipatriarcales, convocado con el objetivo de «la despatriarcalización de las relaciones personales y las prácticas cotidianas, a través del des/aprendizaje, deconstrucción y crítica colectiva de nuestros privilegios, activando y potenciando procesos que permitan prefigurar alternativas políticas libres de machismo, sexismo, LGTTBfobia, y llenxs de amor». Al espacio están invitados varones con o sin pene. Este encuentro representa el avance de un proceso que nació en Argentina, con la realización de cuatro encuentros nacionales de colectivos de varones iniciados en 2012, al que asistieron cincuenta varones y que pasó a tener cuatrocientos en el primer encuentro latinoamericano. Algunas de sus consignas nos permiten vislumbrar su contenido político: «¡Bomba al patriarcado!»; «Ni machos ni fachos», «Varón bonito es el que cuestiona sus privilegios»; «La violencia es capitalista, patriarcal y heterosexual»; «¡Basta de violencia contra las mujeres!»; «Celar no es amor»; «Aborto legal, seguro y gratuito».

¿En qué medida las nuevas masculinidades modifican la publicidad y los diversos espacios donde se construyen imaginarios sociales sobre los hombres y las mujeres?

Los medios de comunicación han sido un vehículo clave para masificar el concepto de nuevas masculinidades, más no para la transformación de la masculinidad. En los medios, la nueva masculinidad se convirtió en una cosa, en un producto deseable que muchos hombres quieren, sienten que pueden y necesitan llegar, porque, entre otras cosas, enuncia el «deseo» de las mujeres y de una sociedad contemporánea,

que promete reconocimiento, prestigio y mayor valía. Así, es frecuente encontrar nuevos hombres impecables en su aspecto y con vidas acrílicas ante las disparidades entre ellos y las mujeres, o aquellos que consideran que la violencia contra las mujeres es asunto de ellas, que ganar más que una mujer con igual formación es el orden natural de las cosas, o que a las mujeres se les dan más fácil las tareas del cuidado. Los medios son uno de los principales agentes de socialización y producción de masculinidades hegemónicas. Si bien se ven algunos movimientos positivos, como el comercial de Tecate donde se invita a los hombres a no ejercer la violencia contra las mujeres u otros spots donde se muestra a hombres realizando tareas domésticas, lo cierto es que se carece de una visión societal que busque un cambio radical en las relaciones de género, por lo que puede afirmarse que, en la publicidad, sigue intacto el modelo patriarcal.

El proceso que explicas parece, por supuesto, provenir de la superficie social y de colectivos muy concientizados en torno del tema. Pero ¿qué pasa con los Estados? ¿Hay políticas de promoción? ¿Existe algún tipo de decisión política en los países latinoamericanos para propiciar las nuevas masculinidades en el marco de las luchas de género?

A pesar de los avances teóricos y el creciente interés social y político, el abordaje integral de las masculinidades es todavía una asignatura pendiente, en la mayoría de los Estados de la región. Son contadas las experiencias sostenidas que se han desarrollado. Brasil, Chile y México son los países con mayores avances. Sin embargo, los recursos y la atención brindados son insuficientes en relación con la magnitud de los problemas que se derivan de la configuración de una masculinidad violenta, que convierte a América Latina en una de las zonas con mayores brechas de género y número de feminicidios del mundo.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Se requiere convertir a los hombres en sujetos de políticas públicas, ya no solo desde un enfoque punitivo, pues claro está que, el temor a la ley no detiene las muertes, las aumenta. Entonces, es preciso adoptar enfoques transformadores de la masculinidad como eje articulador para la prevención de la violencia hacia las mujeres, y de los sistemas sociales y culturales que producen la desigualdad.

**Masculinidades plurales
y empáticas: un camino
hacia identidades diversas**



Foto: Archivo FES-ILDIS

Ignacio Espinosa

Tiene un pregrado en Arquitectura, pero su frustración con la carrera, por lo despolitizada y ligada con el sector comercial-inmobiliario, le llevó a cursar una maestría en Planificación Urbana enfocada en países del “Sur”. Tiene experiencia investigando sobre urbanismo y trabajando con colectivos sociales, incluyendo colectivos LGBTI feministas. Su interés más grande es aportar en la lucha contra las desigualdades de género, raciales, económicas, y espaciales.

Interseccionando desigualdades espaciales en Quito: la lucha por el derecho a la ciudad desde identidades diversas y disidentes

En septiembre de 2016, se llevó a cabo el Encuentro Nacional por el Hábitat y el Derecho a la Ciudad, organizado por CITE-FLACSO, FES-ILDIS, y varias organizaciones de la sociedad civil. Con el apoyo del Proyecto Transgénero, un colectivo transfeminista, dirigí la mesa LGBTI del encuentro. Se discutieron temas relacionados con desigualdades y privilegios en cuanto a la producción y apropiación del espacio público, incluyendo privilegios masculinizados, sexualizados, y racializados.

La ciudad no es un objeto fijo, la urbanización es un proceso dinámico, que es fundamentalmente político. En este artículo, busco demostrar cómo la urbanización responde a múltiples relaciones de poder, de género, sexuales, raciales, de clase, y otras que se manifiestan espacialmente. Para esto, primero presentaré el concepto del derecho a la ciudad. En segundo lugar, explicaré el concepto feminista de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

interseccionalidad y privilegio, como marco analítico para radicalizar el concepto del derecho a la ciudad. Bajo esta noción, revisaré la manera en que a diversas poblaciones e identidades se les niega el derecho a la ciudad en Quito, aterrizando en historias relatadas en la mesa LGBTI del Encuentro Nacional por el Hábitat y el Derecho a la Ciudad.

Repensando el derecho a la ciudad

El concepto del derecho a la ciudad surge en los años sesenta bajo los paradigmas de la ciudad como valor de uso vs. la ciudad como valor de cambio. El primero se refiere al uso de la ciudad para todos: la ciudad del esparcimiento, de la interacción humana, de la expresión, del espacio público. El segundo, ve a la ciudad no solamente desde una lógica productiva, sino sobre todo, desde una lógica lucrativa: la urbanización como un negocio para unas pocas personas, gracias a relaciones neoliberales de mercado desregulado, que intensifican el valor de cambio, la especulación inmobiliaria y la privatización de las ciudades.

Dentro del valor de uso, el filósofo Henri Lefebvre¹ recurrió a: 1) el derecho de apropiación, que se refiere al derecho de vivir, usar, y circular el espacio público, y 2) el derecho a la participación, que se refiere al derecho de controlar procesos de toma de decisión en la producción social del espacio. Traer nociones de “valor de uso” y “democracia participativa” en el proceso de urbanización, de “disfrute” de la vida urbana a través de encuentros en el espacio público, y del derecho a la centralidad o a una vivienda “central”, reemplaza un análisis urbano exclusivamente materialista, por uno que incluye elementos inmateriales.

1 Lefebvre, H., 1996. *Writings on Cities*. Cambridge: Wiley-Blackwell.

Por otro lado, el geógrafo David Harvey² explica de qué manera el neoliberalismo se manifiesta espacialmente en las ciudades al producir, acumular, y, en épocas de crisis, absorber superávits del valor de cambio. El incremento del valor de la tierra y de la vivienda despoja a lxs pobres de sus barrios, debido a la especulación inmobiliaria depredadora, en lo que Harvey llama “acumulación por desposesión”. Reinventar la ciudad transformando su producción social es un ejercicio colectivo que va mucho más allá de la noción liberal de ciudadanía individual y pasiva. Harvey dice que el derecho a la ciudad es el derecho a transformar la ciudad, y en el proceso, transformarnos a nosotrxs mismxs. Por otro lado, otros académicos, como Miguel Pérez³, enfatizan que el derecho a la ciudad consiste, además, en “múltiples derechos” que se refuerzan mutuamente.

Tanto Lefebvre como Harvey se refieren a la exclusión urbana como un fenómeno de clase, donde la clase trabajadora y proletaria, expulsada a la periferia y negada de la centralidad, es precisamente la que soporta y permite la existencia de la ciudad central. A pesar de la fortaleza de su análisis sobre la producción del espacio urbano capitalista y neoliberal, su enfoque de clase inevitablemente se enfoca en lo económico (es decir, en lo material), relegando otras luchas y desigualdades urbanas. Un análisis de clase es últimamente fallido, ya que la actual definición de pobreza no se limita a salario y consumo, sino que es multidimensional.

Lejos de ser perfecta (temas de relatividad cultural, por ejemplo), una comprensión multidimensional de la pobreza se basa en indicadores de

2 Harvey, D. (2014) *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Londres; Verso. Impreso.

3 Pérez, M. (2015) “Ciudadanía Urbana y Derecho a la Ciudad: Hacia una Política del Habitar”. En Gasic, I., Narváez, A., Quiroz, R., eds. *Reapropiaciones de Henri Lefebvre: Crítica, Espacio y Sociedad Urbana*. Santiago de Chile: Editorial Triángulo, pp 10-40.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

salud (nutrición y mortalidad), educación (años de escuela y asistencia) y estándares de vida (acceso sanitario, agua potable, electricidad, piso, etc.). El análisis de clase, desde la sociología, argumenta que la posición social de una persona es determinada por su estatus laboral y las características de su trabajo, que son determinadas de acuerdo a sus destrezas, entrenamiento, y habilidades⁴. Por lo tanto, los modelos de clase son cada vez menos útiles para entender nuevos patrones de pobreza y desigualdad. A pesar de las limitaciones problemáticas de un análisis de clase sobre el derecho a la ciudad, el núcleo de los argumentos del concepto, y su énfasis en múltiples derechos colectivos, hacen del derecho a la ciudad aún más pertinente, en cuanto a la actual definición multidimensional de pobreza.

Por supuesto que la ciudad es una forma de producción social, que al mismo tiempo reproduce y refuerza relaciones sociales del capitalismo y del neoliberalismo. Es igualmente cierto que, existe una fuerte relación entre lo espacial/territorial y las estructuras sociales existentes. Al entender la producción del espacio podemos entender la estructura de clases sociales. Las clases son articuladas por una división del trabajo jerárquica, que reproduce estas dinámicas a través del tiempo y del espacio. A pesar de esto, las relaciones sociales no pueden ser subordinadas a una lógica de clase.

Si es que hablamos de distribución para el uso y apropiación del espacio, así como participación en la producción del espacio, es necesario reconocer “por quién” y “para quién” estos procesos toman lugar. Un concepto subordinado a la clase relega la realidad que muchxs ciudadanxs y colectivos son excluidxs y marginalizadxs de procesos distributivos y participativos, debido a desigualdades internas

4 Grusky D. B., and Kanbur, R., eds. (2000). “Introduction: the conceptual foundations of poverty and inequality measurement”. En Grusky D. B., and Kanbur, R. *Poverty and inequality*. Stanford: Stanford University Press, pp 1-29.

y externas, que van más allá de clases homogéneas. Entender cómo el neoliberalismo y la desigualdad económica son manifestadas y reproducidas espacialmente en lo urbano es esencial pero insuficiente, si no se entiende cómo el sexismo, la homofobia, el racismo y otras formas de opresiones son espacialmente reflejadas, reproducidas, y perpetuadas en la producción de la ciudad.

Más allá de clase: reconociendo la intersección entre género, sexualidad, raza, clase, etc.

El derecho a la ciudad no sólo debe resistir a la ciudad neoliberal; para ser un concepto verdaderamente emancipador, debe resistir igual de enfáticamente al machismo, a la heteronormatividad, al racismo, a la xenofobia, y a toda forma de opresión. Debe reconocer no sólo múltiples derechos que se refuercen mutuamente, sino también múltiples identidades interseccionales basadas en género, sexualidad, raza, clase, etc. El feminismo negro ha hecho contribuciones importantes, que retan una comprensión que superpone la clase, incorporando nociones sobre relaciones interseccionales, que pueden ser reconciliadas con el derecho a la ciudad.

Feministas, como Patricia Hill Collins⁵, hablan de cómo identidades basadas en género, sexualidad, raza, clase, religión, habilidad física, nacionalidad, etc., interactúan en múltiples niveles que se refuerzan mutuamente y contribuyen a desigualdades e injusticias sociales sistémicas. La interseccionalidad demuestra que el machismo, la homofobia, transfobia, racismo, y otras formas de opresión, no funcionan independientemente sino que se interrelacionan entre

5 Collins, P. (1986). "Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought." *Social Problems* (33)6, pp. S14-32.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

sí, formando un sistema de opresión entrelazada, que consiste en múltiples representaciones de discriminación de variada intensidad y desventaja. La interseccionalidad no sólo reta al análisis de clase sino también a la mirada de la identidad como singular y homogénea, afirmando que para entender la posición de alguien en la sociedad es necesario considerar sus múltiples identidades basadas en género, sexualidad, raza, clase, etc.

El feminismo interseccional cuestiona la identidad homogenizada de “la mujer” y habla de “las mujeres”, resaltando la existencia de relaciones de poder y desigualdades internas dentro de esta identidad. No es lo mismo hablar de una mujer blanca heterosexual que de una mujer indígena trans. bell hooks⁶ (escrito en minúsculas) explica cómo al hablar de “la mujer” generalmente se habla de mujeres blancas, y al hablar de “los negros” generalmente se habla de hombres negros, con lo que las mujeres afro y diversas son invisibilizadas del debate de sexismo y racismo. En otras palabras, ignorar las múltiples e interseccionales desigualdades dentro de una identidad termina reforzando y reproduciendo estas desigualdades.

La interseccionalidad debe ser abordada cuidadosamente para no esencializar categorías. Como explica Leslie McCall⁷, una primera aproximación es la interseccionalidad “intercategoría”, la cual reconoce que la desigualdad es una realidad en la sociedad, y por eso, existe la necesidad de usar categorías que documenten y midan sus dimensiones. Sin embargo, esta aproximación es problemática cuando simplemente crea etiquetas, esencializa y refuerza categorías dentro de sub-grupos, como si estos fueran homogéneos (por ejemplo,

7 McCall, L. (2005). “The Complexity of Intersectionality”. En *Journal of Women in Culture and Society* [online], 30(3), pp.1771-1800. Disponible en <http://www.journals.uchicago.edu/doi/pdf/10.1086/426800> [Consultado el 8 de julio de 2017]

“afro” o “indígena” sin considerar la región). Existen aproximaciones “anticategorías”, las cuales rechazan el uso de categorías socialmente construidas como género, sexualidad, etnia, etc., cuestionando su naturaleza finita y esencialista, que divide a las personas en grupos, lo cual es un obstáculo para su deconstrucción. Sin embargo, esta aproximación es problemática en el sentido que, al no reconocer la diferencia, simplemente reproduce las desigualdades ya existentes y cumple con el statu quo.

Una tercera aproximación es la interseccionalidad “intracategoría”, como argumento a favor, ya que busca balancear las otras aproximaciones mencionadas. Esta reconoce las limitaciones y los peligros de las categorías, sin completamente rechazarlas debido a su relevancia para comprender a la sociedad y enfrentar las desigualdades existentes. Es posible argumentar que esta aproximación, a pesar de no rechazar fronteras enfáticamente, busca transfronterizar categorías, de manera fluida y dinámica. En otras palabras, reconcilia realidades presentes con aspiraciones utópicas, recurriendo al uso estratégico de categorías para abordar desigualdades existentes, pero siempre reconociendo estas categorías como construcciones sociales que no son fijas, estáticas, ni homogéneas.

Por último, entender los conceptos de opresión y privilegio es indispensable en un análisis interseccional. El privilegio es el concepto sociológico que dice que algunos grupos de personas tienen ventajas (por ejemplo, privilegios masculinos, heterosexuales, cis, blancos) en comparación a otros grupos. Los privilegios se pueden expresar tanto materialmente (acceso a vivienda, salud, educación, trabajo, herencias, y más) como emocional/psicológicamente (autoestima, confort, sentido de pertenencia). Esto nos permite cuestionar de qué manera ciertas opresiones urbanas entrelazadas llevan a privilegios y desventajas urbanas, que se reflejan en el acceso material y emocional a la ciudad.

Masculinidades en plural

Entender las identidades de manera interseccional evita su homogenización y la reproducción de desigualdades internas. La interseccionalidad aclara que no hay como hablar de lo LGBTI, de lo indígena, de lo afro, de la clase trabajadora, sin entender las relaciones de poder y privilegios dentro de cada una de estas identidades. De igual manera, no es posible hablar de privilegio sin interseccionarlo, incluyendo el privilegio masculino. Las masculinidades son las prácticas, tradiciones, y comportamientos que se han determinado como ideales para lo que la sociedad ha construido como “ser hombre” por clase social, identidad étnica, país, familia, edad, etc. En otras palabras, las masculinidades son necesariamente interseccionadas por múltiples otras identidades, privilegios, y opresiones.

A pesar de variar según contextos, siempre existe una masculinidad hegemónica, como explica mi colega Juan Diego Alvarado⁸. La sociedad es la que legitima qué tan lejos puede ir la masculinidad hegemónica, la cual está en el tope de jerarquías de poder, que legitiman la dominación de hombres sobre mujeres, pero cuenta con otros tipos de masculinidades subordinadas. Por ejemplo, existen también “masculinidades complicitas”, las cuales a pesar de no cumplir con todos los patrones y atributos hegemónicos (por ejemplo de proeza física, rudeza, racionalidad, fuerza, competitividad, violencia), de todas maneras, se benefician del patriarcado y de la masculinidad hegemónica. Un ejemplo típico de masculinidad complicita pudiera ser alguien como un banquero. Por otro lado, las masculinidades marginales también pueden tener atributos de la masculinidad hegemónica, pero son interseccionadas por identidades

8 Alvarado, J.D., “Viernes Feminista”. Culturearte, 89.3 fm. Ciudad de Panamá, Panamá. 28 oct 2016. Radio.

desprivilegiadas, como por ejemplo, de identidad étnica o clase social, y por lo tanto, sus cuerpos están sistémicamente marginados, a pesar de seguir ejerciendo patrones de masculinidades hegemónicas. Finalmente, Juan Diego explica que, existen masculinidades subordinadas, que son aquellas que están en contraria definición a la masculinidad hegemónica, la cual dice que, si alguien no es agresivo y racional, entonces es amanerado, afeminado y débil.

Parte del poderío de la masculinidad es ser culturalmente definido como no femenino; los atributos masculinos son presentados como positivos, y los femeninos como negativos. La construcción social de masculinidad, por lo tanto, se beneficia y perpetúa el igualmente construido binario masculino/femenino. Este binario, y esta pluralidad de masculinidades, finalmente se reflejan, también espacialmente, en las ciudades, trayendo consigo diferentes formas de privilegios y opresiones urbanas.

Interseccionando el proceso de urbanización en Quito

El mayor crecimiento de Quito se da en el privilegiado valle de Cumbayá y en las zonas periféricas informales de la ciudad, reflejando las “dos ciudades” que existen dentro de la misma capital, y cuya existencia “dual” en realidad está fuertemente relacionada. Para poder existir, la ciudad formal depende de la ciudad informal y de sus trabajadorxs mal pagadxs, en situaciones laborales precarias. El crecimiento suburbano y descontrolado de Quito hacia el valle de Cumbayá no se da arbitrariamente, ni sucede debido a una mano invisible. Al contrario, este crecimiento suburbano disperso e insostenible es el resultado de intereses económicos de personas y grandes inmobiliarias que, a través de la especulación de tierra, buscan lucrar del proceso de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

urbanización de la ciudad y se benefician de su crecimiento hacia afuera y no hacia adentro. Este proceso ocurre desde los noventa, en pleno auge neoliberal privatizador del Consenso de Washington en Ecuador, donde el modelo impuesto por EEUU es, replicado espacialmente, en forma indirecta.

Sin embargo, este crecimiento urbano no sólo responde a intereses económicos injustos, que ven a la ciudad como un simple negocio, sino que además, refleja nociones de estatus y relaciones de poder raciales, de clase, y género. El crecimiento de Cumbayá se da a través de urbanizaciones privadas amuralladas, habitadas principalmente por personas blanco-mestizas de clase media-alta y alta. Estas urbanizaciones segregan, no se integran, ni se mezclan con el resto de la ciudad. Además, dependen del carro privado como medio de transporte, siendo esta la zona con más carros per cápita de la ciudad. Feministas también han criticado cómo el tejido suburbano refuerza relaciones desiguales de género, donde, generalmente, el hombre va al centro urbano a trabajar, mientras la “ama de casa suburbana” se queda particularmente aislada y retenida. Por el otro lado, la ciudad informal (referida constantemente como “invasión” e “ilegal”) es principalmente indígena, afro, o de piel oscura, donde el trabajo no reconocido ni remunerado del hogar es, también, frecuentemente feminizado (por las mismas empleadas domésticas que trabajan en zonas privilegiadas de la ciudad formal). En comités barriales, la participación de mujeres es constantemente relegada y encargada a temas domésticos, dentro de estructuras familiares tradicionales. El trabajo terriblemente precario de ventas informales en el espacio público, así como de trabajo sexual, también afecta desproporcionadamente a mujeres y cuerpos feminizados y/o racializados.

Estudios postcoloniales explican cómo ciudades en Latinoamérica (actualmente el continente más económicamente desigual del mundo)

fueron planificadas durante la colonia para acomodar a los hombres europeos en sus cuadras y plazas. Mientras tanto, sus habitantes indígenas “incivilizados” y “anti-cristianos” fueron expulsados afuera de la ciudad legal, o marginalizados como servidumbre en espacios traseros precarios dentro de los domicilios. Este legado colonial de urbanización patriarcal y conservadora ha evolucionado, pero perdura hasta hoy; las mujeres y poblaciones LGBTI siguen siendo gravemente invisibilizadx, violentadx, y oprimidxs tanto en el espacio público como en el privado. La arquitectura contemporánea de las clases medias altas para arriba sigue incluyendo cuartos y baños “de servicio” segregados, como una característica esencial y normalizada.

Esta muy breve descripción interseccional de Quito busca dar una idea de cómo el proceso de urbanización refleja, refuerza, y reproduce múltiples desigualdades sociales y espaciales. Este análisis debe ser profundizado y ampliado a diferentes escalas, de manera cuantitativa y cualitativa. Las historias contadas a continuación pretenden “empezar” este trabajo, dando una perspectiva interseccional sobre desigualdades urbanas que enfrenta la población LGBTI en su lucha por el derecho a la ciudad.

Casos de estudio en la mesa LGBTI del Encuentro Regional por el Derecho a la Ciudad

Muchos de los grandes desafíos de la población LGBTI se reflejan espacialmente en Quito en cuanto a salud, educación, seguridad y bienestar. Desde abusos a sus derechos en espacios como cárceles, a la falta de centros especializados para personas en la calle (muchxs expulsadx de sus propios hogares debido a su orientación sexual o identidad de género); el *bullying* en establecimientos educativos; la falta de acceso a centros de salud especializados y seguros; la inseguridad en el espacio público, que lleva a un desproporcionado número de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

asesinatos por crímenes de odio; la homofobia, transfobia, machismo y racismo en instituciones como la policía, que resguardan el espacio público; la falta de oportunidades de trabajo y de espacios laborales libres de discriminación. La población LGBTI en su diversidad refleja cómo el derecho a la ciudad consiste en la multiplicidad de derechos laborales, de salud, de educación, de seguridad, de expresión, etc., pero además, refleja cómo estos derechos afectan a diferentes identidades interseccionales, de diferente manera.

Los siguientes casos de estudio o “historias” fueron relatados y discutidos durante el Encuentro Regional por el Derecho a la Ciudad. La mesa LGBTI fue apoyada principalmente por la organización transfeminista Proyecto Transgénero. Las historias buscan aterrizar, localmente, algunos de los conceptos y realidades mencionadas anteriormente, así como “empezar” a descolonizar conceptos y relatos sobre el derecho a la ciudad.

● Juan

Juan es un trabajador sexual homosexual que explica cómo su trabajo puede ser tanto localizado como callejero. Juan expone la doble discriminación que experimenta en el espacio público por su orientación sexual gay y por su trabajo, ya que ambas identidades tienen una fuerte historia de ilegalidad en la ciudad. Juan denuncia que dentro de organizaciones LGBTI, temas como el trabajo sexual frecuentemente son relegados frente al matrimonio o al VIH, lo que lo lleva a una invisibilización.

Por otro lado, dentro de colectivos de trabajo sexual, Juan explica que existe una invisibilización hacia las identidades sexuales y de género diversas, como por ejemplo hacia lo gay. En la mesa discutimos cómo, en otras palabras, al hablar de lo gay, no se habla de trabajo sexual, y al hablar de trabajo sexual, no se habla de lo gay. A pesar de contar

con un privilegio masculino en el espacio público, Juan no representa a la masculinidad hegemónica, en parte, debido a su orientación sexual. Al mismo tiempo, a pesar de que lo gay es la identidad más privilegiada y visible dentro de lo LGBTI, tampoco representa a la masculinidad hegemónica gay, debido a su trabajo sexual y a su personaje performativo drag.

Juan es particularmente crítico sobre el nivel de clasismo que existe dentro de colectivos gay y LGBTI. En la mesa conversamos que esto refleja que la “comunidad” LGBTI no es un grupo homogéneo ni armónico, sino diverso, dinámico, y con desigualdades y opresiones internas en cuanto a identidad de género, clase, etnia, salud, etc. Juan revela cómo este clasismo gay es además, reflejado espacialmente, ya que la mayoría de colectivos limita su trabajo a espacios y barrios del hipercentro de la ciudad (La Mariscal y La Carolina).

Por otro lado, las visiones conservadoras e higienizantes de ciudad, por parte del Municipio de Quito intentan, a través de políticas públicas y con la ayuda de la policía, “limpiar” a la ciudad céntrica y turística no sólo de trabajos “indeseables” sino que también de comportamientos “indeseables”. En la mesa discutimos cómo Juan es un doble blanco de la higienización urbana al ser trabajador sexual y homosexual. También mencionamos que, por lo general, estos procesos higienizantes también son blanqueadores y terriblemente racistas, algo con lo que Juan no debe lidiar debido a que cuenta con privilegios blanco-mestizos.

● **Rashel**
(Presidenta de Asociación ALFIL y
Referente Nacional de RedLacTrans)

Rashel es una activista trans que reflexiona sobre cómo, a pesar de que las identidades trans generalmente son más visibles física/estéticamente, sus reclamos y luchas son invisibilizados en los colectivos

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

LGBTI. Discutimos que un hombre gay, frecuentemente, cuenta con el privilegio masculino y pasa como heterosexual en el espacio público, y por lo tanto, ocupa un espacio diferente en la sociedad del que una lesbiana o una mujer trans, que no cuentan ni con un privilegio masculino o/ni con uno heterosexual, en una sociedad tan patriarcal como la ecuatoriana.

Rashel argumenta que, desde su perspectiva, los modos de vida de mujeres trans y personas transfemeninas, por lo general, giran alrededor de tres actividades, a veces por elección, pero sobre todo por falta de oportunidades: el trabajo sexual, peluquerías, o restaurantes/cocinas. En la mesa discutimos que para las personas trans, el binario de “espacio público – espacio privado” se borra con el ser o no ser un cuerpo visiblemente trans, en espacios heteronormados. Rashel dice que trabajar en las cocinas de ciertos restaurantes es posible, ya que esos espacios son privados, no sólo en términos de propiedad sino también física y funcionalmente. Es común que personas trans trabajen en cocinas, porque de esta manera sus cuerpos no son visiblemente públicos ante lxs clientes, como sí sucedería siendo mesera en el comedor del mismo restaurante. Discutimos cómo lo trans, muchas veces, cuestiona binarios de género estéticamente, pero además, constantemente desbinariza nociones de espacios público-privado, demostrando que la emancipación debe lograrse en “todos” los espacios y sus matices.

Rashel explica cómo el derecho al trabajo y el derecho a la ciudad están directamente relacionados con el derecho al género universal. Argumenta que el sexo de cada persona es algo íntimo, mientras el género puede ser público. En la mesa conversamos que el derecho al género universal pudiera eliminar barreras mentales, culturales y físicas, lo que facilitaría derechos laborales, así como el derecho a poder circular por la calle libremente y poder apropiarse del espacio público. Esto refleja que el derecho a la ciudad consiste no sólo en

múltiples derechos (qué), sino que para una verdadera y democrática efectivización de estos, el derecho a la ciudad, necesariamente, también debe incluir el reconocimiento de múltiples identidades (para quién). Rashel dice que existe una falta de representación trans y LGBTI en espacios de toma de decisión del municipio y del gobierno.

● **Ana**
(Marcha de las Putas y Proyecto Transgénero)

Ana es una activista lesbiana feminista que argumenta que Quito no es pensado para el 50% de la población (mujeres y cuerpos feminizados). La ciudad es principalmente planeada y producida por cuerpos heterosexuales, blanco-mestizos y masculinos. Ana explica cómo el no contar con privilegios masculinos en Quito significa que las mujeres cis género sean negadas a vivir la ciudad en la “noche” de manera libre, segura, y tranquila. Por el otro lado, las mujeres trans y personas feminizadas frecuentemente son negadas a vivir la ciudad en la visibilidad del “día” de manera libre, segura y tranquila.

Ana explica que la división de modos de vida y de inseguridad, en la noche y en el día, se convierte en una seria barrera para el encuentro, la interacción y articulación de ideas y luchas de mujeres en su diversidad. Este es un privilegio que las masculinidades en su diversidad no deben enfrentar. Esta división temporal-espacial, la ciudad de noche y la ciudad de día, hace más difícil que se formen alianzas entre feminidades, frecuentemente llevando a un feminismo sin lo trans, y a un movimiento trans sin feminismo.

● **Marco**

Marco critica la producción urbana al antojo del mercado. Explica la importancia del espacio público como un lugar de encuentro, interacción, diálogo, confluencia, expresión, resistencia y protesta, que

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

es lo que permite o no el ejercicio de derechos. Critica la privatización de espacios públicos, así como la creación de espacios privados, como malls y plazas comerciales que pertenecen a grandes grupos de poder económico. Discutimos cómo estos espacios de consumo simulan ser espacios públicos, pero no lo son ya que jamás permitirían el ejercicio de derechos como la protesta, por ejemplo.

También conversamos que los encuentros que “usan” espacios públicos para intercambios humanos y luchas sociales, son muchas veces reemplazados por momentos en espacios privados para intercambios monetarios y consumismo. De esta manera, el mercado ha empezado a asimilar y domesticar a lo LGBTI, particularmente a los gays, viéndolos no como ciudadanos sino como consumidores y clientes. Estos espacios crean una falsa noción de libertad, de escoger qué comprar individualmente, en vez de qué derechos reclamar colectivamente. Consecuentemente, estas identidades gay capitalistas y despolitizadas, muchas veces, ni siquiera practican una masculinidad inclusiva, peor aún una crítica, sino que incluso practican una masculinidad complicita hacia la hegemónica.

Marco explica que los espacios públicos también son vigilados por la policía y controlados para proteger lo socialmente aceptado y lo que le conviene al capital. En otras palabras, “la seguridad” sirve a quienes generan exclusión, y de hecho, es un componente de la desigualdad sistémica. Mencionamos cómo a muchas personas que son vendedoras informales, trabajadoras sexuales, LGBTI, de diversidad étnica, feminizadas o mujeres, de estéticas contracultura, etc., la presencia de instituciones de seguridad en el espacio público, de hecho, les trae miedo, intimidación y estrés, antes que seguridad.

Por último, discutimos cómo el espacio público también debe ser un espacio para el afecto y placer. Muchos gays cuentan con privilegio masculino y pueden pasar como heterosexuales en el espacio público,

pero al mostrar afecto con otro hombre, su privilegio heteromasculino deja de existir. En ciudades como Quito, el afecto homosexual en el espacio público es una práctica muy contraria a la masculinidad hegemónica.

● **Sebastián y Derek** (Fraternidad Transmasculina y Proyecto Transgénero)

Sebastián y Derek son parte de la Fraternidad Transmasculina. Sebastián explica que como hombres trans se definen e identifican con la masculinidad. Resalta que, como cualquier otra persona, alguien trans también puede ser no binario. Es decir, a pesar de identificarse con la masculinidad, no necesariamente se define como hombre. Sebastián expone que las poblaciones trans son constantemente invisibilizadas dentro de lo LGBTI. Las personas transmasculinas son guardias, obreros, taxistas, pero frecuentemente están escondiéndose para no sufrir discriminación laboral ni ataques en las calles. Destaca la importancia de distinguir el derecho a la intimidad vs. la invisibilización obligada.

A pesar de esto, Sebastián explica que un hombre o una persona transmasculina tiene privilegios sobre mujeres o personas transfemeninas, en el espacio público. Dice que él pasó a obtener privilegios masculinos al no tener que preocuparse sobre tiempos y espacios urbanos (a qué hora o a dónde salir), ni de ser acosado o tocado en el bus. A pesar de sufrir ataques transfóbicos en la calle, dice que incluso esto sucede menos seguido que hacia una mujer. Sebastián explica que los hombres y personas transmasculinas son aliados fundamentales del feminismo, ya que han vivido las opresiones y privilegios de lo que la sociedad construyó como mujer y de lo que la sociedad construyó como hombre. Discutimos que, de esta manera, se forjan alianzas no sólo a partir de identidades, sino que también a partir de luchas comunes más amplias y transversales. Sebastián

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

aboga porque las personas transmasculinas, en lugar de convertirse en un macho más, se conviertan en portavoces de las luchas de género. Es decir, que las personas transmasculinas practiquen una masculinidad activamente subversiva.

Derek, como un transmasculino afro, se identifica con mucho de lo que cuenta Sebastián. Resalta su experiencia en el transporte público, ahora que tiene privilegios masculinos y no tiene que lidiar con objetivización sexual ni acosos. Sin embargo, debido a su identidad étnica, también ha experimentado nuevas formas de discriminación en el espacio urbano. Por ejemplo, ahora se encuentra con personas que cruzan al otro lado de la vereda con miedo cuando se acercan a él. De esta manera, Derek practica una masculinidad subversiva y “además” marginal. Demuestra que no sólo es importante deshomogenizar a la población LGBTI, sino que también a la identidad transmasculina, ya que las experiencias de una persona transmasculina afro son muy diferentes a las de una persona transmasculina blanca-mestiza.

Conclusión

El proceso de urbanización refleja, refuerza, y reproduce espacialmente las relaciones de poder existentes en una ciudad. Estas relaciones de poder no sólo son económicas y de clase, sino que incluyen relaciones raciales, sexuales, y de género. Los casos de estudio discutidos demuestran que, así como la apropiación y producción del espacio público son herramientas para asimilar, oprimir, y privar derechos, la urbanización y el espacio público también pueden ser una herramienta capaz de empoderar, emancipar y retar interseccionalmente relaciones socioeconómicas desiguales e injustas.

Si queremos que las ciudades sean apropiadas por diversos cuerpos, estas deben ser producidas por diversos cuerpos. De esta manera,

para romper con la producción urbana machista, es necesaria la participación de actores feministas. Esto se refiere a la participación interseccional de mujeres y personas feminizadas, pero, también incluye la participación interseccional de masculinidades críticas y/o subversivas.

Finalmente, no se puede hablar de ciudades democráticas si los movimientos sociales que luchan por el derecho a la ciudad no son libres de opresiones internas en cuanto a identidad de género, orientación sexual, etnia, clase, etc. Interseccionar el derecho a la ciudad significa interseccionar a sus actores, que la apropian y producen día a día colectivamente. Significa cambiar a la ciudad cambiándonos a nosotrxs mismxs. Por último, significa hablar de múltiples derechos, múltiples identidades, y múltiples luchas articuladas y empoderadas.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Andrés Pinto Álvaro

Luego de nacer en Quito y cursar su escolaridad en una escuela y colegio religiosos de la ciudad, vivió un año en Bruselas para aprender francés y más adelante estudió Ciencia Política en la Universidad de Münster y en la Universidad Libre de Berlín. Actualmente, realiza un doctorado en el Instituto de Estudios de Género de la Universidad Humboldt de Berlín, en donde investiga sobre racismos, colonialismos, generismos en marcos de derechos (sexuales), discursos y activismos, alrededor y en comunidades LGBTQI+. El objetivo es identificar, desde un enfoque inter_seccional, cómo prácticas (activismos políticos institucionalizados, leyes, políticas, espacios e iniciativas) dedicadas a promover derechos humanos y sexuales contienen, re_producen y naturalizan mecanismos de opresión 'racial', de género, de clase. Desde 2015, está involucrado en un proyecto colectivo en Berlín, dedicado a albergar iniciativas para una vida urbana sostenible. Uno de los objetivos del proyecto es crear un espacio crítico y abierto a todas las expresiones sexo-genéricas.

Masculinidades - Contribuciones, estancamientos y oportunidades desde las comunidades G(LBTIQ+)

“El margen no sólo debe ser visto como un espacio periférico, un espacio de pérdida y de privación, sino también como un espacio de resistencia y de posibilidad”.

–Grada Kilomba–

Introducción

Partiendo de los elementos del título, este texto presentará, en una primera parte, algunas reflexiones generales sobre masculinidad(es) en las comunidades G(LBTIQ+). Luego, se citará algunos elementos prácticos que dan luces sobre las contribuciones de las comunidades G(LBTIQ+) a la cuestión de masculinidad(es), y problematizará la afirmación de la masculinidad heterosexista en las comunidades gay. Enseguida, se mencionará algunas reflexiones teóricas sobre la cuestión de masculinidad(es).

A partir de experiencias personales, expresadas en un testimonio y una entrevista, el artículo presentará, en una segunda parte, vivencias de masculinidades desde la perspectiva de un hombre gay y sus recuerdos de infancia y en las comunidades de hombres gay en Quito y Berlín. Si bien las experiencias personales tienen lugar en diferentes territorios, ello también permite identificar líneas comunes más allá de la posición geográfica. En el caso quiteño, se hará referencia a la figura de la “señoritud quiteña” como un instrumento de dominación. En el caso berlinés, se identificará el auge de la ‘masculinización hegemónica’ en las comunidades de hombres gay, a través de la narrativa de la entrevista.

Por último, y a manera de conclusión, se presentará brevemente dos espacios ya existentes, uno en Quito y otro en Berlín, que tratan de subvertir¹ la masculinidad hegemónica. Se señalará la necesidad de establecer políticas públicas que apoyen la creación de espacios colectivos sin fines de lucro, sensibles a situaciones de opresión de todo tipo. Se presentará la idea de un espacio en perspectiva de

1 El uso del guión bajo que se notará a lo largo del texto es un gesto político lingüístico, que permite visualizar cómo se construye y deconstruye una palabra, su(s) significado(s) y su(s) efecto(s) práctico(s).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

creación, que busque re_plantear el cuadro (*frame*) de discusión de margen y centro. El artículo concluirá con un testimonio sobre una forma de sub_vertir masculinidad(es).

■ ¿Por qué los paréntesis en el título?

La masculinidad. Las masculinidades. Hay siempre una y varias. En las comunidades GLBTIQ+² hay una y varias, y hacen pensar primero en el hombre, en los hombres. Este texto se referirá, principalmente, a las comunidades gay, entendiéndose como gays a los hombres gays³. Los paréntesis en el título denotan esta precisión, y denuncian, de forma ilustrativa, la posición de privilegio que tienen los hombres gays cuando se habla de las comunidades GLBTIQ+. Esa posición de privilegio reposa sobre la prerrogativa de base de simplemente ser hombre en una sociedad patriarcal. Además, esa posición de privilegio tiene varios efectos—con diferentes intensidades y excepciones—por un lado, excluye: opaca a personas o grupos de otras comunidades en términos discursivos, visuales, textuales, y de forma material y abstracta; y, por otro lado, ejerce una inclusión oportunista: decide cuándo implicarse y cuándo no implicarse con personas o grupos de otras comunidades.

Es importante notar que las comunidades de hombres gay y los grupos en ellas son diversos, y que los niveles de análisis y autocrítica varían. La precisión anterior se refiere al hecho ineludible de ser, o ser percibido como, hombre en una sociedad patriarcal, y a los privilegios, también ineludibles, que ese hecho conlleva. Ciertamente, los privilegios de ser

2 Gays, Lesbianas, Bisexuales, Trans*, Inter*, Queer, y más.

3 El término 'gay' tiene una connotación socio-económica, socio-cultural, racial y étnica fuerte ya que hace referencia al hombre blanco *gay occidental* con un alto nivel económico y de educación.

hombre varían de hombre a hombre; no todos los hombres son iguales, a pesar de la frase telenovelesca latinoamericana que mantiene lo contrario, ni todos ejercen las mismas expresiones de masculinidad.

Apariencias

Parecería que la cuestión de la masculinidad está resuelta al interior de las comunidades de hombres gay. Parecería que la masculinidad, en singular, es lo que las comunidades de hombres gay intentarían redefinir, o por lo menos cuestionar. Parecería que las comunidades de hombres gay abren la puerta a un sinnúmero de nuevas masculinidades dentro de un ambiente carente de hostilidad.

Maculinidad(es) - Contribuciones y estancamientos

En las comunidades GLBTIQ+ nos encontramos con una variedad de grupos y, junto a esa variedad, con diversas expresiones de masculinidad. Aquello constituye una contribución mayor, en la práctica, en el ejercicio de la identidad sexo genérica, y tiene una consecuencia lingüística directa: pluralizar la masculinidad, es decir, hablar de masculinidades en el plural. Ese gesto práctico y lingüístico, en uso concreto en diferentes grupos con una visión crítica sobre el tema, interpela inmediatamente a la masculinidad heterosexista, que se entiende única (ver Hornscheidt, 2012).

Las comunidades de hombres gay, por su parte, han contribuido también a enriquecer el espectro de masculinidades en plural. Sin embargo, a pesar de haber contribuido de forma sustancial a la visibilidad y protección de masculinidades, que van más allá del consenso social que insta a la masculinidad heterosexista como

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

la única expresión de identidad sexo genérica de los hombres, las comunidades de hombres gay han ido estableciendo normatividades que se basan en gran medida en, o afirman directamente, a la masculinidad heterosexista.

El término ‘masculinidad heterosexista’ nos da luces sobre qué es la masculinidad, nos dice que es única y que es heteronormativa. Estos elementos son importantes porque nos dan pistas sobre qué es lo que la ‘masculinidad heterosexista’ efectivamente hace: anula otras masculinidades, y afirma la idea binaria de complemento absoluto entre masculino y femenino. Claramente, esas pistas se quedan cortas en la definición.

Sin embargo, una definición más precisa no ayudaría mucho más porque la masculinidad “no se puede entender como un objeto aislado, sino como un aspecto de una estructura más amplia”, y sobre todo, como un hecho fluctuante, producto de un momento cultural; de ahí su carácter eminentemente arbitrario (Connell, 2015). En ese sentido, bajo los términos de Raewyn Connell, podríamos decir que la masculinidad heterosexista es la masculinidad hegemónica, lo que añade manifiestamente un elemento más: la dominación.

Es importante anotar que la masculinidad heterosexista hegemónica está basada en una idea “occidental” de la identidad sexo genérica del hombre. Las variaciones culturales de masculinidad son diversas y van hasta la ausencia completa del término y del concepto, pero la idea “occidental” de masculinidad, a pesar de ser una idea precaria en su definición y en su ejecución, “domina” el imaginario global acerca de lo que es ser hombre. Esto último tiene una razón colonial histórica y presente sobre la difusión de ciertas ideas y prácticas y el silenciamiento sistemático de otras.

Hay varixs autorxs que problematizan la masculinidad desde diversas perspectivas temáticas y geográficas (para el caso ecuatoriano ver

Benavides, 2006). Por razones de espacio, nos concentraremos en una tipología propuesta por Connell, que nos informa acerca de cómo la masculinidad y las masculinidades operan, y los efectos que tienen entre sí y en la estructura social.

Masculinidad hegemónica

Connell entiende a la masculinidad como una posición relacional en la estructura social, que determina las relaciones de poder entre los géneros (Connell, 2015). Esto tiene implicaciones en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, y también entre hombres. Más allá de las diferencias en cada individuo, Connell diferencia cuatro tipos de masculinidades que ilustran la jerarquía en operación: la masculinidad hegemónica, la masculinidad sub_ordinada, la masculinidad cómplice y la masculinidad marginal. Esta tipología es útil para entender las relaciones de poder en cuanto al género, a las masculinidades en este caso, y en cuanto a otras variables que influyen en la jerarquización social y que también son pertinentes en el caso ecuatoriano: clase, 'raza' y etnia.

La **masculinidad hegemónica** no se caracteriza por el ejercicio directo del poder sino por su exitosa reivindicación de autoridad (Connell, 2015); es más una estrategia para mantener el poder sobre las mujeres y otros hombres que una lista de características específicas de masculinidad. Por tratarse de una estrategia, todas las formas de masculinidad comparten, en mayor o menor grado, una línea de dominio sobre las mujeres, dando aval a la posición de privilegio de los hombres, lo que a su vez, es constitutivo de la sociedad patriarcal en la que vivimos. Para Connell, la masculinidad hegemónica es el instrumento que busca dar respuesta al problema de legitimidad del patriarcado, que reside en la in_sostenibilidad de la dinámica de dominación masculina.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Ilustrativa del siguiente tipo de masculinidad es la **sub_ordinación** de los hombres homosexuales a la dominación de los hombres heterosexuales. Esto se expresa en formas de violencia institucional (leyes), así como, en violencia de la vida cotidiana (ataques verbales y corporales). La sub_ordinación también se extiende en los hombres heterosexuales que no cumplan con las características socialmente aceptadas de masculinidad. La **masculinidad cómplice** describe que no todos los hombres pertenecen al grupo que ejerce efectivamente hegemonía, pero que, a pesar de ello, se benefician de los “dividendos del patriarcado” y de “las ventajas que resulta para los hombres a partir de la opresión de las mujeres”. Por último, la **masculinidad marginal** incorpora otras variables que tienen un papel central en cuanto a la jerarquía: clase, raza y etnia marcan la posición dentro de las relaciones de poder entre masculinidades. Las masculinidades de hombres racializados/no blancos, no “occidentales” o de hombres de clases trabajadoras se ubican en una posición marginal en relación a la masculinidad hegemónica (Connell, 2015).

Las categorías de clase, raza y etnia, como elementos que determinan la jerarquía entre masculinidades, nos informan sobre cómo operan racismos y clasismos a favor de la masculinidad hegemónica, blanca, heterosexual y cercana al, o propietaria del, gran capital. La organización en la división local e internacional del trabajo que alimenta al modelo capitalista neoliberal creando des_igualdades de toda índole es un elemento fundamental del patriarcado. También, la masculinidad hegemónica tiene implicaciones socioculturales y socioeconómicas que son constitutivas y trabajan en favor del capitalismo neoliberal.

Experiencias

En el esfuerzo de producir conocimiento desde el “margen”, nos topamos con que la producción de conocimiento está regida por estructuras de poder que determinan el acceso o exclusión de ciertas voces. La academia, por ejemplo, es una de esas estructuras. La pretensión

académica de ‘neutralidad’ y de ‘objetividad’ es un instrumento eficaz de silenciamiento, y, por ende, de dominación, de posiciones que involucran a lo personal y a lo subjetivo (ver Kilomba, 2010). En primer lugar, ninguna posición es neutra ni objetiva porque todos venimos de algún contexto que determina nuestra posición ideológica y práctico-social. Además, lo personal y lo subjetivo son elementos esenciales en la práctica humana, y por lo tanto, deberían serlo en cualquier ciencia humana, más aún al momento de analizar situaciones de opresión.

Las experiencias personales son importantes porque hablan por sí mismas y también por otras. Es decir, las experiencias personales no solo tienen una dimensión personal sino que tienen una dimensión colectiva. También, hay realidades sociales que se explican mejor con prácticas y con experiencias que con definiciones.

Las dos experiencias siguientes, que parten de un testimonio y de una entrevista, nos dan algunos elementos concretos acerca de cómo se manejan las relaciones de poder desde el “margen” con respecto a masculinidad(es), en el caso particular de las comunidades de hombres gay.

● Peligros en ‘espacios seguros’

Desde muy pequeño me encontré en escenarios que me inquietaban: la familia heteronormativa, el barrio ‘seguro’, la escuela. La inquietud no tenía forma, ni fondo, ni explicación, ni razón, solo tenía efectos: miedo, angustia, y pensaba con seguridad, que ese sentimiento de inquietud era algo que solo yo sentía y que solo yo debía resolver.

Este testimonio de Miguel, 30 años, quiteño, blanco-mestizo, clase media alta, nos sitúa en la perspectiva de un niño que constata que su entorno lo inquieta, y que además, le produce un sentimiento de soledad, lo que, en sí mismo, ya es un elemento de opresión.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Llegó el momento en el que ingresé a la escuela primaria y mi inquietud se agudizó cuando caí en la cuenta de que mi comportamiento parecía no corresponder con la norma de masculinidad imperante, no correspondía con lo que se esperaba de un niño de cinco años. Estar más interesado en las clases de manualidades que en el equipo de fútbol me revelaba como un niño raro en los ojos de una mayoría que parecía sentirse amenazada; todo esto resultó en varias formas de burla y exclusión durante años, y un sentimiento de no pertenencia. Fui testigo de cómo otrxs compañerxs sufrían tratamientos similares en base a criterios racistas y clasistas.

Este escenario nos informa sobre cómo operan los criterios de masculinidad heterosexista: un grupo 'mayoritario' ejecuta un acto de exclusión cuando un comportamiento no es lo 'suficientemente masculino'. También nos muestra cómo estos actos de exclusión se re_producen junto a otros criterios identitarios como 'raza' y clase cuando ciertas personas no caben en la norma aceptada o en la norma a la que aspira el colectivo.

También me acuerdo de que lxs que eran discriminadxs por cuestiones de clase, por ejemplo, participaban activamente atacando a aquellxs cuya identidad o performatividad de género no llegaba al área de lo normal.

Estos eventos sucedían en una escuela primaria muy local, católica y privada, en un barrio de clase media alta de Quito, al comienzo de la década de los noventa. La escuela era, a la vista de muchos, el epítome de la seguridad para niñxs, y, a pesar de eso, todas esas agresiones ocurrían dentro de los edificios de la escuela y a la vista impasible de adultxs, profesorxs y administrativxs de la escuela, quienes cada semana se mostraban

orgullosos de dirigirse a lxs alumnx con un discurso sobre cuánta suerte tenían todxs de estar en esa escuela.

Cabe recalcar que esas agresiones ocurrían en un ‘espacio seguro’ y que eran parte de un operativo social de sanción que, en el contexto quiteño, tiene peculiaridades que se pueden resumir en un término: la señoritud quiteña.

● **Señoritud quiteña**

La señoritud quiteña es un término que he venido usando en privado, oralmente y por escrito, para describir un comportamiento recurrente de las personas en la ciudad de Quito. El término contiene una referencia ineludible y pertinente en el contexto nostálgico-colonial quiteño actual, a la palabra señorío, la que se refiere a su vez a: dominio o mando sobre algo; territorio perteneciente al señor; dignidad de señor; conjunto de señores o personas de distinción (Real Academia de la Lengua Española, 2017) [Nótese la ironía en la referencia]

La señoritud quiteña es una correctitud quiteña, una actitud de corrección quiteña, correcta y corregidora, que basada en curuchupismos⁴ locales, prejuicios, racismos, colonialismos, generismos, busca normar, vigilar y sancionar la vida propia y ajena en varios ámbitos: personal, familiar, social, afectivo, sexual, cultural.

Esta actitud no es exclusiva de un grupo socio-económico particular; tampoco es exclusiva de un segmento socio-cultural, de un grupo étnico-racial, ni de una comunidad sexo-genérica específica.

4 Término para referirse a conservadurismos religiosos.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

● ¿Cuál es tu masculinidad?

- ¿Del uno al diez? Yo diría que un seis y medio, siete.

...obviamente se me plantea [la cuestión de la masculinidad], pero es algo con lo que crecí, es como que ya estaba definido y nunca tuve que planteármelo de repente, hasta ahora...

...hasta los últimos tiempos en los que he descubierto que no solamente es lo que uno creía que es la masculinidad, o lo que es aceptado como masculinidad...

El relato de Mauricio, 36 años, bogotano, blanco-mestizo, de clase media alta, que vive en Berlín desde hace muchos años, nos da acceso a un grupo de las comunidades de hombres gay berlineses. Su historia enlaza una primera etapa de vida en la Bogotá de los años noventa, y luego, en la Berlín de comienzos del siglo veintiuno hasta hoy. El texto que sigue es una narración cronológica a partir de una entrevista.

La masculinidad como un tema fluctuante:

...indirectamente, cuando de chiquito te decían: es que los niños no juegan con muñecas, pero yo quería jugar con muñecas... o es que la niñas no hacen tal cosa, o yo veía niñas haciendo algo y decía pero yo quiero jugar este juego con las niñas, por qué no puedo jugar, o cosas así...

...hoy [en 2017] ya tengo un entendimiento más... podemos decir que empezó como más teórico sobre el tema, que de repente me llevó a su forma práctica, a cambiar un poco la definición [de masculinidad].

La *performance* de la masculinidad propia:

...nunca he sentido una necesidad de cambiar la performance [de masculinidad]... porque tampoco creo que antes fuera una

performance súper masculina. O sea, siempre tuve como un poco... Creo que siempre fui un seis y medio (risas)

...creo que hay unas cosas que... que no es que haya tenido que cambiar la performance, pero he aprendido a aceptar mi performance un poco más (...) y la de otros también, claro...

Cuestionamientos:

...sí, definitivamente se ha ampliado el espectro [de masculinidad(es)]...

...también te crea muchos conflictos que si no estás consciente del tema, pues no tienes conflictos y ya, simplemente sigues la regla...

...cuando te lo planteas, entonces surgen un montón de preguntas, un montón de situaciones donde entro en conflicto, un montón de situaciones en las que estás, en las que no hubieras estado antes...un montón de personas que conoces a las que de repente no hubieras conocido antes, o yo qué sé, cosas que te tocan personalmente...entonces sí, se amplía el espectro, pero también el espectro se complica un poco – pero pues está bien, es necesario... conocer gente, entender cosas, dejar de juzgar otras cosas que... o de tener prejuicios sin fundamento...

El privilegio y la desventaja de la masculinidad propia:

...es como paradójico porque en el mundo heterosexual, heteronormativo donde no se acepta la homosexualidad [mi masculinidad] es una desventaja, porque claramente no eres el ocho o el siete que todos esperan...

...antes, por ejemplo, fue una desventaja... o podría haber llegado a ser una desventaja porque no era... no me acercaba

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

mucho al ideal. O sea, no estaba tampoco tan lejos... nunca estuve tan lejos de lo que era ser súper masculino...Y en ese momento era una desventaja porque era un poquito menos, y si se notaba y sí lo señalaban... o pues no sé, no podía jugar algunas cosas, no podía participar en algunas cosas. O no es que no podía porque alguien me dijera 'no, no puedes' sino porque yo como que interioricé también 'esto no es para mí' y no lo hacía...

...creo que por ejemplo en una comunidad gay mainstream es una ventaja, el seis y medio siete [en masculinidad], sí, lo es, o veo cómo me puede traer beneficios, qué me interesen o no es otra cosa, pero es una comunidad que es un poco homófoba y que le tiene miedo un poco a la pluma⁵ y al mariconeo y a todas esas cosas. Y pues si oigo mucho eso de: 'ay bueno, pero tú no eres...eres gay pero no eres amanerado', o 'eres gay pero no eres una loca'

Las comunidades de hombres gay:

...creo que hay mucha hipocresía, o sea, creo que lo que se dice está más adelante de lo que se practica... creo que hay mucho camino por recorrer... también para mí... o sea, sigo teniendo cosas que me quedan del pasado, o yo que sé de mi educación, pero pues por lo menos el tema está mucho más abierto... o sea, el hecho de que todo sea mucho más incluyente... se habla mucho de los derechos de los transexuales, por ejemplo, que antes no se hablaba, o sea ni siquiera se tocaba el tema... ni aquí ni allá⁶...

5 La "pluma" denota el amaneramiento o la afeminación.

6 Ni en Berlín, ni en Bogotá.

Nichos de aceptación, realidades e ideales de exclusión:

...yo creo que, de repente, nos movemos en un nicho un poco que acepta mucho todo este tipo de cosas [otras masculinidades, otras expresiones de género]; ya a nivel personal no sé cuántas personas son totalmente abiertas y están dispuestas a incluirlo todo, incluyéndome...

...sí, hay ideales, definitivamente y yo creo que además... Creo que hay una línea de fondo muy escondida, pero sí, viene de algo, y se mantiene... Yo creo que tiene que ver con transmitir fuerza, con transmitir poder... Puede ser muy obvio, puede ser muy sutil...

Casos de exclusión:

...pero de todas maneras, pues ves cómo se alimenta esta imagen de masculinidad que excluye muchas otras cosas [expresiones sexo genéricas], y cómo también se excluyen muchas otras formas de vida porque no siguen esta masculinidad, también no sé, lo ves en estas aplicaciones como Grindr⁷ en lo de Masc4Masc⁸, en lo que la gente está buscando, lo ves también como la gente te habla de otras personas, y cómo deciden si son atractivas o potencialmente una pareja sexual o no... en comentarios, oyes conversaciones, oyes palabras que se usan muchas veces...

...podría ser por ejemplo... yo digo: 'me gusta este', y me dicen: 'ay pero es una loca' o 'no, es que no me gustan tan amanerados' o 'cómo se te ocurre'... es decir hay un problema... se hace un juicio enseguida, simplemente se hace un juicio...

7 Plataforma de citas en línea exclusiva para hombres gay, bisexuales, trans*

8 Criterio de búsqueda de algunos usuarios de Grindr que es un juego de palabras y acrónimo de Masculine for Masculine, Masculino para Masculino.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Espacio(s) seguro(s):

...en general pienso en Berlín como un espacio seguro, para mí... Bueno, mi Berlín... obviamente no sé todo Berlín pero mi Berlín...

...por ejemplo Berghain⁹... no sé, no estoy diciendo que sea cien por ciento seguro o que no haya filtraciones, pero también un lugar como KitKat pienso que es altamente seguro...

...un espacio que cumpla la función de protegerte de lo inseguro, y eso incluye una comunidad.

Hay que tener en cuenta que en las dos experiencias anteriores, los protagonistas son hombres blanco-mestizos, urbanos, de clase media alta y formación universitaria. En los dos casos se trata de dos hombres gay que están dentro de la categoría médico-social de 'saludables' y cuyos cuerpos caben dentro de la norma social de 'cuerpos funcionales' (ver Eribon, 1999).

Propuestas como conclusiones

Uno de los problemas de la masculinidad y de las masculinidades es que se ejercen en el marco de un modelo de dominación patriarcal. Con diferentes intensidades y expresiones, el hombre masculinista está en el centro del espectro social, y está ahí no como un ser pasivo sino como poder-habiente activo y coercitivo al momento de expresar

9 Club nocturno berlinés de música tecno, que opera desde 2004. Se fundó luego de que la idea original, el club OstGut, primer sitio fijo para fiestas fetiche y sexuales de las comunidades de hombres gay en Berlín, se cerrara, en 2003. Algunas de las fiestas temáticas siguen manteniendo el carácter exclusivo para hombres gay, pero la mayoría de las noches de club están abiertas a todo público mayor de edad.

y ejecutar sus ideas, o de ejercer poder para que sus ideas sean ejecutadas bajo su supervisión.

Hay una premisa de base: la masculinidad y las masculinidades necesitan ser desafiadas. Que tengan que ser desafiadas quiere decir que necesitan ser expuestas, necesitan ser confrontadas y necesitan ser cuestionadas. Aquí vale la pena separar, por lo menos en teoría, a la masculinidad y a las masculinidades de los individuos que ejercen tales identidades sexo-genéricas. Desafiar a la masculinidad y a las masculinidades es un ejercicio en favor de todo el colectivo social: el hecho de que los hombres, o las personas, puedan ejercer una identidad sexo-genérica, más allá de la masculinidad y de las masculinidades, constituiría un logro mayor para todxs.

Desafiar, subvertir el modelo de dominación masculina es separarse de ese modelo, favoreciendo espacios colectivos organizados con otros modelos de repartición de poder. Un paso de muchos es re-partir roles de manera equitativa, otro es re-definir los roles, otro es dar espacio para que otras identidades sexo-genéricas florezcan más allá del binario masculino y femenino y más allá de otros binarios como heterosexual-homosexual. El objetivo sería la ausencia de masculinidad y masculinidades entendidas a partir de un modelo de dominación por parte del hombre y de los hombres.

En ese sentido, crear espacios concretos y abstractos, sensibles a opresiones y, sobretudo, abiertos al florecimiento de identidades sexo-genéricas diversas es un paso fundamental a la hora de avanzar gestos de resistencia y de creación. La creación de espacios y en espacios nuevos, nos permite re-plantear también el cuadro de discusión general. Por un lado, es necesario mantener el cuadro de discusión que evidencia la opresión: opresor-oprimido, pero es necesario tener en cuenta que quedarse en ese cuadro de discusión significa también afianzar la estructura de poder que se trata de subvertir. Por eso, es

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

igualmente, sino más importante, salir de ese cuadro de discusión y crear nuevos espacios que limiten el impacto de la dicotomía opresor-oprimido y que creen nuevas dinámicas. Esto es posible con la acción, con la militancia desinteresada, con la convicción de colectivo. A continuación, expongo dos casos de creación de espacios de este tipo en Quito y Berlín, y analizo sus logros, así como los desafíos que enfrentan.

Colectivo Zeta-Quito

El Colectivo Zeta es un colectivo de danza contemporánea independiente fundado en 2010, por un grupo de seis bailarinxs profesionales. Tiene su sede en la sala de artes escénicas Espacio Vazio, en el centro norte de Quito. Desde su fundación, el colectivo se ha caracterizado por mantener una estructura horizontal en la toma de decisiones y por su independencia de las compañías quiteñas de danza tradicionales. Debido a la estructura del financiamiento de espacios culturales en Ecuador, que favorece el factor cuantitativo, el acceso a fondos públicos es limitado. Esa limitación se ve en el Colectivo Zeta como un obstáculo y como una oportunidad. El colectivo ha sabido crear sus propios canales de cooperación con otras salas y grupos independientes, en y fuera de Quito, para sacar adelante sus proyectos.

Hoy, el Colectivo Zeta maneja uno de los espacios más inclusivos en la ciudad. Las obras y las clases de danza son sensibles a criterios socio-económicos de acceso, y además, la paleta temática de las obras del colectivo subvierte el carácter rígido de la mayoría de compañías de danza y de danza contemporánea. El colectivo se entiende como un espacio de investigación y experimentación del cuerpo. El valor está en los aportes individuales de lxs bailarinxs, profesionales y estudiantes al colectivo, al Colectivo Zeta y al colectivo social.

De forma casi intuitiva, el Colectivo Zeta deconstruye efectivamente la vía masculinidad hegemónica en sus prácticas, tanto a nivel administrativo como a nivel escénico, en la escuela de danza y en las obras que presenta. Por ejemplo, la identidad sexo-genérica no tiene un rol definitorio sino más bien un rol performativo, lo que abre el espectro a la creación en términos escénicos y en términos identitarios. El Colectivo Zeta subvierte con éxito la ‘señoritud quiteña’.

Circular House-Berlín

Hacia finales del año 2015, me involucré en un proyecto colectivo y comunitario sin fines de lucro, en Berlín. El proyecto está basado en un modelo de economía circular, aplicada a la gestión del espacio del colectivo, para que pueda servir como un laboratorio de ideas hacia nuevas formas de vida urbana sostenibles. El espacio del colectivo, una cervecería antigua, se logró a través del apoyo político del gobierno local, y del apoyo económico de una fundación privada suiza, que a su vez nos otorgó plena libertad para desarrollar los 2.500 metros cuadrados de construcción, en un área socialmente sensible de Berlín, en el barrio de Neukölln. En ese sentido, estuve a cargo de coordinar y ejecutar proyectos en la adecuación del espacio, para que sea un espacio accesible, y más adelante, dar impulsos en el área de diversidad, y en particular, en el tema de género: en la creación y gestión de conocimiento crítico.

Uno de los objetivos principales del proyecto era lograr un espacio crítico, para acoger a personas en situación de vulnerabilidad por razones de género, ‘raza’, etnia, clase, edad, capacidades corporales, situación migratoria, para que puedan establecer su agenda para el espacio y para el barrio. En ese sentido, en el ámbito administrativo, se fijaron objetivos para emplear, en puestos de responsabilidad, a personas en

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

situación de vulnerabilidad. En cuanto a eventos, se llevaron a cabo talleres de diálogo, a los que se invitó a grupos activistas a exponer sus ideas e intercambiar con otrxs actorxs. Un espacio sensible, en el que personas en situación de vulnerabilidad pueden tomar decisiones y hacer oír sus ideas, subvierte el modelo de dominación masculina. Ahora, las sensibilidades dentro del colectivo se vieron disminuidas por presiones ligadas, en parte, al presupuesto. Cabe subrayar que el proyecto tuvo un apoyo privado importante y, por esa razón, fue realizable en un primer momento. Lamentablemente, la dependencia de otros inversionistas privados se mantuvo.

La dificultad de mantener la independencia de actores económicos tuvo un impacto determinante en las prioridades del espacio. Por esta razón, es imperativo que existan políticas públicas adecuadas y apoyos financieros estatales, que sostengan este tipo de proyectos.

Políticas públicas y responsabilidades propias

Las políticas públicas, en este sentido, tienen que ver con la organización del espacio público urbano y con la posibilidad de organización en espacios colectivos. En relación al segundo aspecto, las políticas públicas podrían observar que los servicios básicos, para este tipo de espacios, sean más baratos o tengan un subsidio directo. Lo contrario, resulta en un factor de presión para toda la organización del espacio. El sistema de pago de servicios básicos debe tener en cuenta el valor del bien colectivo que un espacio genera.

Los incentivos financieros, o la falta de ellos, no son los únicos factores que determinan las prioridades sociales de un colectivo. En el caso del Colectivo Zeta, por ejemplo, el imperativo financiero tiene un rol menos importante que para el colectivo de Circular House, donde el criterio

financiero parecería estar ganando sobre el imperativo generador de valor social, por estar dentro de una dinámica de pago de cuentas.

La pregunta es cómo conciliar el carácter activista militante, que hace que un colectivo como los descritos salga adelante con, o a pesar, del carácter institucionalizado que estos van adquiriendo a medida que se va afianzando la estructura interna.

El entorno socio cultural, político y económico tienen un impacto, pero no son los únicos factores. Desde adentro, una idea de partida sería que el concepto de un espacio crítico incluya una serie de pasos investigativos de campo, para tener en cuenta qué necesidades reales hay y quién se beneficia realmente. Esto implica reconocer los límites personales en la ejecución de tales iniciativas. La maleabilidad del espacio se podría basar en que se busquen alternativas para que no esté sub_yugada a parámetros financieros, o por lo menos, no de forma absoluta. Una puntualización urgente y permanente sería la prioridad del colectivo sobre egos individuales. Por último, sería importante afianzar el carácter temporal de las estructuras, para que no se vuelvan ellas mismas espacios represivos. Ciertas estructuras tienen que des_aparecer, re_novarse y re_surgir de otra forma. El espacio material y quizá el colectivo des_aparecerían, pero la experiencia quedaría, para lxs que la hicieron y para lxs que vengan.

A la hora de la creación de espacios críticos es importante tener en cuenta que, los espacios de reivindicación de derechos para unxs, pueden ser espacios de vulneración de derechos para otrxs. Lo primordial es ir construyendo con la acción, y estar atentxs a las posiciones de privilegio o des_ventaja, de cada persona. Una acción en las comunidades de hombres gay que ya se realiza en algunos casos, y que es un deber más que una delicadeza, es de_construir, re_plantear, y anular si posible, la(s) masculinidad(es) propia(s).

Final como comienzo y oportunidad

Exponer el rol de la masculinidad, de las masculinidades en la sociedad patriarcal en la que vivimos y, en particular, dentro de las comunidades de hombres gay, es un primer paso para re_plantear esquemas identitarios limitantes. El florecimiento de otras masculinidades, diversas identidades trans_masculinas e inter_masculinas, es un paso hacia comenzar a desafiar a la masculinidad heterosexista, en la sociedad y en las comunidades de hombres gay. Otras expresiones de género, trans*, inter*, y demás, que cuestionan el esquema masculinista desafían a la(s) masculinidad(es) en su conjunto.

Cabe recordar que la re_producción de masculinidad(es) está ligada a discursos y prácticas de poder, que se basan en jerarquías y opresiones 'raciales', étnicas, de clase. Cuando se afianza(n) la(s) masculinidad(es), esas jerarquías y las sub_siguietes opresiones también se afianzan. Por eso, es necesario pensar de forma trans_versal al momento de desafiar a la(s) masculinidad(es). En ese sentido, las **luchas trans_feministas**¹¹ son espacios que responden con resistencias y acciones trans_versales a realidades de opresión diversas y cambiantes. La normalización de la homosexualidad, por ejemplo, implica el surgimiento de nuevos dispositivos de control y opresión, desde fuera y desde dentro. El trans_feminismo incluye gestos de re_apropiación de procesos de producción de la identidad, re_definición del cuerpo y de la identidad sexual, formas de des_obediencia de género. Además, tiene un enfoque post_colonial y de_colonial al insistir en que no existe un modelo de feminismo que se pueda aplicar en todas las geografías (Preciado, 2009).

11 Para un ejemplo en resistencia y acción ver Mujeres Creando:
<http://www.mujerescreando.org>

Más allá de la importancia de los avances y el reconocimiento de los estancamientos, en cuanto a la masculinidad y a las masculinidades, es imprescindible pensar en salir de la figura binaria de masculinidad y feminidad y crear espacios en donde otras identidades sexo-genéricas se expresen y se liberen, aún más allá de la figura del género. Hay personas que ya lo hacen por su cuenta. Por ejemplo, Pol, un chico trans* que nos comparte su experiencia:

Yo he transitado, yo he pasado de un lado al otro, y sé lo que es el machismo, a mí me han educado como mujer, yo he sido sociabilizado como [mujer], he vivido en este mundo dieciocho años como mujer. Y he vivido el machismo en mis propias carnes. Sé lo que es estar en una asamblea, decir algo, y que tu palabra no cuente, y que un compañero después diga exactamente lo mismo y todo el mundo lo aplauda.

Sé lo que es que con once años te agredan sexualmente. A mí me han agredido sexualmente. Sé lo que es que te toquen el culo en el autobús. Sé lo que es que te toquen las tetas por el metro. Sé lo que es que te enseñen [el pene] por la calle. Sé lo que es eso.

Pero ahora ya no me tocan. Eso ha dejado de pasar. En cambio, ha pasado otra cosa. Hubo un día que estaba en un rodaje y era un grupo de chicas que jugaban al voleibol y estábamos en el vestuario y me pidieron que saliese del vestuario porque se tenían que cambiar. Es lógico. Pero era la primera vez que me pasaba eso, y me hizo pensar en el camino que había hecho. En como yo había pasado de ser un objeto sexual, alguien sexualizado constantemente, a ser un potencial agresor. Sin serlo, yo sé que no lo soy, pero ahí se habían movido las cosas.

(...)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

He estado en muchos otros espacios solo de [chicos] y cada vez que estoy en uno de esos espacios crece en mí una cierta rabia y una cierta frustración. Y me vuelvo como más feminista. Y me ha hecho pensar también, ¿qué tipo de chico voy a ser?, o ¿qué tipo de masculinidad tengo que tener? Si quiero tener esa, con la que no estoy nada de acuerdo, y esa masculinidad que yo mismo he sufrido tanto tiempo, o si quiero tener otra. Entonces yo tomé una decisión consciente de amariconarme. (PlayGround, Pol, 2017)

Bibliografía

BENAVIDES, Hugo. (2016). “La representación del pasado sexual en Guayaquil: historizando los enchaquirados”. *Revista Íconos* No. 24.

CONNELL, Raewyn. (2015). *Der gemachte Mann: Konstruktion und Krise von Männlichkeiten [El hombre hecho: construcción y crisis de masculinidades]*. 4ta Ed. Wiesbaden: Springer VS.

ERIBON, Didier. (1999). *Réflexions sur la question gay [Reflexiones sobre la cuestión gay]*. París: Flammarion.

HORNSCHEIDT, Lann. (2012). *feministische w_orte: ein lern-, denk- und handlungsbuch zu sprache und diskriminierung, gender studies und feministischer linguistik [palabrxs feministas: una obra de aprendizaje, pensamiento y acción sobre lenguaje y discriminación, estudios de género y lingüística feminista]*. Frankfurt: Brandes & Apsel

KILOMBA, Grada. (2010). *Plantation Memories: Episodes of Everyday Racism [Recuerdos de plantación: Episodios cotidianos de racismo]*. Münster: Unrast Verlag.

PLAYGROUND, POL. (2017). *Este chico sufrió el machismo en sus carnes. Descubre su historia*. Archivo de video. Recuperado en: <https://www.youtube.com/watch?v=NR2C6JwLXSE>. Julio, 2017.

PRECIADO, Beatriz. (2009). “Transfeminismo y micropolíticas del género en la era farmacopornográfica”. *Revista Artecontexto* No. 21.

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA: *Señorío*. Consulta en línea. Recuperado de: <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=XcNQniK>. Julio, 2017.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Masculinidades para una paternidad amorosa



Carlos Pástor Pazmiño

Padre en permanente formación. Especialista en comida casera, lavar platos y arreglar dormitorios. Experto en técnicas de negociación y resolución de conflictos para ordenar juguetes y realizar tareas escolares. Politólogo por la Universidad Central del Ecuador, Especialista Superior en Cambio Climático, Magister en Estudios Latinoamericanos con mención en Relaciones Internacionales y Doctorando (Ph.D) en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Líneas de investigación: problemática agraria, grupos económicos, elites políticas, luchas campesinas indígenas, geopolítica agraria, desarrollo rural y el papel Estado. Desde 2011, es miembro del Grupo de trabajo de CLACSO “Desarrollo Rural: Estudios críticos”. Militante de la Confederación Nacional de Organizaciones Campesinas, indígenas y negras FENOCIN. Actualmente, coordina el Taller de Estudios Rurales de la Universidad Andina Simón Bolívar.

Caminando juntos - Reflexiones para una paternidad consecuente

*“Yo soy tan feliz cuando te despertás
Vos me haces feliz, hacés el mundo brillar
Yo me quiero ir a la luna con vos”*

–Fito Páez–

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado



■ Primeros pasos

Un sábado por la mañana, una muchacha con pañoleta roja, boina negra y ojos preocupados golpeó la puerta de mi clase de filosofía, preguntó al profesor por mí y salí de la clase, fue directo al grano: “estoy embarazada”. Yo tenía veinte años, cabello largo, amaba el rock y la cerveza, coleccionaba resacas, amores, libros e ideales revolucionarios. En mi vida no estaba la idea de ser padre, no quería ataduras, familia, ni reglas. Quería leer, beber, enamorarme, desenamorarme, irme, quedarme, no sé, solo ser, con mis limitadas experiencias y grandes expectativas. Lo que ha pasado desde entonces superó todas mis capacidades, proyecto de vida y me retó a buscar estrategias para aprender a ser padre. En la búsqueda de respuestas leí “Emilio” de Rousseau, “La inteligencia infantil” de Jean Piaget y muchos otros, para finalmente, darme cuenta de que no hay un manual que te diga cómo ser padre y además intentar hacerlo bien. Lo que les contaré en las siguientes líneas es el camino que hemos recorrido, mi hijo y yo, en estos diez años.

Para entonces estudiaba dos carreras, Derecho en la mañana y Sociología en la tarde, militaba en las luchas populares a tiempo

completo, y cada fin de semana me bebía “hasta el agua de los floreros”. No era la persona más responsable para cuidar a alguien, ni conmigo mismo podía. Salía cada jueves de la casa de mis padres en Carapungo, al norte de Quito, y regresaba domingo en la tarde. Muchas veces no recordaba siquiera dónde estuve, con quién o cómo volvía. Los pocos recursos que tenía los gastaba en libros, tragos o tatuajes. En casa me retaban por la forma de vida que llevaba, pero nada hacía mella, prometía dejar el cigarrillo y al rato ya me había terminado una cajetilla.

En febrero de 2008, mi hijo y yo nos vimos por primera vez, nos observamos con simpatía e incertidumbre, nuestro camino apenas empezaba. Recorrí con su pie pequeño mi barba, él no sonrió, pero me inspeccionaba minuciosamente. Yo temblaba y pensaba en cómo no convertirme en una pesadilla para él. No vivíamos juntos, pero lo iba a ver cada tarde y algunas mañanas. La primera vez que lo bañé fue con su abuela materna, el pediatra había sugerido un baño en leche, para que su piel se fortalezca o algo así; no recuerdo bien, pero sí recuerdo que llené una tina con varios litros de leche, mientras él miraba curioso y atento.

Al terminar el baño lo sequé con mucha delicadeza, temía no hacerlo bien, nervioso secaba sus brazos, piernas, pecho, y cuando sequé su pancita se le cayó lo que quedaba del cordón umbilical de su ombligo y me asusté, la verdad entré en pánico. Llamé de inmediato al pediatra y quería llevarlo al hospital. Después de cuatro llamadas, el doctor me contestó y me dijo que eso era normal, que no me preocupe, al fin, pude respirar tranquilo.

Alguien me dijo que si se pone a un niño a escuchar música clásica, le ayudaría a desarrollar su cerebro; así que, junto a su cama le dejaba encendido el radio con música, no siempre clásica, también algo de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

rock y protesta. En las tardes, le leía cuentos o las lecturas que tenía de tarea para mis clases de sociología. El tiempo ya no era el mismo, no podía estudiar dos carreras, visitarlo a diario y hacer pasantías en un centro de investigación a la vez. Tuve que decidir y dejé de estudiar Derecho, ya no iba con mis amigos a los bares, y cada centavo que tenía era para pañales, fórmula, ropa, juguetes o algo para él. Pasábamos juntos todas las mañanas.

Buscando maneras de compartir tiempo juntos, y al mismo tiempo desarrollar sus motricidades, lo inscribí en cursos de estimulación temprana; nuestra primera experiencia fue la piscina, este sí que fue todo un período de experiencias. De las doce personas que íbamos a las clases con nuestros hijos, nueve eran mujeres, dos iban en pareja, yo era el único hombre solo. Todos los miércoles y sábados llegaba apresurado con tres maletas, lo cambiaba con prisa pero con detalle, y entrábamos. En las clases de natación, sentía a nuestras espaldas gestos de asombro, murmullos, tosecitas, falsas carrasperas, etc. Un padre solo, pelilargo, tatuado todo el brazo derecho, era un espectáculo para quienes creen ciegamente en los mandatos de género y en las familias tradicionales.

El mundo patriarcal en el que vivimos nos ha otorgado roles, y el rol del cuidado en un hombre es estigmatizado; por eso, la sorpresa cada vez que yo iba solo con mi hijo a sus actividades. El rol del hombre en esta estructura perversa del sistema capitalista es la de proveer y reglamentar, alejándonos del sentir. Varias veces, en los habituales ejercicios de pareja en las clases de piscina, sentía que nadie quería hacer grupo con nosotros, por lo que terminábamos trabajando por nuestra cuenta o con la maestra.

Estuvimos un largo tiempo en natación y la dejamos porque el cloro de la piscina afectaba la piel de mi hijo. Entonces fuimos a música, tres veces a la semana por una hora y treinta minutos. Nos sentábamos en

un salón a conocer los distintos instrumentos y sonidos musicales, le encantaba este espacio a mi hijo, hasta hoy él ama la música.

Cuando su abuela materna ya no podía cuidarlo busqué minuciosamente una guardería, vi muchas, algunas muy bonitas, pero totalmente fuera de mi alcance económico. Entonces encontré una sencilla pero cálida, cerca de casa, con buenas personas. Cada mañana lo retiraba de su casa, lo dejaba en la guardería, me iba a la universidad y volvía por él en la tarde. Hicimos una buena relación con las profesoras, madres de familia y niños de la guardería, en cada programa de la institución participaba con gusto. Para estos tiempos, mi hijo dormía en mi casa al menos tres días a la semana. Era difícil hacer que concilie el sueño, pero una vez que se quedaba dormido no despertaba sino hasta el día siguiente.

Cada noche antes de dormir jugábamos, leía algo para él, y le cantaba como canción de cuna *“Hubo un tiempo que fue hermoso y fui libre de verdad, guardaba todos mis sueños, en castillos de cristal, poco a poco fui creciendo, y mis fábulas de amor, se fueron desvaneciendo, como pompas de jabón, te encontraré una mañana, dentro de mi habitación y prepararás la cama para dos...”* de Sui Generis o la Canción del Oso de Tango Feroz. Cuando al fin se dormía, luego de al menos una hora de juegos, un biberón, como tres cuentos y dos canciones, yo tomaba un café y me sentaba a estudiar los pendientes de la universidad o a preparar los informes de la pasantía.

Decidir la escuela a la que iba a entrar fue una tarea sumamente compleja, “caminé esta vida y la otra” conociendo escuelas. Al final, y por sugerencia de una tía, terminé inscribiéndolo en una escuela militar. Una tía había trabajado durante muchos años ahí y me ayudaría a estar pendiente de él, estaba cerca de todo y no era tan costosa. Por principios ideológicos, no me gustaba nada que fuera militar o religioso,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

pero la inexperiencia me arrinconó. Los primeros tres años fueron buenos, para estar al tanto de todo fui presidente de padres de familia del aula todo este periodo. Por tres años, organicé y desarrollé muchas actividades como: la colada morada, las fiestas de Quito, Navidad, Día del Maestro, Día de la Familia, mañana deportiva, etc. Al principio, me costó mucho aprender a organizar este tipo de actividades, luego sabía hacerlas al derecho y al revés. Fue una experiencia linda; conocí muchas madres de familia que siempre colaboraban en cada actividad. Este espacio me permitía estar siempre atento a lo que pasaba con mi hijo en la escuela, conocer a sus amigos y maestros, así como apoyar en actividades de la escuela.

Retiraba a diario a mi hijo de la escuela, al medio día; almorzábamos lo que le había preparado, hacíamos tareas, jugábamos, lo bañaba, cortaba sus uñas y tres veces por semana íbamos al conservatorio, luego lo iba a dejar en casa de su abuelo materno. Después vino un periodo fantástico, casi todo el tercer año y la mitad del cuarto grado escolar vivimos juntos. Fue una época estable, de muchos aprendizajes y alegrías. Todo el tiempo nos rodeamos de cuentos, música, conciertos, teatro, viajes, marchas, juegos, disfraces, bailes etc. Este tiempo fue maravilloso, aprendimos a sujetar cordones, a manejar bicicleta, a trepar árboles, a nadar. Yo quería que él recuerde una infancia feliz, y dedicaba mi tiempo a eso, sin despreocuparme de mis actividades académicas y militantes.

Muchas veces mi hijo me acompañaba a clases en la universidad. En alguna que otra ocasión, incluso iba conmigo a exámenes, a conferencias, congresos, presentaciones de libros o reuniones con los compañeros de las organizaciones sociales. Él siempre llevaba su mochilita con sus juguetes y tareas. ¡Me alegraba verlo a mi lado en las clases con su sonrisa cálida, sus ojos alegres y su pensamiento despierto! De vez en cuando, mi hijo incluso participaba en la clase con algún comentario o pregunta; en los recesos lo comía a besos y le

decía “falta sólo una hora más y nos vamos, cielo”, él asentía con cara de cansancio y decía bueno un ratito más, él siempre me ha tenido paciencia.

Las tres piedras del camino



Al iniciar el cuarto año escolar, las cosas cambiaron radicalmente. La maestra del colegio militar era una dictadora. En tres semanas de clases, mi hijo había ido a la inspección siete veces; todos los días traía notas en la libreta escolar y la maestra lo sacaba de clases. Fui cada día a hablar con la maestra de esto, y me decía que mi hijo solía conversar en el aula, dibujar en clase, cantar, etc. Yo no podía justificar estas actitudes, pero me parecía que esas acciones nunca podían ser razones suficientes para que lo saque del aula o que lo amenace.

Llevé a mi hijo a clases de música desde los siete meses de edad hasta hoy; le encanta dibujar, hace escultura, lee cada noche y es

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

muy creativo, un colegio militar no era para él. Se sentía preso en este régimen, con un general represor por profesora. No era feliz, la escuela era un castigo. La gota que derramó el vaso fue cuando la maestra lo jaloneó del brazo y lo sacó del aula; inmediatamente puse una queja por escrito y acudí a las autoridades del colegio. Sin embargo, no tuve ninguna respuesta. Sólo me respondieron que la maestra era una profesora muy antigua, hija de un general y que esa era su forma de “enseñar”; para mí era más una forma de domesticar mentes creativas.

Recordé entonces aquella canción de Sui Generis: *“Yo formé parte de un ejército loco, tenía veinte años y el pelo muy corto, pero, mi amigo, hubo una confusión, porque para ellos el loco era yo. Es un juego simple el de ser soldado: ellos siempre insultan, yo siempre callado...”* Entonces hablamos con franqueza con mi hijo y tomamos una decisión. Estiré cautelosamente mi mano hasta hallar la suya y salimos del colegio militar, esta decisión fue como un relámpago de incertidumbre, no sabía si hacía bien o no en retirarlo, separarlo de sus amigos y llevarlo a un lugar nuevo.

Un día de sol, mientras buscaba una nueva escuela, vi un cartel grande con una frase que me conectó inmediatamente, decía “educar es la muestra más grande de amor”. No lo pensé dos veces y entré, conocí la escuela, conversé con autoridades, maestros, niños y uno que otro padre y madre de familia que encontré en el lugar, quedé encantado. Había mucha amabilidad, calidez y sencillez. Era una escuela pequeña que contaba con algo más de 10 niños por aula, con maestros dinámicos y divertidos. No lo pensé más, hice todos los trámites, me endeudé por aquí y por allá y empezó clases en la nueva escuela, el siguiente lunes. Hoy veo con seguridad que fue una excelente decisión, él es feliz, tiene buenos amigos, aprende y es tratado con respeto y armonía.

En muy poco tiempo hubo varios cambios fuertes, nueva escuela y dejar de vivir juntos. Nuevamente, yo lo retiraba al medio día, hacíamos

lo habitual, tareas, juegos, conservatorio, etc. Cada noche lo iba a dejar en su otra casa, con las tareas terminadas, luego de cenar, bañarse y con los uniformes limpios para el día siguiente.

Durante el periodo en que lo cambié de escuela, coincidieron tres hechos complejos que marcaron significativamente nuestras vidas. Primero, un cambio de escuela, con nuevos amigos, con nuevas maestras, nuevas exigencias, cambió la vida cotidiana de mi hijo; con altos y bajos logró hacer amigos, estabilizar sus aprendizajes en la escuela y convivir armónicamente. Al poco tiempo, cuando apenas todo se normalizaba, estalló un juicio de tenencia entre su madre y yo.

En casi siete años no fue necesario un proceso judicial, pero las circunstancias me obligaron a promoverlo. Fue un periodo triste y desgastante psicológica, física, emocional y económicamente. Tuvimos que vivir audiencias, visitas de trabajadores sociales, citas con psicólogos, recopilación de información, pruebas, testigos, abogados, incertidumbres, polarización, miedos, etc. A veces, me preguntaba si era correcto seguir el juicio, por todo el dolor que nos provocaba, sobre todo a él, eso es lo que más me dolía. Lo veía en la “sala lúdica” mientras alguien le cuestionaba: ¿cómo vives con tu padre? ¿cómo vives con tu madre? ¿qué haces en casa de tu papá? ¿qué haces en casa de tu mamá? ¿con quién te gustaría vivir y por qué? Me mataba verlo en esas circunstancias.

Cuando él acudía a los juzgados, se lo veía aparentemente tranquilo, pero cuando llegábamos en la tarde a casa luego de todo, él lloraba, se molestaba, me gritaba que era mi culpa, que yo quería alejarlo de su madre. No soy el mejor ejemplo de padre y lo admito, pero desde que nació mi hijo yo dediqué mi vida a buscar las condiciones que me permitan cuidarlo, formarlo, guiarlo. Estaba convencido que tenía la vocación, voluntad, decisión y condiciones para ser papá a tiempo completo como lo había sido siempre. Viviendo juntos mi hijo tendría

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

una vida en armonía, cariño, responsabilidades y respeto, sin prisas ni temores.

Me preparé para el proceso como cuando estudiaba para mis exámenes. Mi mejor estrategia era siempre decir la verdad, cuidadosamente organicé un archivo de más de un centenar de documentos, entre carnets de vacunación, carnets de cursos de estimulación, reportes académicos, cartas, recetas del pediatra, etc. Al mismo tiempo, visité a cinco personas para que me ayuden con sus testimonios en el juicio, una profesora de su antigua escuela, la directora de su nueva escuela, su pediatra y su abuelo materno.

Luego de todo el proceso, la jueza decidió que lo mejor para “el niño” era que viva conmigo de lunes a viernes, y que tres de los cuatro fines de semana del mes visite a su madre. El proceso fue largo, pesado, complejo, doloroso, pero estoy seguro de que enfrentar este juicio fue una decisión que valió la pena para nuestras vidas, la estabilidad llegó a nuestra puerta para quedarse.

El tercer hecho que marcó nuestras vidas fue mi detención arbitraria. Una tarde de diciembre de 2015, las organizaciones sociales con las que he militado desde los catorce años, convocaron a un gran paro nacional en contra de las enmiendas a la Constitución. Acudí a la convocatoria con conciencia y compromiso, empezó en la mañana; así que como todos los días, dejé a mi hijo en su escuela y luego fui a la marcha. Estuve en las calles gritando las consignas, repartiendo volantes, pintando pancartas etc. Al medio día me fui, como siempre, a retirar a mi hijo de la escuela.

Hicimos lo habitual, aquel día no tenía clases en el conservatorio, así que le propuse ir a comer en casa de mis padres. Mientras nos dirigíamos a casa de sus abuelos paternos, íbamos escuchando el debate que los asambleístas tenían sobre las reformas, estaba

indignado por la ambigüedad y nula argumentación que sostenían los “honorables”. Cuando llegamos a casa de mis padres, me escribieron los compañeros que la marcha continuaba, así que regresé. Me despedí de mi hijo, le dije “no tardo” y volví 15 días después. Me detuvieron injustamente el 3 de diciembre de 2015, el delito fue oponerme al excesivo uso de la fuerza policial.

Mi hijo ama *Star Wars*, ha visto todas las sagas, ha leído varios de los libros, colecciona sus figuras, tiene camisetas, sacos, medias y un traje de maestro *Jedi*. Cuando nos enteramos de que se iba a estrenar la última película “*El despertar de la fuerza*”, le prometí que lo llevaría al pre-estreno, así que compramos las entradas con tres meses de anticipación, en su habitación colocamos un calendario grande donde íbamos tachando cada día hasta que llegue “el gran día”.

El estreno era el 17 de diciembre a media noche y yo salía de prisión el 18. Mi hijo ya no quería ir, estaba triste, era mucho lo que había pasado. No me dolía dormir en el suelo, no sentía el frío de la noche, no veía nada, ni las ratas paseándose con las cucarachas, ni la comida, solo pensaba en que la última vez que vi a mi hijo, le dije que no tardaría y no cumpliría mi promesa. A diario hablaba con mi hijo por teléfono. El 17 de diciembre un compañero del pabellón que no era del grupo de presos políticos conocido como los “21 del arbolito” se suicidó, sufría de claustrofobia y se había quedado encerrado, no soportó más la prisión. Este lamentable hecho y la movilización de las organizaciones permitieron que nos liberaran un día antes de lo previsto y yo pudiera cumplir mi promesa.

Cuando salí, me hicieron una limpieza indígena de purificación, yo buscaba con la mirada a mi hijo, él estaba ahí, medio dormido, medio despierto con su traje de maestro *Jedi*, corrí a abrazarlo y no me dieron tiempo ni de llorar porque me vistieron de “*Chubaca*” y sin mayores palabras fuimos al estreno de la película. Mi hijo no me decía

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

mucho. En momentos así, es duro decir algo que realmente no sobre; yo tampoco insistí, solo tomaba su mano y respiraba una y otra vez intentando descubrir si lo que estaba pasando no era un sueño.

Casi al final de la película, hay una escena en la que un padre intenta persuadir a su hijo de que regrese a la “fuerza” porque se había ido al “lado oscuro” y el hijo se muestra confundido, vulnerable, pero termina eligiendo el lado oscuro y con su sable láser mata a su padre. Ese momento, mi hijo apretó mi mano con fuerza y me dijo “gor te amo, tu sabes cumplir promesas” y luego, lloramos abrazados. Esa noche dormimos juntos.

■ Aprendiendo a caminar...

En nuestras sociedades es muy difícil concebir que un hombre puede ser capaz de dedicar su vida al cuidado de sus hijos, pero sí es posible, yo lo hago todos los días. Por supuesto, esto también es posible por el apoyo, amor y motivaciones infinitas de un conjunto de personas que han estado siempre en nuestras vidas, como mis padres y hermanos, de mis grandes amigos, del abuelo materno de mi hijo, profesores que creyeron en mí, la universidad pública que permitió que accediera a estudios superiores, centros de investigación y cooperación, que han apoyado mis investigaciones, publicaciones, estancias, todo.

No ha sido nada fácil, dormir poco, aprender a cocinar, a lavar platos y ropa, correr a ver a mi hijo a la escuela, volver a estudiar las tablas de multiplicar, y al mismo tiempo amanecerme con los trabajos de mis estudios universitarios, y todo en condiciones económicas muy limitadas, viviendo de las becas y de los apoyos de la familia, comiendo muy sencillo, pero alimentos sanos y preparados con amor. No es fácil, pero es una vida que amo, que la hemos luchado juntos y que la

volvería a vivir y la vivo hoy. Todo vale la pena, cuando cada mañana voy a su habitación, abro las cortinas y le digo “pajarito mañanero ya es hora de levantarse”.

Durante estos años he aprendido que ser papá es educar con el ejemplo, no se le puede decir a un hijo que arregle su habitación cuando la habitación de uno es un caos, que no grite cuando uno grita todo el tiempo, no fumes y terminarte una cajetilla diaria, ser consecuente con la vida, con lo que dices y haces, cumplir acuerdos que se establecen en casa, *amar sin prisa y con fervor, sin telones, con franquezas*. Este camino juntos, me ha enseñado sobre todo a amar, mi mejor maestro en la vida ha sido mi hijo; él es quién con sus gestos, sus risas, sus reflexiones, sus broncas, sus palabras, me enseña un mundo mágico lleno de caminos, abrazos, avatares, las más hermosas alegrías y las más duras tristezas.

Hoy tengo algo más de experiencia, pero aún sigo sin saber qué es ser un buen padre. Cuando yo era niño, papá siempre me cantaba esta canción, *“Cada vez que me acuerdo de mi hijo, me da como una punzada, aquí, muy dentro del pecho, donde se halla colocada, tan sensible, tan nombrada y tan propensa a la emoción, esa masa colorada que se llama corazón. Y cómo no he de sentirla si se trata de mi hijo, el que, con sus payasadas, su chicle y su mermelada, me dejaba pegajosos, el cubrecamas, la almohada, y aunque a veces me propuse reñirle, siempre fallaba porque el pícaro salía con su sonrisa inocente y al verlo, así, tan sonriente, y (...) bueno, lo perdonaba”* de Tito Fernández. Yo no entendía bien la canción, aunque la cantaba con él. Hoy la entiendo a la perfección, sé a qué se refería cuando decía que cada vez que se acuerda de mí, de su hijo siente como una punzada, porque hoy, cada vez que yo me acuerdo de mí hijo también siento esa punzada.

Aspiro que mi hijo valore la diversidad, que sea lo que quiera ser, que sea respetuoso, que mire a las/los otros como iguales, que luche por

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

construir un mundo mejor, que sea crítico con el sistema, que se indigne por las injusticias y actúe para cambiarlas, que escoja alimentos sanos o que cultive sus propios alimentos. Ahora que está a las puertas de la adolescencia, esa época compleja pero sabrosa, yo estaré ahí para alentar sus motivaciones, para contar experiencias, para enseñarle a cuidar el huerto y para darle abrazos y besos cada vez que se caiga y se levante. Estaré aquí para las broncas que haremos cuando no coincidamos en algo; no soy el mejor padre, y no pretendo serlo, pero soy del tipo de padre que entregaría mi vida por él. Sólo intento darle herramientas y mostrarle caminos, para que al final del día, los recorra con fuerza sin mí y camine por el que él decida.

El tiempo es tan efímero, que estos diez años se fueron en un suspiro. Mientras aún pueda, yo estiraré mi mano con sutileza para encontrar la suya y caminar juntos, mientras contamos historias. Seguiré leyéndole en voz alta cuentos y poesías, seguiré cantando. Aunque ahora ya lee solo en las noches y tiene sus propios gustos musicales. Mi abuelita siempre decía “crecen tan rápido”, y sí, la verdad sí, mi hijo crece tan rápido que apenas me doy cuenta de que ya no debo agacharme tanto, para conversar con él.

No estoy seguro qué es ser un buen padre o qué es la paternidad, pero estoy seguro de que es mucho más que proveer y reglamentar. La paternidad es una decisión de vida, un ejercicio cotidiano, creo que la paternidad es un compromiso con la condición humana. Para mí, el reto de cada padre debe ser el de romper la idea capitalista, patriarcal y colonialista que nos vendieron como felicidad, es prioritario enseñar a nuestros hijos e hijas que la felicidad no es sinónimo de consumo, que somos iguales en derechos, que los alimentos no vienen de los supermercados, que un mundo donde quepan otros mundos, es posible. La paternidad es romper esa lógica de acumulación y despojo, es formar niños y niñas profundamente democráticos, feministas, críticos y agroecologistas.

Joel Audí Poy

Psicólogo licenciado en Barcelona, España, actualmente vive en Quito, Ecuador. Facilitador de grupos de padres hombres. Ha trabajado en varios servicios de atención a agresores como terapeuta y en servicios de atención a víctimas de violencia de género. Actualmente, forma parte de un grupo de reflexión en torno a la masculinidad en Quito.

Grupos para hombres padres: la paternidad como eje en la equidad de género

*Se aprende en la escuela
se aprende de golpe
se aprende de a poco
un hijo te vuelve a enseñar
y a veces se aprende recién al final*

—Jorge Drexler—

La lógica del sistema reproductivo, en nuestros días, no se ha modificado sustancialmente, respecto a otras épocas de la historia reciente, a nivel mundial. Sin embargo, en ciertos países con un alto índice de desarrollo económico, especialmente en las grandes ciudades, la planificación familiar y el cuidado de los hijos se ha visto sacudido por

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

algunos cambios en estas prácticas y en su diferenciación, respecto a la participación de hombres y mujeres. Pero, en general, la mujer sigue sosteniendo estos espacios de trabajo (no remunerado), donde se le acumulan otras dinámicas de producción en las que ha podido entrar, como el mercado laboral.

En Ecuador, en el año 2012, la diferenciación aún era notable entre hombres y mujeres en cuanto al trabajo. De las 61 horas que dedican a la semana las mujeres al trabajo, 21 horas son remuneradas y 40 no, mientras que los hombres de un total de 54 horas semanales, 44 son remuneradas y 10 no (Rico y Robles, 2016).

El intento de mejora de las políticas públicas para la equidad de género ha sido promovido por los colectivos de mujeres y feministas, que han puesto en el centro de la política la violencia estructural hacia las mujeres y los cuerpos feminizados. Pero los hombres no han tenido un papel relevante en estos escenarios de transformación política. Es recientemente, que se pregunta por el papel de estos como vectores de transformación social, y no meramente como espectadores de una revolución llevada por las “otras” empoderadas.

La problemática de las relaciones de género y poder en nuestra sociedad, así como la relación con un estado de dominación social patriarcal, tiene muchas aristas. Una de ellas nos parece de gran interés para apelar a la participación de los hombres como protagonistas de estos cambios: la paternidad. La misma está definida según el momento histórico y social en que nos encontremos, mediado cultural y económicamente, así como por circunstancias personales como nuestro sexo, género u orientación sexual, e incluso por nuestra situación vital, como estar casado, divorciado, con trabajo o sin él, etc.

Esta dimensión afectiva y relacional enfocada a la crianza de los hijos/as, así como la relación con la producción de vida y el trabajo en los

cuidados, es sumamente importante para la asunción del hombre en su corresponsabilidad respecto a la mujer, y para la promoción de las relaciones equitativas entre géneros. Esta nueva ética del cuidado, donde puede incluirse al hombre, no es solo en relación a un hijo/a biológico. Muchas de las actuales relaciones sociales pasan por acompañar en la crianza, en diferentes posiciones relacionales: como padre, abuelo, tío, amigo, pareja o educador. Así también, el cuidado es una posición de asunción de lo frágil y de la vulnerabilidad, que no es solo una mirada a los demás, sino que no puede escapar de verse a uno mismo como objeto de cuidados, y por tanto, como receptores de estos en algún momento, sin ver en ello una amenaza a la subjetividad masculina (De Keijzer, 2001).

Hay que relacionar, también, la promoción del cuidado paterno y la mayor participación de los hombres en salud sexual y reproductiva, con una mejora de la salud y bienestar de los niños/as, las mujeres y los propios hombres. Ser un padre más presente en el cuidado de los hijos/as, además ofrece un modelo alternativo, alejado del rol de padre ausente dedicado a meramente proveer de aspectos materiales a la familia.

Otro efecto a considerar es poder intervenir en relación a la violencia, elemento constitutivo de la subjetividad masculina dominante. Esta violencia, como cita Michael Kaufman, se acciona involucrando diferentes niveles, entre ellos afectando: a las mujeres y a los niños/as; entre los hombres; y a los hombres mismo, a través de adicciones, descuido de uno mismo, etc. (Kaufman, 1985).

A los hombres, en ese momento de la crianza de un hijo/a, se les puede aparecer una ventana al cambio de paradigma que sostiene las relaciones afectivas, tanto para bien como para mal. En ese contexto de crisis de lo relacional, entendido como momento de cambio y oportunidad, un hombre puede recrudecer la violencia que ejerce

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

hacia su pareja, o puede plantearse fundar un nuevo modelo de vinculación afectiva con las personas a las que quiere, entendiendo incluso un cambio en los tres niveles antes citados por Kauffman. En todos los casos, tener que acompañar en la crianza de un hijo/a no te deja indiferente y siempre te obliga a reordenar las piezas del sistema familiar. Si existe violencia en las relaciones previas al embarazo, esta puede aumentar o incluso aparecer en el momento del embarazo. Así pues, la intervención con hombres en esta etapa puede reducir ese aumento de agresiones y mejorar la salud de las mujeres y los hijos.

También, cabe considerar los riesgos de la paternidad para los hombres. Estos riesgos recogidos por autores como Juan Guillermo Figueroa, comprenden todos aquellos cambios que conlleva la paternidad, que no convergen en el modelo masculino hegemónico. De ello, se desprenden ciertas tensiones, o puede desencadenar en situaciones que afectan a la salud de los hombres. Es una reflexión interesante y controvertida la “mortalidad paterna”, tal y como la denomina este autor, pero nos ayuda a comprender, desde una perspectiva de género, los problemas de salud de los hombres durante la paternidad (Figueroa, 2014).

Con todo ello, este artículo propone el trabajo con los hombres padres, como un espacio necesario para intervenir como eje en la equidad de género, en forma de talleres o charlas, invitando a la participación de los hombres, y al debate en el campo social. El interés por incluir a los padres en programas de salud, prevención en violencia o promoción de equidad de género tiene varios precedentes a nivel mundial.

Experiencias de grupos de padres

Hay experiencias con larga trayectoria en países como Noruega o Suecia, donde existen grupos de padres desde hace algunos años. Unos de los pioneros en hacer grupos solo para hombres sobre paternidad fueron los suecos, donde los espacios reciben el nombre de «Pappagrupp». Estos empezaron a mediados de los años ochenta, cuando se detectó la necesidad, ya que los hombres no participaban de las clases de preparación al parto. Una de las experiencias más importantes fue “Dad for Real”, un programa para padres realizado entre 2003 y 2007, donde se formaron 395 grupos y participaron 2600 padres. La metodología de estos grupos es de 5-6 sesiones (más 1 ó 2 antes y 3 ó 4 después) con facilitadores no profesionales, pero previamente formados. Los temas tratados en estos grupos fueron: embarazo, parto, aspectos de pareja, conciliación familiar, lactancia, violencia doméstica y crianza.

Los efectos descritos en los usuarios después de participar en este tipo de grupos son: el aumento de la igualdad de género dentro de las relaciones; baja tasa de divorcios; el desarrollo de las competencias sociales de los hombres; apoyo del desarrollo psicosocial de los niños; reducción de la violencia y la violencia basada en el género dentro de la familia; reducción de los comportamientos de riesgo entre los padres; mejor salud para las parejas, los niños y para los mismos hombres; y aumento de la natividad (Información obtenida durante Workshop: “Raising men: how to work with men to become better fathers” con Tomas Agnemo en junio del 2015, Espai Francesca Bonnemaïson, Barcelona).

En Barcelona, España, existen proyectos de grupos de padres de preparación al nacimiento exclusivos para hombres. Por ejemplo, el proyecto “Cambiémoslo” (proyecto del Servicio de Atención a Hombres para la promoción de relaciones no violentas), en colaboración con

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

el Programa de Atención a la Salud Sexual y Reproductiva PASSIR funciona desde 2009. Según los responsables de este programa, estos grupos lo forman unos 12 padres y constan de 6 sesiones, más una final a los 6 meses con los recién nacidos. Los grupos se llevan a cabo por un técnico del programa más una comadrona. La derivación es amplia, ya que utiliza la red de centros de salud de atención primaria y de otras instituciones comunitarias.

Así los objetivos generales citados por el programa son (Martínez y Fernández, 2016):

- *Conseguir más implicación de los hombres en la crianza y el cuidado de los hijos e hijas desde el embarazo, mejorando sus capacidades parentales y afectivas.*
- *Revisar los roles y estereotipos de género que dificultan la atención de las criaturas y la implicación en las responsabilidades domésticas y educativas.*
- *Prevenir posibles comportamientos asociados en el momento del nacimiento y cuidado de las criaturas, como la violencia de género, el abuso de drogas y alcohol o las psicopatologías, así como conductas de riesgo o negligencia, tanto hacia ellos mismos como hacia otros miembros de la familia.*
- *Reflexionar con los hombres sobre la importancia de su implicación en todo el proceso de cuidado de sus hijos e hijas.*

Algunos de los temas que tratan durante los talleres son: temores y expectativas en la paternidad; cuestiones de género, el tránsito de hombres a padres, contradicciones entre estas dos identidades; el rol del padre durante el embarazo, parto y post-parto; identificación y expresión de emociones; cambios en la sexualidad; corresponsabilidad en las tareas de crianza; y se finaliza con una carta al futuro hijo, donde se explica cómo ha ido el proceso.

En América Latina, existen programas en varios países. Queremos destacar el Programa P, para la paternidad activa, realizado por REDMAS en conjunto con Promundo y la Fundación Cultura Salud/EME, involucrando a países como Nicaragua, Chile y Brasil. Este programa dirigido a profesionales en el sector de la salud, educación y trabajadores en la comunidad, pretende tanto intervenir en la promoción de la participación de los hombres en las visitas pre/postnatales, en el momento del parto, así como en la crianza. (REDMAS, Promundo, EME, 2013).

Tiene como objetivos, según cita el propio programa:

- *Incrementar habilidades para ser y aprender a ser padre.*
- *Mejorar el desarrollo de las/los hijas/os.*
- *Equidad de género en la relación con la madre y distribución de tareas.*
- *Promover el buen trato y prevenir el uso de violencia: maltrato infantil y violencia doméstica.*
- *Alentar a las parejas para promover la crianza de sus hijos con equidad de género.*

Se ha evaluado el impacto de este programa con muestras aleatorias y grupos de control en Bolivia y Ruanda. Se han realizado, además, evaluaciones de la implementación del Programa P en países como Brasil, Guatemala, India, Indonesia, Nicaragua, Sri Lanka y Sudáfrica. Aquellos padres que asistieron a los talleres del Programa P reportaron una mayor participación y reparto de las tareas domésticas, y manifestaron haber dedicado más tiempo tanto a sus niños/as como a sus parejas y haber inculcado en sus hijos valores de respeto e igualdad (IPPF/WHR y Promundo, 2017).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

De hecho, una de las conclusiones principales, que se extrae de las diferentes investigaciones citadas en el informe, es que la participación activa, responsable y consciente de los hombres en su paternidad tiene un impacto positivo también en los hijos e hijas, en los siguientes aspectos: mejora de la salud física y mental de los menores, mejor rendimiento escolar, desarrollo cognitivo y habilidades sociales como la empatía, más autoestima, establecimiento de vínculos seguros, menos problemas conductuales y más tolerancia a la frustración. Además, se ha evidenciado que la paternidad responsable es un factor de protección de conductas de riesgo (también en la salud sexual y reproductiva) y trastornos afectivos en los niños y niñas, al tiempo que permite prevenir las conductas violentas y el abuso en la familia. Por supuesto que, los niños y niñas que crezcan con un modelo de padre implicado en su cuidado romperán con la transmisión generacional, lo que facilita la aceptación de la igualdad de género y la reproducción de un modelo corresponsable por parte de los chicos, al tiempo que contribuye a la autonomía y el empoderamiento de las chicas (IPPF/ WHR y Promundo, 2017).

En Ecuador, ya existe, desde hace tiempo, una preocupación por incorporar a los hombres en programas de atención a la violencia (Herrera y Rodríguez, 2001). No obstante, estos son casi inexistentes hasta el momento. Solo existe un programa de atención en el Centro de Equidad y Justicia Tres Manuelas, dirigido a hombres derivados por la Justicia, y actualmente, se está realizando una prueba piloto para un programa de atención a hombres violentos, por parte del Municipio de Quito. Hasta donde he averiguado, no hay ningún espacio público con un programa dirigido a hombres o mixto, para el trabajo con la paternidad. Si bien han surgido algunas iniciativas privadas y aisladas promovidas por centros que tratan el tema de la crianza o personas que se han interesado por iniciativa propia, son escasas y no han recibido apoyo institucional.

Parte del objetivo de este artículo también es narrar la experiencia de algunos talleres que he realizado en el contexto ecuatoriano, concretamente en la ciudad de Quito. No son talleres que sigan un programa concreto para poder ser comparados en otro contexto, sino intervenciones adaptadas al contexto o lugar donde he querido intervenir, y a los participantes.

Uno de los talleres inicialmente fue pensado para seis sesiones, con la intención de generar un grupo de hombres involucrados en la crianza de sus hijos/as, propuesta que pretende pensar la paternidad en común, buscando generar un espacio de acogida y reconocimiento de los deseos, miedos, alegrías, angustias y tristezas de los padres hombres.

El taller propuesto en Quito ha tenido precedentes en Barcelona, donde se han realizado, en dos ocasiones, talleres planteados con los mismos objetivos. Estos, a nivel general, son: facilitar un espacio dónde entender los procesos que se desprenden del proyecto de tener un hijo/a, generando un clima de complicidad donde puedan expresarse libremente; y poder afrontar el reto de la crianza, sintiendo el apoyo de otros hombres, la complicidad y cuidado del grupo.

El taller está pensado para seis sesiones donde se abordan ciertos ejes importantes en la paternidad:

- *Embarazo y parto.*
- *Desde dónde nos situamos como padres: modelos parentales.*
- *Cambios en la relación conyugal: de 2 a 3 sesiones.*
- *Crianza, función parental, cuidado de los demás y de uno mismo.*
- *Conciliación familiar.*
- *Masculinidad e igualdad/diferenciación de roles.*

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Estos talleres, en el formato planteado, fueron convocados, pero por falta de suficientes personas inscritas no se realizó. No obstante, hubo la oportunidad de realizar diferentes talleres de un solo día, también en la ciudad de Quito. Uno de ellos, en una jornada de maternidad organizada por Maternidad en Red y otra organizada por la Comunidad el Buen Parir, ambas en 2017. En estos talleres, participaron: en el primero, un grupo de 7 hombres; en el segundo, participaron tanto hombres como mujeres, en un número de 12 personas (4 de ellas hombres).

En estos talleres, se trataron más los aspectos que preocupaban a los hombres y mujeres sin poder llegar a ahondar en ninguno de ellos, pero citarlos puede ser un indicio de los temas donde existe una preocupación en los hombres y en las familias, respecto a la paternidad en este contexto.

Hay varios temas destacados en el primer taller realizado en las jornadas La Marea. Uno de los primeros en salir, fue el conflicto que supone la paternidad en cuanto a enraizarse en una relación y en un lugar. El cuidado de otro, que implica un compromiso de estar presente y asumir una responsabilidad con él, está en conflicto con uno de los paradigmas actuales de vernos como somos, seres libres, y de poder desplazarnos donde queramos y cuando queramos, de una forma desarraigada. Esta es una de las ideas más centrales en la subjetividad masculina hegemónica, que suele proyectar un hombre desprovisto de cargas afectivas y aventurero. Este aspecto perturbaba a algunos de los participantes, especialmente, a los que estaban acostumbrados a viajar o habían vivido en otros países.

Otro de los temas importantes que salió en el debate durante el taller, fue cómo relacionarse con los antiguos modelos de paternidad, tanto sociales como paternos. ¿Se deben integrar, seguir, confrontar? Estas preguntas se iban resolviendo según cada persona, pero en general,

se hablaba de un integrar, sin confrontar ni seguir totalmente. Aun así, se desvela una preocupación con la continuidad de los modelos de paternidad, que dialoga sin rumbo con las interrogativas de muchos hombres respecto a esta temática.

También se cuestionó el modelo de “padre presente”. Cada participante disponía de un tiempo, o apostaba por un modelo, donde la presencia en horas podía variar, pero si cada uno tenía una idea de vínculo en la crianza, más allá del tiempo. El modelo de padre presente muchas horas era adoptado por algunos, pero otros preferían estar más presentes en el trabajo, ya que también, el modelo de padre realizado laboralmente y proveedor de suficientes recursos les encajaba en la construcción de un buen vínculo con sus hijos y como un buen modelo para ellos. Este aspecto destaca otro conflicto usual en la paternidad actual: la compatibilidad del mundo laboral y profesional con la crianza.

Alguno de los participantes había creado espacios de encuentros exclusivo para padres hombres, dando cuenta de lo importante que era para ellos diferenciarse de espacios altamente feminizados, comúnmente relacionados con la crianza y la maternidad.

En el segundo taller convocado por la Comunidad el Buen Parir surgieron también diferentes temas, aunque este público era mixto y más centrado en los problemas relacionados con paternidad en el periodo inicial de la relación con el hijo y la pareja tras el parto. Gran parte del taller giró en torno al papel del padre, y sus dificultades en las primeras semanas tras el nacimiento del hijo/a. Como organización que trata el tema del parto respetado, la relación del padre es muy importante, aunque no siempre central. En este caso, entre los asistentes había un par de hombres esperando un futuro hijo, y otros dos con los hijos pequeños y la experiencia aún reciente. Los padres que esperaban el parto reconocieron tener algunos miedos respecto a cómo iba a impactar el niño en sus vidas. Por ejemplo,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

en cómo iban a reaccionar con ese profundo cambio y desde donde responderían, si desde un modelo paterno cercano al suyo o a una nueva y genuina relación. Otra vez aparece la dificultad de no tener un modelo claramente definido y el cuestionamiento de cómo ser padre hoy día.

Otro temor es como acompañar a la madre en los esperados momentos de desgaste físico y emocional. En este aspecto, compañeros con la experiencia ya pasada resaltaron cómo pudieron ofrecer un apoyo muy importante a la relación madre-hijo/a, por la menor implicación durante el parto y al inicio del postparto. Así, un papel aparentemente menos involucrado puede favorecer un apoyo indispensable para reforzar el buen vínculo y la salud de la madre y el niño, y contribuir a construir otro vínculo con su hijo desde la paternidad, o como otros autores denominan, la función paterna. Una participación que, según los padres ya experimentados, ayuda logísticamente, pero también, como contención emocional, y define el espacio de la crianza gestionando el acercamiento y participación de la familia extensa.

Estos talleres son experiencias muy aisladas, que no pueden dar una visión general de las preocupaciones que surgen en el contexto de Quito, ni mucho menos en Ecuador, en torno a la paternidad, ni tampoco sobre qué líneas serían más efectivas a la hora de intervenir. Narrar estas experiencias solo es una invitación a seguir retomando el tema, y a proponer espacios para el trabajo con la paternidad. Esta experiencia a pesar de ser corta, fue muy interesante y enriquecedora para los participantes, y abre el camino para otros talleres y programas.

En Barcelona, la experiencia de estos talleres también fue enriquecedora aunque, así mismo, enfrentó la dificultad de una baja participación, en algunos casos. Temas como el papel del padre en la crianza, los cambios en la pareja, en la gestión del tiempo, conciliación con el trabajo, crianza respetuosa o educación libre, etc. eran temas

que surgían acompañados de episodios de desorientación, culpa y cierta ansiedad.

Uno de los aspectos más relevantes que salieron en los grupos realizados en Barcelona fue la adopción de modelos idealizados, donde ciertas exigencias pueden producir angustia o culpa por no alcanzar el modelo de padre que uno quisiera. Algunas líneas pedagógicas adoptadas por los participantes en los talleres implican un alto grado de trabajo personal, y esto facilita un mejor manejo de la parte afectiva, tanto del niño como de los mismos padres. Pero también, a menudo, generan fuertes sentimientos por tener un modelo difícil de alcanzar, tal y como está configurada la vida familiar actual. Parece pues, que en ocasiones, cuesta llegar a ser un «padre suficientemente bueno», en los términos con que Winnicott definió a la madre, es decir, un hombre normal y corriente dedicado a la crianza de su hijo, fiable y previsible para él, a pesar de las inevitables faltas y fallas en su tarea.

El recuerdo de un modelo familiar donde el padre es una figura lejana o ausente, también fue un elemento destacado en los grupos realizados en Barcelona. El padre ausente o lejano, tanto en distancia física como afectiva, es un modelo que representa un contra-modelo pero que, a su vez, es una ausencia de modelo. Quiero decir, estos padres no solo que no quieren parecerse en muchos aspectos a su progenitor, sino que echan de menos al padre, como modelo y como figura presente en la cotidianidad de su infancia, con el fin de tenerlo como referente. Este aspecto es citado por el autor Guy Corneau en el libro *Père manquant, fils manqué* (Padre perdido, hijos perdidos), escrito en 1989, donde considera que la ausencia del padre o una paternidad inadecuada puede tener como consecuencia problemas afectivos y dificultades en la asunción de una identidad como padres.

Así, tanto los talleres realizados en Barcelona como los realizados en Quito coinciden en recoger algunos aspectos conflictivos para la

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

subjetividad masculina actual, en el momento de la paternidad. Estos aspectos en tensión, entre la función de crianza y la identidad masculina generan, habitualmente, malestar psicológico, inseguridad y culpa en los participantes. Aspectos como, en qué modelos orientarse, desde dónde posicionarse en relación con la madre, o cómo compaginar otras esferas de la vida como lo profesional, son comunes.

A pesar de que el perfil de los padres que han participado, generalmente parten de una reflexión previa importante sobre cuestiones de género y equidad, se puede indicar que estos talleres: ayudaron a los participantes a situar el lugar del hombre en relación al cuidado de los hijos; que favorecieron una relación más armoniosa y equitativa con la pareja ayudando a definir las funciones de cada uno según el momento; y que ayudaron a reducir el malestar relacionado por la disonancia entre la subjetividad masculina hegemónica y las funciones del padre en el cuidado de sus hijos/as.

Conclusiones

Tal y como dicta la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (El Cairo 1994), el rol activo de los hombres es imprescindible para la promoción de la salud sexual y reproductiva. Así se señala:

El objetivo es promover la igualdad de los sexos en todas las esferas de la vida, incluida la vida familiar y comunitaria, y alentar a los hombres a que se responsabilicen de su comportamiento sexual y reproductivo y asuman su función social y familiar... se deberían hacer esfuerzos especiales para insistir en la responsabilidad del hombre y promover la participación en la paternidad responsable, el comportamiento sexual y reproductivo saludable, incluida la planificación de la familia; la salud prenatal, materna e infantil; la prevención de enfermedades de transmisión sexual, incluido el VIH; la prevención de embarazos no

deseados y de alto riesgo; la participación y contribución al ingreso familiar, la educación de los hijos (Programa de Acción de CIPD 1994: 29).

Por tanto, es importante el papel de las instituciones públicas para incorporar el trabajo con hombres en sus programas de prevención de la violencia y en la promoción de la equidad de género, así como en los referidos a políticas de salud, sexualidad y reproducción. En estos dos campos, considero importante la intervención con hombres para trabajar con la paternidad, tanto desde una perspectiva de prevención y promoción de su función de cuidados, como en la intervención en grupos con padres en preparación al parto o posterior a este.

Durante el presente artículo, he mostrado algunas de las experiencias que se han realizado con hombres padres, y también, he nombrado algunos de los beneficios que supone intervenir con este tipo de población o incorporar este contenido en grupos mixtos. Estos beneficios contribuyen tanto a los hombres, a sus parejas, como a los hijos/as, así como a la comunidad en general, dando espacio a la desnaturalización de ciertas lógicas, que distribuyen de forma no equitativa las funciones del cuidado. Por ello, veo aún un vasto espacio donde se debe seguir trabajando e investigando, en torno a este tipo de intervenciones con hombres padres.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Bibliografía

De Keijzer, B. (2001) “Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina”. En Cáceres et al.), *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia. Pp. 137-152.

Figuroa, J. G. (2014) “Algunas propuestas dialógicas para relacionar paternidad, salud y mortalidad”. *Revista Iztapalapa*, UAM, México. No. 77. Pp. 55-75.

Herrera, G. y L. Rodríguez (2001). “Masculinidad y equidad de género: desafíos para el campo del desarrollo y la salud sexual y reproductiva”. En Andrade, X. y G. Herrera (2001). *Masculinidades en Ecuador*. Quito: FLACSO. Pp. 157-177.

IPPF/WHO y Promundo (2017). Estado de la paternidad: *América Latina y el Caribe 2017*. Nueva York, IPPF/RHO. Washington, D.C.: Promundo-US.

Martinez, C. y A. Fernández (2016) *Guia per la conducció de grups d'homes per una paternitat responsable, activa i conscient*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona y Institut Català de la Salut.

Kaufman, M (1985). “The Construction of Masculinity and the Triad of Men’s Violence”, en Kaufman M., editor. «Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power and Change», Toronto: Oxford University Press.

REDMAS, PROMUNDO, EME (2013). Programa P. Un Manual para la Paternidad Activa. Nicaragua: REDMAS, PROMUNDO, EME.

Rico, M. y C. Robles (2016). “Políticas de Cuidado en América Latina”. *CEPAL - Serie Asuntos de Género*. No. 140. Santiago: Naciones Unidas.

Cristina Vega

Profesora Investigadora, Departamento de Sociología y Estudios de Género, FLACSO-Ecuador y abogada e investigadora independiente.

Carolina Baca

Ex-estudiante del Programa de Maestría en Género y Desarrollo, FLACSO-Ecuador.

Paternidad y patriarcalidad - Apuntes sobre tenencia, cuidado y desigualdades de género¹ (a propósito del debate sobre custodia compartida en Ecuador)

En las últimas semanas, se ha avivado, en Ecuador, un debate acerca de la responsabilidad paterna, a propósito de una propuesta de reforma del Código Orgánico de Niñez y Adolescencia, en la que se regula la custodia de hijas e hijos. La propuesta, que puso encima de la mesa el anterior gobierno a instancia de organizaciones de padres como Unión por Nuestros Hijos, promueve modificaciones sustanciales, entre las que destaca la eliminación de la preferencia materna en la tenencia para los menores de 12 años, la

1 El presente artículo fue publicado en la revista digital *sinpermiso* el 8 de noviembre de 2017 y se lo encuentra en el siguiente link: <http://www.sinpermiso.info/textos/ecuador-paternidad-y-patriarcalidad-a-proposito-del-debate-sobre-custodia-compartida> Agradecemos a las autoras por su autorización para republicarlo.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

custodia (y pensión) compartida, la rendición de cuentas del progenitor que administre pensiones de alimentos y las alternativas a prisión para deudores. El debate está servido. Ahora, este debate, que en ocasiones aparece descontextualizado, debe contemplar la realidad del país, en cuanto a las responsabilidades que de facto asumen madres y padres, y las asimetrías de género que existen en nuestra sociedad. La valoración de una reforma debe estimar su impacto y, en este sentido, consideramos que agravaría la situación de muchas mujeres, que enfrentan graves dificultades en la negociación con varones, escasamente comprometidos con la atención a los hijos, pero sí proclives al control de sus ex parejas y a eximirse del pago de pensiones. La desigualdad socioeconómica y la violencia contra mujeres e hijos/as hacen temer repercusiones negativas. En todo caso, y más allá de la coyuntura, si algo permite la exposición de los distintos planteamientos es reflexionar sobre cómo pensamos que podrían producirse procesos de cambio en las atribuciones sociales de género y en la promoción de paternidades responsables. Sin duda, se trata de un problema crucial que difícilmente se procesará a través de conflictos judiciales. La pregunta acerca de la transformación de la paternidad y de la maternidad, más allá de una cuestión legal, precisa de un profundo proceso de cambio social y cultural de largo aliento. Pero, vayamos por partes.

Situación actual y propuesta de reforma: el escenario normativo

El proyecto de reforma del Código Orgánico de la Niñez y Adolescencia (en adelante CONA) pone en la opinión pública el reclamo de la “tenencia compartida” de hijas e hijos, aun cuando no exista acuerdo tras una ruptura. Según el Código actual, cuando los progenitores no coinciden y existe entre ellos conflicto, la tenencia se da a uno de ellos (habitualmente la madre). La responsabilidad de quien tiene la tenencia es el cuidado diario, que evidentemente, se compone de

un sinnúmero de tareas y que representa un trabajo cuyo valor, en términos económicos, debe considerarse (existiendo para ello distintos métodos, por ejemplo, el del coste de oportunidad). La responsabilidad del otro progenitor, el que no aporta con trabajo diario, es pasar una pensión (que se suma al aporte económico en términos de trabajo y a los gastos de mantenimiento en los que, inevitablemente, incurre quien tiene la tenencia). Además, y de acuerdo a la sentencia, este progenitor debe atender a los hijos e hijas durante el tiempo estipulado y velar por su bienestar diario, aunque no exista coresidencia. Así pues, en este régimen existe “corresponsabilidad”, lo que no existe es responsabilidad equivalente o a partes iguales, en términos de tiempo y atribuciones. La responsabilidad de ambos progenitores continúa también en la “patria potestad”, que a pesar de ser una figura excesivamente abstracta, no se modifica tras una sentencia relativa a la custodia, a no ser que existan elementos graves como la violencia u otras circunstancias, que inhabiliten a uno de los progenitores. En este sentido, apelar a la “corresponsabilidad”, principio recogido en la Constitución, o a la coparentalidad, como algo que hoy por hoy, no existe o resulta inviable, conduce a equívocos. La corresponsabilidad es un principio de interpretación de la ley, es un derecho de los niños y es una obligación de los padres y del Estado; no es, en modo alguno, un sinónimo de “tenencia compartida”. Esta última es, en todo caso, uno de los arreglos posibles, y de hecho considerado en abstracto deseable, de dicho principio. Muchos abogados han sido tremendamente hábiles al generar este tipo de confusiones.

El problema se suscita entonces en los casos de conflicto. Cuando la pareja heterosexual se separa y existe acuerdo, son ellos los que establecen el régimen, y puede incluir muchos tipos de arreglos: la doble residencia de los niños en periodos iguales o diferentes o la residencia en una única casa con visitas más o menos prolongadas. Teniendo en cuenta que, muchos divorcios acaban por mutua

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

aceptación (el 68,4%)², que su duración se estima en unos 15 años, y que el promedio nacional de hijos es de 2,8 cabe pensar que, muchas de estas parejas con hijos llegan a algún tipo de arreglo sobre el futuro de su prole. Entre estas salidas negociadas se da la custodia compartida, que es, a nuestro juicio, la manifestación más clara de que ha existido una relación lo suficientemente saludable, como para consensuar un aspecto tan importante y continuar en diálogo acerca del futuro de hijas e hijos³.

Ciertamente, con el tiempo, se pueden producir disensos y es ahí donde emergen los problemas con las pensiones. Muchos progenitores se niegan a pagar y “se hacen los locos”, y para evadirse, suscitan sospechas sobre el uso de su contribución, por muy miserable que sea⁴. De hecho, sabemos que el 69,04% de quienes pagan alimentos adeudan una o más pensiones. Este tipo de situaciones, en las que se producen desacuerdos, revelan hasta qué punto el bienestar de los hijos, cuando de dinero se trata, pasa a un plano muy secundario.

Apelando al principio constitucional de corresponsabilidad, además de a la idea de igualdad y justicia entre progenitores en relación a la tenencia, los defensores de la reforma creen que el conflicto debería

-
- 2 Sistema Único de Pensiones Alimenticias SUPA del Consejo de la Judicatura CJ a junio de 2017.
 - 3 De acuerdo con el Anuario de Matrimonios y Divorcios (INEC), en 2015, por ejemplo, se produjeron 25.692 divorcios, de los cuáles 24.256 no tenían hijos. 776 tenían un hijo menor de 1 año. Todos ellos tuvieron que llegar a un acuerdo sobre la situación de los hijos (tenencia en cualquiera de sus formas, visitas y pensiones). Instituto Nacional de Estadísticas y Censos INEC. (2015). “Anuario de Matrimonios y Divorcios. Disponible en <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/anuario-de-matrimonios-y-divorcios/> (Consultado el 14 de marzo de 2018).
 - 4 Más del 31,5% de las mujeres que han demandado pensiones reciben menos de 100\$. La canasta básica en el Ecuador es \$ 701,93.

dirimirse a partes iguales, es decir, reconociendo a padres y madres idéntica capacidad para cuidar y proveer económicamente (salvo en ciertos casos). La igualación se hace así equivalente a bienestar de niñas y niños, que de otro modo, sufrirían del denominado “síndrome de alienación parental” SAP, una patología mental rechazada tanto por la Organización Mundial de la Salud como por la Asociación Americana de Psicología⁵. En un abuso argumentativo sin precedentes, se indica, además, que esto contribuirá a descargar a las madres del exceso de trabajo reproductivo y contribuirá a transformar las relaciones “tradicionales” de género, en las que el hombre es un mero proveedor y visitador y la madre una mera cuidadora⁶.

5 Utilizado en sus orígenes por grupos conservadores para arrojar sospechas de falsedad en denuncias de abuso infantil en casos de litigio, el SAP (o manipulación de los hijos e hijas de uno de los progenitores para ponerlos en contra del otro) es una reedición neomachista del “*síndrome de la madre maliciosa*”, término también utilizado por sus defensores, que en esta ocasión acude a argumentos con pretensiones científicas. Para una reflexión crítica sobre sus usos: <http://blogs.elpais.com/autopsia/2013/03/s%C3%ADndrome-de-alienaci%C3%B3n-parental-sap.html>

6 Una breve cronología del proceso permite situar a sus impulsores. A finales de 2016, se dio una acción de inconstitucionalidad sobre el apremio personal por impago de la pensión de alimentos. Su resolución lo transformó en parcial (privación de libertad por horas). En mayo de 2017, Rafael Correa presentó el proyecto de reforma del CONA que implica se otorgue la tenencia compartida a ambos padres, y por lo tanto, el pago de la pensión alimenticia sea de manera proporcional. ¿Qué hace que este tema sea de interés de un mandatario antes de salir de su cargo? El apremio parcial o “nocturno” quiso ser incluido en el Código Orgánico General de Procesos COGEP, en 2015. Sin un estudio social y económico de la situación de las pensiones de alimentos, la propuesta del ejecutivo a través del Ministerio de Justicia, no fue acogida por los assembleístas. Paralelamente, grupos de padres reivindicando el ejercicio de su paternidad, alegaban ser simples proveedores de pensiones, porque las madres no les dejaban visitar a sus hijos. Estos grupos de clase media, conformados por padres profesionales con acceso a ciertos círculos de poder, se organizaron de tal forma que llegaron a Rafael Correa quien coincidió plenamente con sus postulados. Lo que no ingresó en el COGEP, fue resuelto por la Corte Constitucional a la brevedad que permitieron las declaraciones en redes sociales del presidente, quien agilizó una propuesta de ley.

■ Preferencia materna. Lecturas discordantes

Bajo estas ideas se defiende entonces, para la reforma del CONA, la eliminación de la madre como opción preferente para los menores de 12 años, en caso de no existir acuerdo. Se insta, así mismo, a que los jueces concedan la tenencia a ambos progenitores, a no ser que exista algún impedimento grave como violencia u otro elemento incapacitante. Además, se añade una propuesta procesal dando cumplimiento a lo resuelto por la Corte Constitucional ecuatoriana en mayo de 2017: buscar alternativas a la prisión, medida cautelar vigente para garantizar el pago de pensiones, que hoy por hoy, es ejecutada mayormente sobre los hombres. Para el CONA se propone también acentuar el control de quienes perciben estas pensiones, hoy en día mayormente mujeres. Estas tres medidas apuntan, a nuestro juicio, en la misma dirección: dar herramientas a los padres para disputar la custodia, al tiempo que, se aflojan las repercusiones por impago y se les facilita la capacidad de fiscalizar a quienes las gestionan.

Ciertamente se puede argüir, como hacen estas asociaciones de padres, que el actual código es “tradicional” en cuanto a los roles de género en la familia, incluso en cuanto a un sesgo biológico en la concepción de los mismos. Como recientemente explicaba Farith Simon en un evento en FLACSO-Ecuador, los legisladores posiblemente apelarán en su día al rol social de las “mamitas” en nuestra cultura católica mariana. Esto no sólo contraviene el principio de igualdad, sino que perpetúa estereotipos.

No obstante, frente a una lectura propiamente liberal en la que se presume que todos tenemos la misma situación y debemos tener los mismos derechos, cabrían otros argumentos. Por ejemplo, el esgrimir que la “preferencia” (que expresa eso, una opción en manos de los jueces), en realidad, reconoce legalmente un estado de cosas que es el que se corresponde con el mundo real, al menos con el más común.

En dicho mundo, por regla general, son las mujeres las que asumen una mayor responsabilidad en la crianza y mantenimiento de sus hijos a lo largo de la vida, y se dedican a ella con mayor compromiso que la mayoría de los varones. Esto lo hacen aun a costa de ser más vulnerables en términos económicos y sociales.

La ley, en esta segunda lectura, no haría sino mantener una actitud de salvaguarda de los infantes, amparada por los antecedentes conocidos o por la historia familiar y social, que además debe ser cuidadosamente estimada en los procesos judiciales. Buscaría así garantizar el bienestar “probado” (y probable) de niños y niñas y, de forma secundaria, el amparo de quienes lo asumen en situaciones de desventaja. Y por desventaja nos referimos a una relación de desigualdad, que no se puede soslayar: al hecho de que las mujeres presentan mayores índices de pobreza, peores condiciones de inserción en el mercado de trabajo, perciben menor salario a igual trabajo, cuentan con menores tasas de escolaridad y educación, tienen menores oportunidades para participar en la vida pública y política, así como menor acceso al patrimonio, presentan desventajas en cuanto al cuidado de su salud y su autocuidado, carecen de algunos derechos sexuales y reproductivos, sufren distintas formas de violencia y, cómo no, asumen mayores cargas de trabajo no remunerado⁷.

7 Sirvan los siguientes datos. Las mujeres son las que más aportan al PIB por Trabajo no Remunerado con un Valor Agregado Bruto del 11,08%, frente al 3,33% de los hombres en el 2013. <http://www.ecuadrencifras.gob.ec/cuenta-satelite-de-trabajo-no-remunerado/>.

Según la Encuesta de Uso de Tiempo de 2012, las mujeres dedican más de 20 horas semanales al trabajo no remunerado respecto de los hombres. http://www.ecuadrencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Usos_Tiempo/Presentacion_%20Principales_Resultados.pdf.

Según se recoge en un informe de ONU Mujeres, la brecha salarial, que se ha reducido en los últimos años, en 2014 se sitúa en el 21,8%. En cuanto al empleo, el 41% de las mujeres se hallan en el autoempleo frente al 29% de varones, siendo éste un ámbito de mayor precariedad. http://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20ecuador/documentos/publicaciones/2016/2016_001%20mujeres%20ecuatorianas%20resumen%20ejecutivo..... →

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Aun reconociendo que las madres cuidan más, como parte de un mandato social de género que pesa sobre todas las mujeres, y que debe ser y está siendo interrogado, lo cierto es que nos guste o no, son las mujeres las que habilitan arreglos que hacen efectivo el cuidado en nuestras sociedades.

Ciertamente, la ley asume el bienestar e interés superior del niño y la niña por la fuerza que confieren los hechos, y al hacerlo reproduce el statu quo. Es en este punto en el que cabría preguntarse si es el conflicto, la falta de acuerdo, el litigio y la sentencia judicial, el mejor lugar para comenzar a cambiar las atribuciones en la familia, y confiar en la responsabilidad de quienes se han mostrado irresponsables. Cuanto menos, resulta riesgoso a falta de condiciones previas. Por lo demás, se invierte a la ley de una fuerza pedagógica inusitada, la de convertir a los varones como grupo socialmente situado en padres responsables y dispuestos en igual medida. El planteamiento equivale, también, a ignorar que los conflictos, que ya existen y que son los que hacen inviable un acuerdo, se disolverán en lugar de acentuarse al facilitar la tenencia paritaria. Y es que la ley no debería establecer un marco de perfecta equivalencia, allí donde reina la desigualdad.

→ pdf?la=es&vs=4853 De acuerdo con el INEC, en 2014, 49,3 de cada 100 hijos nacidos vivos fueron de adolescentes hasta 19 años; 3% menores a 15 años; 23% entre 15 y 17 años, y 23,3% de 18 y 19 años. En total, 12 de cada 100 adolescentes de 12 a 19 años son madres. Esto es un factor determinante de abandono escolar y pobreza. Según la Encuesta Nacional de Violencia de Género y la Agenda Nacional de las Mujeres e Igualdad de Género (2014-2017), 6 de cada 10 mujeres han sufrido algún tipo de violencia y 1 de cada 10 ha sufrido abuso sexual antes de cumplir los 18 años. El 65% de los casos es cometido por familiares y personas cercanas a la víctima. Según UNICEF, serían más, ya que sólo se denuncian del 6% al 12% de los casos.

Conflictos y desigualdad de género

El género es una categoría de análisis que nos permite comprender la desigualdad. Si no la usamos y no miramos “desde la perspectiva de género”, esta ni se percibe. Tanto los Estudios de Género y las teorías multidisciplinares a las que ha dado lugar como el Movimiento Feminista en la arena política han llamado la atención respecto de las bases asimétricas sobre las que se sustentan los sistemas sexo-género. En ellos, mujeres y hombres ocupamos lugares diferentes o somos “producidos” como sujetos diferentes, hecho que permite naturalizar la desigualdad. No estamos hablando aquí de casos singulares (que todos podemos conocer), sino de las estructuras sociales que apuntalan relaciones de poder. Es verdad que, no sólo somos mujeres y hombres en relaciones heterosexuales, sino sujetos en sistemas clasistas y racistas; y que, además del género, la sexualidad nos sitúa en posiciones socialmente significativas. De la misma manera, somos madres o padres, de distintas edades, grupos étnicos y condiciones familiares diferentes. Un complejo cruce de estas y otras categorías configura nuestras identidades de manera relacional y en estructuras sociales concretas, que son las encargadas de regular y legitimar posiciones, privilegios, restricciones, vulnerabilidades y también violencias. La desigualdad se juega en la intersección, en lo que Patricia Hill Collins hace tiempo denominó “matriz de dominación”, y en ella, las mujeres, las distintas mujeres, ocupamos consistentemente lugares desaventajados respecto a los varones.

Así, para el caso que discutimos, aunque las madres cuenten con esta opción preferencial en la custodia, una “acción afirmativa” que presume sujetos disímiles, lo cierto es que tampoco impide que sean tremendamente vulnerables ante sus parejas y exparejas. El amparo que proporciona la ley no alcanza siquiera a atenuar la asimetría existente, especialmente, cuando además del género operan la clase y/o la raza. Las amenazas que lanzan los varones de quitar los hijos, a pesar de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

carecer de sustento legal, pesan mucho en la vida de mujeres que ni hablan el lenguaje de la ley, ni sienten la legitimidad para invocarla. Sienten, como sentimos todas, que su comportamiento y la valoración de su desempeño como madres, además de su sexualidad, siempre está bajo supervisión y que la propia ley se puede volver por ello en su contra. Todas estas percepciones y experiencias pesan y mucho, tanto a la hora de no separarse, como a la de llegar a acuerdos inconvenientes, como el de no exigir la pensión de sus hijos o no reclamar en caso de incumplimiento⁸. Sólo cuando la situación se hace insostenible, las mujeres se acercan con la cabeza agachada a la puerta de los juzgados para solicitar, más que un derecho, una ayuda, un apoyo para sacar a los hijos adelante. Si los varones abusadores, que por desgracia son muchos como revelan las cifras, contaran con el amparo adicional de la ley se sentirían doblemente respaldados para chantajear con la custodia, no pagar la pensión o fiscalizar a las ex parejas. Se impone, en este sentido, reflexionar sobre las consecuencias de la ley en los contextos sociales mayoritarios.

Otro fenómeno que se entreteje con estas diferencias de poder y que no podemos pasar por alto es la violencia machista. Según el INEC, en el año 2015, el 80% de las mujeres divorciadas han vivido algún tipo de violencia de género, seguido por las separadas, con el 78%. De las mujeres agredidas, el 76% lo ha sido por parte de su pareja o ex parejas, el 87,3% de ellas ha vivido violencia física y el 76,3% violencia psicológica. Las cifras nos alertan de que, además

8 La tesis de maestría en FLACSO-Ecuador de Carolina Baca (*El debido proceso afectivo de los juicios de alimentos: formas de maternidad y paternidad en el espacio judicial*, 2014), aporta algunas claves en este sentido. A través de un análisis etnográfico en los juzgados, muestra el peso que el amor romántico tiene, aun en casos de violencia, a la hora de no reclamar pensiones. El desgaste emocional que implica o el hecho de que las mujeres hayan iniciado ya otras relaciones son igualmente disuasorios. Las diferencias de clase a la hora de negociar, exigir e incluso hablar resultan patentes. Disponible en: <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/7596#.WgJ2Z4ZryCQ>

de los conflictos propios del divorcio o la separación, existe este otro elemento adicional, a veces descubierto, a veces difuminado, que es la violencia contra las mujeres y las niñas y niños en el núcleo familiar. Cabe recordar que una de cada diez mujeres, en Ecuador, fue víctima de abuso sexual cuando era niña o adolescente. El 65% de los casos los cometieron familiares y personas cercanas a las víctimas (Grant Leaity, representante de UNICEF Ecuador, 2017). Más del 95% de los casos de violencia sexual en niños y niñas, se producen en su entorno (familiar y escolar).

La violencia tiene muchos efectos, entre ellos, disminuye la autoestima y debilita la capacidad para defenderse; constituye un yugo, que muchas no saben cómo sacudirse, y tratan más bien de atenuar por todos los medios, a veces a costa de su bienestar, a veces hasta que es demasiado tarde.

¿Qué quiere decir esto en los conflictos y desacuerdos tras la ruptura? ¿Qué, en relación al reclamo de custodia? Pues que el control (con o sin violencia directa) sobre la vida de las mujeres, sobre lo que hacen con los hijos, sobre con quién andan, sobre cómo se gastan la plata o sobre las decisiones que toman, encuentra una increíble palanca en el reclamo de los hijos. Y no es que muchos hombres deseen, de entrada, la custodia y la disputen con uñas y dientes. Sería muy interesante comprobar con datos en la mano (de los que por desgracia carecemos), cuántos la reclaman en caso de separación sin acuerdo⁹. Quizás resulta aventurado hacer un pronóstico, pero cabe imaginar que son pocos los padres que la pelean, y que es en el momento en el que ya aprieta la pensión o el deseo de fiscalizar, cuando muchos

9 La propia Ministra de Justicia, Rosana Alvarado ha instado a revisar las estadísticas en este sentido, poniendo en cuestión que estemos ante un reclamo social generalizado.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

se acuerdan de su legítimo, igual e imaginario derecho a la custodia de los hijos... y por si acaso de ellas.

Y no se trata aquí de sostener una suerte de buenismo maternalista frente a la demonización paterna. Las madres no son, no somos, sujetos perfectos e ideales, que tomamos las mejores decisiones y amamos sin restricción a nuestros retoños. Hacemos lo que podemos, dadas las circunstancias, pero lo cierto es que hacemos, asumimos y con frecuencia nos aferramos con fuerza a los hijos, en contextos de violencia y desprotección. Los hijos son, al final del día, un innegable vínculo de afecto y humanidad, y quizás uno de los pocos lugares de reconocimiento social para muchas mujeres en busca de respeto.

De ser padres a hacer de padres

Por fortuna, muchas cosas están cambiando en nuestras sociedades y más hombres manifiestan el deseo no de “ser” padres, algo de por sí común en casi todo el mundo como parte del mandato de masculinidad, sino de “hacer” de padres, con todo lo que esto entraña: mucha satisfacción, pero también fuertes dosis de compromiso y renuncia. Todo ello invita a pensar, hoy más que nunca, qué condiciones serían las justas en el reparto en los cuidados y cuál sería la mejor manera para cambiar las atribuciones actuales.

Hacer de padres conlleva dejar de comportarse como individuos que disponen de su vida de forma independiente, sin ataduras, sin faltar al trabajo cuando los niños enferman, sin acudir a las reuniones de la escuela, sin asumir el mantenimiento de la casa que es la base para cuidar a los que están dentro. Conlleva pasar a pensarse como colectividad, comunidad junto a los hijos, y también junto a los propios padres y madres, que aun de forma imperfecta se hacen cargo, y también, desde luego, junto a las ex y quienes compartieron

en los buenos tiempos. Todos somos humanos y tenemos nuestras miserias cuando nos rompen el corazón, pero demostrar generosidad y confianza actualiza la capacidad que hemos tenido de sostener vínculos respetuosos e igualitarios. Se trata entonces, de generar una cultura de la corresponsabilidad, en la que los padres se involucren en relaciones interdependientes, que precisan de altas dosis de flexibilidad para ajustarse a las rigideces del trabajo y las maleabilidades del sostenimiento diario. Esta cultura no va resultar de un empeño por denunciar a las malas mujeres y a las malas madres, sino de comprender el papel que juegan distintas instancias, que como el mercado, nos impiden comprometernos a la par o aplauden a los varones machos que demuestran su hombría no atendiendo a las minucias del hogar y los guaguas.

Como recientemente escuchamos a la médica y activista por los derechos sexuales y reproductivos Virginia Gómez de la Torre, la responsabilidad paterna es un reclamo histórico del feminismo. No lo es como título honorífico o como orgullo numérico, sino como reinención de la masculinidad bajo premisas de respeto, reconocimiento y compromiso. El padre no nace, sino que se hace, y es ese hacerse el que debemos impulsar.

Por eso, comenzar el debate sobre la paternidad por los litigios sobre la custodia no parece lo más adecuado. Podemos empezar, en cambio, por la crianza y el compromiso con el cuidado de los hijos, por el cuestionamiento de las limitantes que impone el mercado para que los varones (¡y todos!) puedan cuidar y no sean meros trabajadores proveedores, por la posibilidad de reinventar la ciudadanía para que todos podamos ejercer de padres, madres, en familias diversas o por la reflexión sobre los valores y prácticas que consideramos buenos para la familia y la crianza...

También resulta revelador advertir que, el reclamo de tenencia emerja al hilo de las pensiones a las que se dedica buena parte de la reforma

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

del CONA; como si algunos recordaran ser padres justamente cuando aprieta el bolsillo. Por último, también llena de perplejidad que para reclamar la paternidad haya que recoger una larga lista de casos (azarosos o científicamente seleccionados, nunca lo sabremos) sobre padres ofendidos y malas madres... En ellos, se generaliza la violencia contra los padres y los niños privados, como violencia de género. Sin duda, una lectura no sólo sesgada de lo que realmente sucede, sino también reaccionaria, en la medida en que para legitimar la “violencia de género contra los padres” necesita arrojar dudas sobre la violencia que sufren las mujeres en el marco de relaciones de poder. Reaccionaria, también, al defender que el bienestar y el desarrollo integral pasa por convivir con papá, por restaurar la figura de papá, sin que esto conlleve una reflexión sobre el abuso, la violencia y el control ejercido por muchos, demasiados varones, en el seno de las familias.

Tal y como advertía Miguel Lorente (2010),

Reivindicar la custodia compartida como forma de reclamar la paternidad es un error, deben cambiar el orden y ejercer la paternidad para luego obtener la custodia compartida en caso de ruptura, algo que será consecuente con su comportamiento previo y que contará con el consenso de sus parejas, tal y como se observa en la mayoría de las separaciones. Lo contrario genera dudas y hasta sospechas. Unas dudas que aumentan cuando se presenta una situación puntual como si se tratara de lo general, y cuando son las asociaciones de hombres más críticas con la igualdad las que la reclaman, paradójicamente, en nombre de la igualdad (...). No deja de ser curioso que las mismas asociaciones que hablan de denuncias falsas como algo habitual, de la existencia del síndrome de alienación parental, de la violencia de las mujeres hacia los hombres en proporción similar a la que ellos ejercen sobre ellas, o que presentan la Ley Integral o las medidas que promocionan la

igualdad como un ataque a los hombres, sean las que exigen la imposición de la custodia compartida¹⁰.

Y es que al final del día, lo que se revela en algunas posiciones no es tanto el deseo de hacer de padres, de reinventar el ser hombre a través de la paternidad, o reinventar la paternidad y con ella la masculinidad, sino un extraño “orgullo” (o poder) herido, algo, si se quiere, entre patético y miserable: transformándonos en víctimas (generando sospechas sobre la pertinencia del machismo), recuperando el imaginario de la mala madre (esa bruja violentadora de todos los tiempos), azuzando la guerra de sexos, podremos restaurar al fin un espacio perdido (y más que perdido, cuestionado). Algo que conecta con un sentido común machista amenazado, que muchos están más que dispuestos a movilizar de forma oportuna, cuando tocan sus privilegios. Haciendo todas estas operaciones podremos, al fin, reestablecer el poder de quienes, de algún modo, ya han perdido al no saber ganar.

Necesitamos abrir un pensamiento y un debate sobre el cuidado paterno que no precise de batallas, enemigos y fronteras para producir un cambio. Un debate que pase de la paternidad patriarcal a otras paternidades. La responsabilidad paterna (entre los varones heterosexuales) es necesaria y urgente. Apremia como cambio sociocultural de nuestro tiempo, que ya muchos están liderando (no contra las mujeres sino junto a ellas, no contra los hombres, sino contra el machismo y quienes dominan y violentan). Urge como modo de reinvención profunda y renovada de la familia, de las identidades de género y de la vida común. Urge también como un modo de enfrentar la violencia contra mujeres y niñas y niños, como una estrategia que

10 Médico y docente universitario, Miguel Lorente Acosta fue delegado del Gobierno español para la violencia de género adscrito al Ministerio de Igualdad en abril de 2008. https://elpais.com/diario/2010/05/31/sociedad/1275256806_850215.html

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

nos ayude a proyectar novedosas imágenes de los varones, no como seres resentidos o incapacitados emocionales, sino como humanos generosos y dispuestos.

Para andar este camino, los hombres, que son padres y han tenido a sus hijos con mujeres, que en algún momento han compartido un amor por ellas y que conservan un sentido de la dignidad y el respeto por ellas y por todas, precisan entender que mujeres y hombres no estamos en lugares simétricos. Muchas mujeres llegan a la custodia por la justa legitimidad cotidiana e histórica que da el sostén del día a día, a pesar de la fragilidad del salario y del trabajo y en general de la existencia, en un mundo que desprecia el cuidado; mientras que, por desgracia, muchos hombres se alejan de ella por el legado de una cultura machista y violentadora, que les salpica y limita. Deconstruir dicha cultura y construir otras legitimidades, así como otros vínculos a partir del respeto y el compartir, sin duda nos ayudará a revertir el dolor y el temor que se desata, también para los varones, en las separaciones, cuando las relaciones no han sido igualitarias y respetuosas. Nos ayudará, así mismo, a ver y cambiar las asimetrías que se esconden y acumulan en el día a día.

Juan Jacobo Velasco

Nacido en Guayaquil, Ecuador, en 1972. Economista, con postgrado en macroeconomía y ciencias políticas, disfruta tanto del análisis económico, como de la literatura y el deporte. Ha participado en numerosas publicaciones sobre economía, mercado laboral y ciencias políticas, y ha escrito artículos de opinión en diferentes medios.

La importancia de que los padres nos convirtamos en madres. Papás distintos crean políticas públicas y sociedades diferentes¹

La paternidad en el siglo veintiuno es diferente a la de generaciones previas. La presencia, participación e interacción de los padres con sus hijos y las actividades del hogar han cambiado. Como dijo María Ortega², las madres dejaron la imagen de comercial de detergente que las anclaba a las actividades del hogar. El padre también mutó.

1 Este artículo fue originalmente publicado el 25 de julio de 2016 en la revista digital GK y se lo encuentra en el siguiente link: <https://gk.city/2016/07/25/la-importancia-que-los-padres-nos-convirtamos-madres/> Agradecemos la autorización de la revista para incorporar este texto en la presente publicación.

2 Ortega, María. (13 de junio de 2016). "Ser mamá más allá del comercial del detergente". En GK. Disponible en <https://gk.city/2016/06/13/ser-mama/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Claro que la redefinición de esos roles sigue siendo una elección: varía dependiendo de países y niveles socioeconómicos³. Además, no todos los padres responden igual. En mi caso, una suerte de conciencia acerca de la necesidad de reestructurar los roles dentro del hogar me llevó a vivir la paternidad de forma distinta del modelo arquetípico papá proveedor - mamá ama de casa (o generadora parcial de ingreso), desde el inicio. Es decir, decidí participar de las actividades del hogar y cuidado de los niños de manera más igualitaria. Esta decisión me ha convencido de que crear sociedades más iguales depende, como nunca antes, de lo que ocurra dentro de casa.

Quizás sea útil pensar que la sociedad es a un entramado molecular lo que la familia es al átomo. A partir de Demócrito, la idea del átomo ha ido transitando desde el simplismo básico —que lo miraba como una unidad— hasta convertirse en un mundo complejo, redescubierto progresivamente gracias a los avances científicos. El espacio subatómico, también llamado modelo estándar, ha ido evolucionando e incorporando nuevos miembros y relaciones. Ahora tiene más de una docena de componentes, siendo el Bosón de Higgs el último eslabón. La clave es entender que el ámbito subatómico siempre ha existido. Lo que ha cambiado es la capacidad para abrir la mente ante nueva evidencia, que nos muestra su complejidad y permite repensar la incorporación de nuevos elementos. Es el mismo átomo, pero ha cambiado, porque cada vez lo observamos con más agudeza, y porque estamos más abiertos a aceptar sus modificaciones conceptuales.

Con la familia ocurre lo mismo. Todos sabemos su importancia como base de la superestructura social y que los cambios en lo pequeño inmediatamente repercuten en las discusiones más grandes. Desde la

3 World Economic Forum. (2015). "Rankings". Disponible en <http://reports.weforum.org/global-gender-gap-report-2015/rankings/> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

vivencia diaria que habla de la importancia creciente de las familias monoparentales, pasando por los debates sobre la redefinición de lo que se considera “familia” (cuando se discuten los derechos de las parejas del mismo sexo), hasta lo tragicómico de estos cambios en términos de las relaciones comunitarias, sobre los que desarrollan sus narrativas comedias como *Modern Family*. El desafío es tan evidente que incluso la Iglesia Católica del papa Francisco está discutiéndolo y está —al menos— replanteándose el estatus de los divorciados, ante el *peligro* de que sus templos se queden sin quórum los domingos. Todo gira en torno de la discusión cuántica-social sobre un mundo subatómico-familiar, que está cambiando en términos de estímulos, composición y relaciones.

Sin embargo, lo que ocurre con las familias es más complejo que el mundo subatómico. Porque ya no se trata de que existan más elementos y relaciones. Las funciones al interior también cambian. Los electrones, protones y neutrones familiares se preguntan por qué las relaciones internas deben seguir como antes. La gran pregunta es por qué mujeres y hombres, que tienen igual educación, y además generan ingresos, tienen horas distintas dedicadas a las tareas del hogar. O por qué estas tareas —históricamente vistas como un asunto de mujeres— han sido desvalorizadas porque corresponden al ámbito interno de la vida familiar, en contraposición del rol público que se asigna a lo masculino. Esas preguntas implican modificaciones en las funciones subatómicas-familiares: los electrones no tienen por qué seguir girando alrededor del núcleo. También “pueden” ser el núcleo.

La constante incorporación de la mujer al ámbito público ha sido la fuerza gravitacional que ha generado estos cambios, cada vez más evidentes. Pero, también ha provocado tensiones sobre la importancia de resignificar los roles. Un caso evidente es el del cuidado de los niños y la conciliación entre las tareas del hogar y el ámbito laboral. ¿Por qué las mujeres deben cargar con el peso y la responsabilidad

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

social? ¿Por qué la mujer siempre debe estar dispuesta a sacrificar expectativas profesionales, tiempo laboral y estar expuesta a una jubilación más precaria, para cumplir con su rol? En un mundo más igualitario, esa aspiración debería ser de la pareja.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Porque, como en toda relación de poder, ajustes en pro de la igualdad implican que quienes tienen el poder —en este caso, los hombres— debemos estar dispuestos a ceder y compartirlo. Y a asumir, sin medias tintas, todos los cambios que implican: el ajuste del tiempo asignado a las tareas del hogar, igualdad de acceso al mercado laboral, similar disposición para asumir los costos de la crianza y cuidado de los niños. Es decir, que los padres nos volvamos madres.

Esta idea tiende a dividirse entre lo que ocurre en los países más desarrollados y el resto. En los primeros, el costo de tener servicio doméstico es tan alto, que en las familias —sin distinción de nivel socioeconómico— hay más coparticipación entre hombres y mujeres, y existen legislaciones⁴ mucho más avanzadas que facilitan una organización más pareja de las responsabilidades domésticas. Aun así, la responsabilidad es siempre mayor para las mujeres. En el caso de los países de ingreso medio o bajo, esta desigualdad es más latente y tiene aparejados modelos preasignados de roles domésticos, que mezclan aspectos culturales, religiosos y de convención social. Y en donde, salir de esos prejuicios es mucho más difícil.

Basta ver lo que pasa cuando los hombres asumimos este cambio de roles en Latinoamérica. Desde la imagen de ser unos mandados (o mandarinas), pasando por la visión más violenta de la “falta de

4 European Commission. (2018). “Gender Equality”. Disponible en https://ec.europa.eu/info/strategy/justice-and-fundamental-rights/discrimination/gender-equality_en (Consultado el 14 de marzo de 2018)

hombría”, la idea de la masculinidad socavada es la tara que muchos hombres enfrentan. En su faceta más oscura, ha exacerbado la violencia de género, llegando al extremo del feminicidio. Pero, que en su lado luminoso ha implicado ajustes mucho más sostenibles y amables de relacionamiento a nivel del hogar. A pesar de los avances, el resquicio de luz pareciera ser menor a las tinieblas del machismo puro y duro⁵.

Sin embargo, a nosotros como padres, nos corresponde hacer el esfuerzo cotidiano, tanto en lo privado como en lo público, para que esto cambie. No solo tiene que ver con dar la bienvenida a las iniciativas de política pública, para erradicar el estigma de que las mujeres representan un costo mayor por la maternidad y todo lo asociado al cuidado de los hijos. O con los esfuerzos por cambiar la mirada del costo-mujer por un costo familia-empresa, que tiene que ver con una asignación distinta de los roles en el hogar —y por ende, en el trabajo— con modalidades más flexibles que permitan que, tanto hombres como mujeres podamos asumir un rol activo en el hogar. La clave es el esfuerzo permanente para romper paradigmas. Es en la base de la estructura en donde las relaciones y los elementos que la constituyen deben ser polifuncionales. Y ojalá se equilibren cuando, tanto hombres como mujeres, se valoren por igual. Pero, para lograrlo debemos cambiar la mirada. Y alzar la voz. Todos.

5 Comisión Económica para Latinoamérica y El Caribe CEPAL. (2010). “Estudio de la información sobre la violencia contra la mujer en América Latina y el Caribe”. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/5826-estudio-la-informacion-la-violencia-la-mujer-america-latina-caribe> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Masculinidades para erradicar la violencia



Foto: Archivo FES-ILDIS

Javier Omar Ruiz Arroyave

Pedagogo y Educador Popular colombiano.

Cofundador del Colectivo Hombres y Masculinidades.

www.colectivohombresymasculinidades.com

Hombres de hombrías a contrapelo - De las guerras internas y de las de afuera

Trabajar críticamente las masculinidades patriarcales, en Colombia, es trabajar con historias de hombres de todos los tamaños, en un país que ha estado en guerra durante más tiempo que los años de todos los hombres con quienes nos hemos topado en el camino. Este texto quiere moverse, a modo de una narrativa-bisagra, entre la interpretación y lo vivencial, para dar cuenta de con quiénes y de para dónde se trabaja con hombres, en medio de los muchos combates de un país que parece empezar a creer en la paz. Entre tanto, se siguen sintiendo los fragores de los hombres que no siempre encuentran qué hombres ser. O no ser.

■ Como por poner un punto de partida

No todos los hombres somos iguales ni antes, ni durante, ni después. Un orden social nos situó en una misma plataforma hegemónica de masculinidad, casi al modo de un pensamiento único, y desde allí, nos criamos, socializamos y aprendimos de hombrías, mientras nos íbamos haciendo hombres. Pero la verdad, no fuimos simples fotocopias. Parecidos sí, pero no iguales a nuestros padres y a nuestros adultos de origen, ni a lo que nos decían los profesores. Por razones generacionales o por resistencia, hicimos cosas distintas y nos hicimos un poco distintos. Tal vez no mucho. Tal vez no lo suficiente, pero cambiamos en algo. Por eso tuvimos muchas broncas con nuestra generación precedente, que por el pelo largo, que por las modas, que por qué ese modo de bailar, que por qué muchos otros porqués, que nos instalaron en otro modo de ser hombres.

A continuación, algunos trozos de historias de vida (inéditas) de hombres que han hecho parte de los procesos sociales del Colectivo Hombres y Masculinidades, en varias partes de Colombia.

● Ricardo, Javier y otros

Ser sesentero ha sido una ventaja para el pensamiento y las transgresiones de a pie, como cuando para Ricardo, Javier, y otros muchos que andan cincuentaando la edad, la desobediencia fue estandarte de lo joven en los conciertos, en las barricadas de París, en las marchas infinitas de estudiantes latinoamericanos, y de puño en alto por Cuba y Nicaragua y El Salvador, en una cadena de sentires que la juventud de entonces construyó para cambiar el mundo. Todo empezó con el pelo largo en muchas casas, y los pantalones apretados que desataban silbidos en las calles, y con las estéticas que nada tenían de común con los señores de antecitos, los hombres que fueron

los papás de estos hijos de las flores y del amor en vez de la guerra, y de la marihuana en grupo, y del estar desnudos hombres y mujeres de cuerpo al sol y al baile y una naturaleza abierta a que la tocaran con cuidado. Y que era marica por tener el cabello como las mujeres, y los colores de las mujeres en las camisas, y por hablar de sentimientos a lo femenino, y que de ese modo, los hombres estaban dejando de serlo, y peor aun cuando se oponían a la guerra y querían hacer del futuro conquistas de imposibles. ¡Y vaya uno a ver a dónde fueron a parar las buenas costumbres!

● Camilo

Camilo se fue haciendo así, a las malas, primero siguiendo el patrón de la hombría de calle, de su barrio arriba, de la esquina de malandros, de a poco, entre sospechas y asechos, atacando para defender a sus hermanas menores, siempre con miedo de tener que ser el hombre que debía dar la cara, sacar el gesto duro para la pelea o simplemente para amedrentar a otros que lo retaban a ser más hombre que ellos, así, entre hijueputazos como saludo coloquial, o los llantos de su mamá por las golpizas de un padre contra el que fue cargando rabias aplazadas para el desquite de cuando estuviera más grande. Un día lo fue, suficiente a los diecisiete, y sacó las muchas rabias para matarlo como quería, pero no lo hizo, lo dejó que siguiera con el respiro, pero lo siguió de cerca, respirándole a la espalda, al hombro, encima con los ojos como amenaza, y a borbotones las palabras gritando que no vuelva a maltratar a mi mamá ni a mis hermanas, y que esto es una sentencia y que no nos aguantamos más y que si lo vuelve a hacer, la lleva, me lo llevo... ¡A lo hombre! Así como los varones adultos y jóvenes del barrio, y como los del colegio en el recreo o a la salida, o en clase cuando había que poner el pecho contra otro que quería su lugar, y ni modo, eso no estaba en juego, lugar y hombría eran lo mismo, tener poder para poder hacer lo que le viniera en gana, era su

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

marca y era su retaliación con un padre que hacía lo que le daba la gana con la familia, entonces, atrapado, hacía lo que su papá para ser como él sin querer serlo...

● Fidel

Hace rato no llueve, hace días, tantos como para que el verde desteñido de la siembra indique que todo se está perdiendo, la plata invertida y la esperanza y el trabajo de madrugadas cuando había que tempranear antes de que el sol se colgara del centro de la tierra para quemar las espaldas. Fidel no sabe qué hacer ni qué camino coger, ni con quien hablar o a quién reclamar. No tiene a nadie, sólo a su mujer y contra ella descarga las rabias y el desconcierto, no sabe más, así lo ha visto que hacen los hombres que tienen mujer en su comunidad, dicen que desde siempre ha sido así, lo dicen las mujeres también, su mamá igual, sus hermanas, y que su hijo lo vea y lo sepa para que se comporte como hombre cuando la tierra no le dé la comida, para que sepa cómo tiene que hacer y contra quién y de qué modo, sin darle a las mujeres la palabra, sin darle lugar para reaccionar, como ha sido desde hace mucho entre la comunidad indígena, como somos los caribes de por acá, tierra adentro en el resguardo, y más ahora cuando los paramilitares también dicen cómo tienen que ser las cosas.

● Yeisson

Ir a la iglesia los domingos ha estado en sus planes mientras no haya que entrenar voleibol con un grupo de chicas de su pueblo. Es el único hombre porque dicen sus amigos que es un juego de mujeres. No le importa porque hay una jugadora que le gusta, y también ante todo, porque comparte con ellas los silencios que deben guardar por ser mujeres, y de parte de él, por tener el alma metida hacia adentro, sólo volcada para él mismo y sus miradas perdidas. Yeisson le dicen. Baila, pero no debe bailar, porque en la iglesia dicen que no; quiere tener

sexo, pero que tampoco hasta que se case, pero el pastor nada dijo cuando, por años, los muertos tenían que bajarse amarrados en una moto para que en una oficina ad-hoc en el parque central, les dieran un certificado que ni a ellos ni a familiares les serviría. Las mujeres se fueron quedando sin maridos y sin amantes. Su mamá también. Ahora, hoy, ha vuelto a tener uno. Rodríguez no sabe qué le pasa, y nadie sabe a qué le tiene miedo, o si dios, su dios, lo está castigando por tener dudas o por haber oído de niño de los muertos de cada día y de haberlos visto y no haber llorado, y nadie entiende por qué se viene cortando las venas para ir avvicinando de a poco, un paso definitivo. Tampoco lo entiende él, no tiene porqué entender lo que simplemente le pasa y ocurre.

● Eider

El machete le rozó la espalda, cerquita, pasando como un viento que le quiso soplar la vida como cuando a su hermana un poquito mayor, se la apagó su papá en una reacción de rabia contra los hijos que nunca quiso pero que estaban ahí después de que su esposa se fuera huyendo. Eider saltó la alambrada de la cerca de la finca y siguió corriendo sin querer oír los insultos, y corrió hasta cuando ya tuvo mayoría de edad y habían pasado once años que se fueron de la mano de su abuela materna, al escondido, escondiéndose mientras tanto y mientras la guerra también era contra mucha gente, y no solo la guerra de un papá contra la familia. Era la guerra y muchos eran los enemigos, y más las enemigas que eran violadas y asesinadas en los caminos de los montes. Años después, desnudando el alma mientras desnudaba el cuerpo, Eider lloró lo que se estaba debiendo desde hacía tanto, y lloró para ponerse al día de los dolores que estaban haciéndole nudos en la garganta. Junto a una vela, acurrucado en el regazo de tres amigos, no quiso soplar la llama para apagarla, simplemente la dejó hasta que cumpliera su tiempo.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

● Hombres de paso

Los hombres de botas y camuflado estaban tirados en el piso, descansando, en silencio, nada ariscos, confiados de sí mismos y sus armas junto a ellos, mientras el sol venía derritiéndose desde el mediodía. Habían hecho un alto antes de llegar a la base militar, después de patrullar o de algún enfrentamiento que les había llenado la ropa de barro, y en la lista, alguna baja como le dicen a los muertos. Algunos se tapaban la cara con los cascos ese día, porque un año después era con una sábana que no alcanzaba a ocultar que no habían sido guerreros profesionales sino de ocasión. Un año después el descanso era total, y el sol era el mismo. Los hombres de los pueblos de paso se contaban entre sí para saber si estaban completos, y contaban historias de negros que por negarse a la leva, habían aparecido de pronto tirados en el piso, silenciados, con camuflado prestado y sin haber sabido disparar.

● Héctor

La mamá se fue un día, así no más, simplemente se fue y le dijo al marido que ahí le dejó los hijos y que listo, y salió y, por eso, Héctor no volvió a saber de ella ni a reconocerla en la foto de la pared porque ni hablaba sobre aquello. No se acuerda y no le duele, no tiene de dónde; sabe que debe estar por algún lado, pero no le interesa traducir la inquietud en búsqueda. Así está bien. Su papá crió a los tres hermanos y nunca quiso casarse, que porque era mejor así, para no tener distracción en esta tarea de la que no tenía ni idea. Aprendió, bueno, diríase algo así. Los quehaceres los fue aprendiendo, eso de preparar comida, bañar a los muchachos, enviarlos peinados a la escuela, ver que no pelearan mientras cenaban, o que no vieran televisión mientras hacían tareas. Aprendió a hacer cosas, una junto a otra, en secuencia, como un rito sin sentido, y así crecieron ellos, también haciendo cosas para que la casa no se des-cociera... Pero las almas y las pieles no

estuvieron en la lista, casi nunca, tampoco otras palabras distintas a que vaya haga tal cosa, o que huevón muévase, o que cualquier otra cosa más parecida al silencio que a algo que diera sentido de vida. ¡Ah!, los treintauno de diciembre, y si el padre no había quedado tendido de la borrachera, una sonora palmada en la espalda quería decir que feliz año nuevo.

● **Edison**

No sabía qué era ser papá, pero si sabía hacer el modo de serlo. Más ligero que el tiempo de darse cuenta, ya una niña empezaba a tener su apellido. No pensó en irse, quiso quedarse, no como su papá y al que decían que había sido su abuelo por el lado de la mamá, que como si hubieran seguido un libreto, iban y venían pero más se iban que quedarse, so pretexto de trabajos en otros lados, pero que todas las familias sabían que eran otras familias en el camino. Edison creció a trompicones, casi rodando por ahí, por las calles, haciendo mandados incluso a habitantes de calle para que les comprara marihuana que porque a él le vendían más fácil en la casa roja, esa con tablas tapando las ventanas. Yendo por allí y por allá, no se quedó en la calle, pero mucho de ella se le quedó metido en los ojos y en los puños, y cuando para describir alguna cosa, el recurso de las palabras gruesas es el mejor para que la gente le entienda. No pensó en irse cuando la mamá de la niña se fue con otro un día de cuando él le dijo que le dijeron. Se quedó y ahí va, y también con una nueva novia.

● **Roberth**

No sabe qué es, eso dice. No sabe cómo definirse, también dice. La cosa es que se pone con piel de gallina cuando deja por unos segundos la mirada sostenida con la de otro muchacho, ahí de paso, o cuando de frente en un bus, quedan a la distancia justa para que como

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

no se sepa a qué se juega. Roberth entre incertidumbres sabe a qué, pero no se atreve del todo, solo en el pensamiento avanza más allá de lo pensado y las imágenes le quedan como películas porno, dice, para seguirlas animando cada vez con un rostro nuevo, un cuerpo nuevo imaginado desnudo, dispuesto. Ya en el cole, casi a punto de graduarse, pasó por burlas y golpes en la cabeza, como manera de los otros hombres exorcizar riesgos imaginados para ellos, como manera de defender sus hombrías puestas de pronto en lo alto de un peñasco a punto de irse al precipicio porque junto al grupo, un amigo que había sido de toda la vida, no había resultado como ellos.

■ Unas experiencias de trabajo¹

Los siguientes son registros de actividades sobre masculinidades alternativas realizadas por el Colectivo Hombres y Masculinidades, en varias partes del país.

● El perfil de la hombría

Eisner dice que como hombre no les quitaría ningún derecho a las mujeres. Otros han dicho que les quitarían el derecho a la libre expresión, a salir de noche a la calle o a ir a fiestas. Esta pregunta, junto a otras cuatro, se hizo para conocer algunas opiniones de los participantes. De este grupo de hombres jóvenes surge el perfil típico de lo que es ser hombre, en el sistema patriarcal de género. Los hombres se creen los administradores de los derechos de las mujeres.

¹ Los siguientes son registros de actividades sobre masculinidades alternativas realizadas por el Colectivo Hombres y Masculinidades, en varias partes del país. Se retoman de la publicación: Ruiz, Javier O. Nuevas masculinidades y feminidades. Una experiencia de ciudadanía en género. PNUD, Bogotá, 2011, pp. 18 y 49.

Hay disidentes. Moisés dice que no les quitaría ninguno porque cada quien es dueño de sus derechos. Geferson agrega que ningún ser humano tiene ese poder. Están divididas las opiniones y será la vida cotidiana la que permitirá, al final, mostrar cómo quedan.

Los ojos se mueven inquietos porque están entrando en un terreno movedizo para las construcciones masculinas. Todos son jóvenes campesinos de no más de 20 años, pero ya cargando en sus hombrías miles de historias que han venido hablando de mujeres negadas en sus derechos más elementales. Muchos parecen estar convencidos de la justeza de esta realidad, otros han tomado distancias. El propósito es que todos lo hagan.

● **La mascarada del machismo**

Durante el día han circulado incertidumbres sobre el orden público en la zona, pero los jóvenes no quieren irse del taller de masculinidades.

—Ahora, con estas máscaras, vamos a expresarnos libremente, vamos a dejar salir los miedos de la masculinidad machista— dice el facilitador.

Empieza, entonces, un maravilloso juego de cuerpos, máscaras y expresiones. Unos saltan y bailan sensualmente al son de la música, otros caminan con gestos reforzados, casi todos gritan o hablan en voz alta, muy alta, y todos van riendo. Ríen de ellos mismos, de las máscaras del machismo que están dejando salir a través de las máscaras de plástico; ríen de lo que sale de adentro, de cómo pueden burlar las pautas del machismo jugando a una especie de carnaval.

En el salón van quedando en el piso la homofobia, la inexpresividad emocional, afectiva y corporal, tabús al contacto, como si estos jóvenes hubiesen estado esperando una oportunidad para mostrarse a sí

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

mismos que la masculinidad no tiene que ser una armadura contra la vida.

Este juego fue como una pequeña celebración al derecho masculino a ser seres humanos.

● Cambio de “chip” y roturas de molde

El aire es fresco. El sol ya acaloró al mediodía. Ahora son las cuatro de la tarde, después de que treinta jóvenes hombres han estado seis horas poniendo en remojo sus imaginarios de hombría.

—¡Todos caminando en direcciones diferentes, nadie tras de nadie! Ahora... ide a seis! ¡Vamos a hacer el ejercicio del hormigueo!— orienta el tallerista.

Rápidamente, y entre pequeños empujones, se forman los grupos, quedando uno de los participantes en el centro mientras el resto pone sus dedos en su cabeza para ir bajándolos lentamente hasta sus pies y regresar. El del centro se contorsiona por las cosquillas y la risa y, tal vez, por un poco de recelo al múltiple contacto. Los demás recorren un cuerpo mientras que a la par, se desaprenden falsos conceptos sobre el contacto entre hombres.

Luego caminan otra vez y forman parejas. Se trenzan de los dedos y se empujan en dirección contraria; inicialmente se halan como en una típica competición de hombrías, pero el tallerista indica una postura en la que las fuerzas se equilibran y ambos se empoderan. Después vuelven a caminar por todo el salón.

—¡Ahora grupos de a cuatro! Cada grupo va a representar situaciones de agresividad, tanto contra mujeres como entre hombres...! ¡Vamos, vamos!—

Con la facilidad de un aprendizaje hecho cotidianidad, surgen los puños, los gestos duros, los gritos intimidantes, y las víctimas agachadas, indefensas, temerosas... En un minuto se representaron diversas maneras de maltrato.

–Bien, ¡ahora lentamente van transformando estas representaciones en acciones de ternura y de afecto!

Se notan titubeos iniciales acompañados de risas imprecisas, como si hacer el cambio de “chip” fuese una tarea para pensar. Efectivamente lo es. Lo piensan y finalmente todo se transforma en abrazos simples y uniformes, y acaso en algunos, un intento de caricia en la espalda. Las representaciones fueron casi las mismas, porque el menú de posibilidades ha estado tan constreñido, como la expresividad humana de los hombres. Pero esta vez, por lo menos estos jóvenes intentaron romper el molde.

● **Desvirtuando la hombría y la masculinidad patriarcal**

–Bueno muchachos, ahora cada uno va a sacar un objeto de este bolso. No miren, sólo metan la mano y saquen el que quieran.

Todos están a la expectativa de lo que sacarán y las risas acompañan el ejercicio. Jajajajaja, todo el grupo se agita y se ríe del primero que, por cierto, sacó un pene de plástico de tamaño un poco más grande que el promedio.

El siguiente sacó un muñeco, otro una muñeca, el de más allá una bola de billar y así distintos objetos para trabajar el equipaje masculino de género. El penúltimo sacó otro pene...

Mientras el tallerista iba desarrollando el contenido del ejercicio, los penes iban pasando de mano en mano en un juego de gestos,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

pequeñas risas y bromas. Los ponían entre las piernas, los acariciaban, los pasaban a otro rozándole la espalda. Luego, llegó el descanso que se convirtió en un espacio para las fantasías que fueron surgiendo entre los jóvenes.

Los dos penes sirvieron para jugar a que salían de entre las cremalleras de los pantalones, o se convertían en “bultos” en la entrepierna, o se acercaban a la boca, o...

Los penes fueron y vinieron en múltiples manifestaciones de que “el pene es lo que hace hombre a los hombres”, y “el pene es lo que lo representa a uno”. No necesariamente eran juegos de homosexualidad. Estos jóvenes hicieron gala de lo que, en el mundo masculino, se lleva como una certeza: que los hombres son a la final, ipenes jugando a las hombrías! Fue la exaltación del falocentrismo.

El taller lo visibilizó para ponerlo en juego y relativizarlo, para desvirtuarlo, al hacer que los penes fueran quedando como un juego de virilidades de plástico. Entonces, así fue más fácil identificar que los hombres podemos sacar de nuestro equipaje de masculinidad patriarcal, los penes-armas, los pene-mi-virilidad, los penes-que-sacan-la-cara-por-mí, los pene-hombrías.

● **Hacia cuerpos y mentes abiertas**

Del debate sobre si los hombres podían hacer oficio doméstico, si podían paternar amorosa y expresivamente, si podían orinar sin mojar el piso del baño o dejar chorreado el asiento del sanitario, se pasó a danzar con máscaras.

La música fue cambiando de suave a rápida para agitar los movimientos y romper los esquemas corporales de lo cotidiano. Así pasaron varios minutos de un juego de cambio de posturas, gestos, carreras y caminares lentos, muy lentos...

Entonces, los marcadores (plumones) en el piso indicaron el siguiente ejercicio: graficar en los cuerpos las experiencias del taller sobre el replanteamiento de los referentes tradicionales de masculinidad.

Víctor, casi al centro del salón está siendo pintado por dos amigos, mientras más allá otros pintan en sus cuerpos figuras tribales, frases o creaciones del momento.

Como otros, Víctor ya está desnudo como un cuerpo abierto al arte de muchas manos que han estado llegando para dejar su impronta. Un tribal ha nacido a la altura de su tetilla derecha y se ha extendido por el estómago para bajar por un lado de la pelvis, rodear la cintura y cubrir parte de las nalgas y la espalda. En las piernas hay unos textos que hablan de no violencia, y por el hombro izquierdo baja una flor estilizada hasta el dorso de la mano con otros textos. El pene tiene a lo largo una rayas de varios colores que hacen conjunto con el símbolo de lo masculino, un círculo con una flecha.

Unos recogen los contenidos del taller para llevarlos puestos!, como lo sugiere la metodología. ¡Y así es, efectivamente!

Entonces, la actividad del día se cierra con una danza de pañoletas: hombres al ritmo de marimba electrónica ¡haciendo posible lo imposible!, como aquel grafiti de los años sesenta.

A modo de conclusión - Dejando atrás la masculinidad belicosa

La paz viene tocando las puertas de toda la sociedad colombiana, y claro que también las manos, los sentires y los corazones de los hombres, no de todos, de muchos. Ojalá fueran todos. Pero todavía no. El trabajo crítico en masculinidades aún es pequeño, pero los grupos que se han ido generando, van en firme, vienen sumando desde sus

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

diferentes texturas de vida a que toca ir en contravía de las historias particulares. Lo de ir en contravía de la Historia, todavía se demora. Bueno, desde las historias se la viene apurando.

En este ir y venir, los hombres colombianos se mueven entre ser hombres de paz para la paz, u hombres guerreros para seguir haciendo la guerra, incluida las guerras contra las mujeres y contra los hombres gay y demás. Todavía en la agenda social y política está puesto al orden del día el referente de una masculinidad que no negocia, ni quiere dejar de lado el odio y las ganas de venganza...

Lisette Arévalo Gross

Periodista. Trabajó como editora junior en la revista digital GK. Escribe sobre derechos humanos, violencia y género. Trabaja con bases de datos y produce podcasts. Graduada en periodismo de investigación de la Universidad de Columbia en Nueva York. Es pasante editorial en Radio Ambulante.

Lorena denuncia 12 años de maltratos y una jueza le ordena olvidarlos¹

Una mujer escapa a las agresiones de su pareja, pero es acorralada por el sistema judicial del Ecuador. ¿Es ir a la corte otra forma de violencia de género?

Pablo le inyectó prostaglandinas y Alizin a Lorena, su novia. La primera es una hormona para yeguas y la segunda un abortivo para perras. Lo hizo mientras vivían en Santiago de Chile, donde se habían mudado para hacer prácticas en el hospital veterinario Histo-vet. Lorena sufría,

¹ Este artículo fue originalmente publicado el 4 de julio de 2016 en la revista digital GK y se lo encuentra en el siguiente link: <https://gk.city/2016/07/04/lorena-denuncia-12-anos-maltratos-y-jueza-le-ordena-olvidarlos/> Agradecemos la autorización de la revista para incorporar este texto en la presente publicación.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

hacia días, de unos inexplicables cólicos, y Pablo (nombre protegido) le dijo que un doctor se las había recetado para que se sintiese mejor. Recién llegados a Chile, en 2006, Lorena se puso muy mal: sentía que se desmayaba, tenía infecciones en las vías urinarias, fuertes cólicos y siempre estaba cansada. Creía que era por el cambio de país o porque le llegaría la menstruación. En lugar de ir al médico, dejó pasar casi dos meses. Pablo, en cambio, intuía lo que le pasaba. Nunca se lo dijo, sino que viajó a Ecuador —con la excusa de que quería ver a sus hermanos—, regresó una semana después a Chile, y le inyectó las medicinas que, supuestamente, la harían sentir mejor, pero que en realidad, eran para animales. Unas horas después, una línea de sangre comenzó a bajar por las piernas de Lorena. Ella se tocó con la mano para ver qué pasaba y se encontró con coágulos y algo que ella cree era su bebé: “Siempre lo recuerdo como un caballito de mar con ojitos negros”, dice diez años después. Pablo lloraba y le decía que un hijo truncaría su futuro. Pablo estaba en shock. Lorena se levantó y salió del cuarto que arrendaban. La dueña de casa la vio y le preguntó qué le pasaba. Fue la primera vez que Lorena mintió: dijo que no sabía. Cuando el ginecólogo le confirmó que había abortado le preguntó si sabía qué había pasado, volvió a mentir. Regresó a casa con analgésicos, reposo obligado, pero sin ninguna prueba de que había sido envenenada. Lorena, destrozada por la pérdida y la situación que aún no comprendía, regresó a Ecuador, junto a Pablo, después de siete meses. Lorena —delgada, de no más de un metro cincuenta, con lentes cuadrados con efecto de lupa que cubren sus ojos de color avellana, con su larga trenza negra colgada de su hombro derecho— dice que nunca habló de lo que su novio le hizo, para protegerlo. Lo amaba mucho y, además, sentía una profunda compasión por él: Pablo le había dicho que venía de una familia destrozada, que su madre nunca estaba en su casa y su padre jamás ayudó a mantenerlos: “Cuando me contó todo eso pensé “pobre hombre, necesita todo mi cariño” Yo vivía y respiraba por Pablo” —dice mientras solloza— “El peor error

fue confiar en él". Diez años después, Pablo la botó de la casa que compartían cerca del Condado Shopping, una zona al norte de Quito, la negó, la demandó, le quitó todo y la dejó en la calle.

Aunque habían sido compañeros de clase durante cuatro años, la primera vez que Pablo se le acercó, ella no sabía quién era él. "No sabía ni cómo se llamaba", recuerda Lorena. En el año 2000, ella llegó a Quito para estudiar veterinaria en la Universidad Central. Venía desde Portoviejo, una ciudad a seis horas de Quito, en la costa de Ecuador, donde había nacido hace 21 años. Pablo tampoco era de la capital del país, sino que venía de la provincia andina de Loja, al sur. En una salida de campo a una hacienda cerca de Quito, Pablo le pidió su número telefónico, le coqueteó y la invitó a salir. Según ella, lo ignoró. Pocos meses después, él intentó de nuevo, le dijo que la quería y le pidió que salieran. Se enamoraron. Dos años después viajaron a Chile.

Lorena estaba perdidamente enamorada de él, a pesar de que él no le mostraba afecto. Según Lorena, cuando ella le cogía la mano, él se la escondía detrás de la espalda para que nadie los viera, cuando ella se acercaba para darle un beso o un abrazo él se alejaba con disimulo. "Lo máximo que me dijo de cariño fue Lorenita". Y, aunque a ella le dolía que él la rechazase, pensaba que cambiaría con el tiempo: "Creía que por la falta de amor que tuvo en casa tenía problemas para demostrar afecto". La relación era casi clandestina: conocían a la familia del otro y a sus amigos, pero en público jamás se besaban o abrazaban. Años más tarde, según el examen psicológico que la Unidad Judicial Especializada contra la Violencia a la Mujer y la Familia ordenó que se hiciera a Pablo, él "tiene un estado de ánimo disfórico, es introvertido, se observa con cierta rigidez en sus decisiones y una actitud de exigencia consigo mismo. La prueba de personalidad revela protesta masculina, incertidumbre, miedo, reacción a la crítica, mala coordinación de los impulsos, ambición, anhelos de superación, curiosidad sexual, poca generosidad social, dependencia de la figura

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

materna, actitudes defensivas, rasgos de agresividad, sensación de superioridad; los test proyectivos reflejan soledad y desconfianza en la relación con las mujeres, niveles elevados de ansiedad y temor en el plano de los afectos”. En el informe de Lorena, en cambio, decía que ella tiene “depresión severa, sensación de ausencia de su padre, por lo que está en desventaja en relación con otras mujeres, confiabilidad, seguridad, veracidad, percepción angustiosa de la vida que le induce al sufrimiento y a una sensación de inadaptación, concede superioridad a la figura masculina de la que depende emocionalmente, arranques de mal humor, actitudes defensivas, reacción a la crítica, preocupación neurótica, poca capacidad para los contactos interpersonales, tensión emocional, depresión, agresividad reprimida, egocentrismo y preocupación”.

Cuando regresaron de Chile, comenzaron a trabajar en un pequeño consultorio veterinario del hermano de Pablo: se encargaban de la peluquería y del aseo de los perros. Al comienzo solo Lorena ganaba sueldo, porque su cuñado decía que el negocio también era de Pablo. Fue ella quien comenzó a amoblar su casa, a comprar comida y ropa para ambos. Lorena dice que quería que él esté bien, pero en las noches lloraba a solas por su aborto. Intentaba olvidarlo en el día, trabajando mucho para que a la veterinaria le vaya mejor. Quiso ampliar el negocio y les propuso a Pablo y a su hermano que la clínica atendiese 24 horas, los 365 días del año. Ella tomó los turnos de la noche. Poco a poco, la veterinaria se convirtió en un hospital más grande. En 2011, el hermano de Pablo salió del negocio por falta de interés, y se quedaron los dos. Se compraron una casa al lado de la veterinaria, al norte de Quito, a nombre de Pablo, y él sugirió que pongan todo el dinero en conjunto, en una sola cuenta a su nombre, para que no sea tan difícil llevar la contabilidad. Lorena aceptó. En el tiempo en que Lorena y Pablo levantaron el negocio, una proveedora de alimentos para animales fue muy cercana a los dos. Ella recuerda

que los conoció en 2008, y que sabía que vivían juntos, como pareja. Dice que compartían muchos sueños para su futuro y que “sabía que la veterinaria era de Pablo y sus dos hermanos, pero a la hora quienes estaban a cargo eran él y Lorena”. La doctora Verónica Pareja, que vive y trabaja en Guayaquil dijo, por mensaje de Whatsapp: “fui compañera de Lorena, yo salí de la U antes que ella, pero después de eso, en el 2014, la encontré en Bogotá y recién la volví a ver el año pasado. Todos sabemos que eran novios”. Lo mismo confirmaron algunos doctores en una conferencia de veterinarios, que se dio en Guayaquil el 25 de junio de 2016, pero no dieron sus nombres. Ellas dos son de las pocas personas del círculo laboral de Pablo y Lorena que estuvieron dispuestas a reconocer que eran pareja. Los demás, prefieren el silencio o se presentaron a declarar a favor de él.

Pablo no sólo empezó a controlar el dinero, sino con quién podía salir Lorena. Como él había tenido un problema laboral con el hermano de Lorena —quien trabajó por poco tiempo en la veterinaria—, le prohibió verlo. Tampoco le permitía ver al resto de su familia. La mamá de Lorena dice que, cuando iba a Quito, la veía máximo diez minutos: él estaba siempre controlándola, llamándola al teléfono celular, o recogéndola de inmediato. Pablo comenzó a decirle también, cómo debía vestirse, peinarse y maquillarse. Según Lorena, cuando estaban solos en la casa le decía zorra, prostituta, tonta. Cuando tenían sexo solo le importaba su placer: durante toda la relación, Lorena dice que tuvo solo dos orgasmos. Para ella empezó a parecer más una violación: cada vez que se acostaban, Lorena terminaba llorando. Un día, su ginecólogo le dijo que tenía las paredes de la vagina laceradas. Lorena no había tenido relaciones sexuales con nadie más y pensaba que eso era normal. Luego, se enteró que era porque no estaba lubricada y él la forzaba. Meses después, tuvo infección a las vías urinarias, y no le dijo nada a Pablo pensando que estaba embarazada otra vez. El doctor le diagnosticó papiloma virus que, ella supone, él lo contrajo en los

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

prostíbulos que él le confesó que frecuentaba. Cuando lo confrontó, él le prometió que no volvería a esos lugares y que la trataría mejor. Hoy, si es que Lorena no se trata por lo menos tres veces al año, corre el riesgo de quedar infértil o de que esa infección se convierta en cáncer.

Una mujer maltratada, como Lorena, que continúa con su pareja después de tantas agresiones, no es una anomalía en Ecuador. Según el censo del Instituto Ecuatoriano de Estadísticas y Censos INEC del 2010, más de la mitad de las mujeres maltratadas en Ecuador no se separan de su pareja, porque creen que las dificultades pueden superarse. La socióloga y directora del Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de la Mujer Cepam, Susana Balarezo, dice que esto sucede porque los roles de los hombres son vistos como más importantes que los de las mujeres. Muchas veces, las mujeres aceptan cualquier exigencia que impone un hombre, solamente para mantener la relación y pretender que todo está bien. De a poco, los hombres comienzan a dominar el cuerpo de la mujer —diciéndole cómo verse o vestirse— y pasan a dominar el entorno y los espacios exteriores como el patrimonio. “Al Cepam han llegado mujeres que han estado en esta situación por cincuenta años. Doce años no es una sorpresa porque es más común de lo que parece”, dice Balarezo. En las estadísticas, Lorena es parte de un 67,6% que se separan de su agresor, después de 11 a 15 años de unión o matrimonio. El resto sigue creyendo que todo puede mejorar.

Pero las cosas no suelen cambiar, como tampoco cambiaron para Lorena. Pablo siguió manipulándola: le dijo que si se especializaba en Patología Animal en Colombia, tendrían un bebé como premio. Emocionada, Lorena aceptó. Pablo le puso tres condiciones: debía traer el título de vuelta, si tenían un bebé y se separaban ella debía renunciar a todos los derechos sobre la criatura, y él solo terminaría una vez adentro de ella: si no quedaba embarazada esa vez, dejarían de intentarlo. Ella volvió a aceptar. Mientras Lorena estaba en Bogotá,

Pablo contrató a Ramiro como administrador de la veterinaria. Cuando regresó con título y honores —fue la mejor de su clase—, vio que el trabajo de Ramiro no era bueno: compraba productos de más que se caducaban, las bodegas estaban sucias y las estanterías empolvadas. Llegó con la idea de que Pablo honraría su acuerdo. El trato nunca se cumplió. Pablo ponía excusas, viajaba por trabajo o se cuidaba con preservativos, mientras Lorena iba al ginecólogo para prepararse para el embarazo. En lugar de tener un hijo, Pablo le propuso tener una relación abierta —con opción a tener sexo con otras personas— pero Lorena, cansada de tantos maltratos, le dijo que no. Él no insistió y siguieron juntos.

Habían pasado once años: Pablo seguía dominando su vida, su patrimonio y sus relaciones personales. Las cosas empeoraron cuando comenzó a tener problemas con Ramiro, que opinaba sobre su relación con Pablo: la frecuencia con la que salían, la manera en que administraban sus bienes, su casa. “Yo no sé qué ve Pablo en ti, tú eres nada y él es perfecto, es un ángel”, le dijo Ramiro un día. Cuando Lorena le dijo que se callara, enseguida Pablo le ordenó que se disculpara. Esa vez, junto con la exigencia de las disculpas a Ramiro, vino el primer golpe. Cada vez que ella tenía un problema con Ramiro, él le pegaba. Según el INEC², en Ecuador, seis de cada diez mujeres han sufrido algún tipo de violencia de género. De estas mujeres, el 53,9% ha sido víctima de la psicológica, convirtiéndose en la más frecuente en el país, seguido por la física —38,0%—, sexual —25,7%— y patrimonial —16,7%. Más de la mitad es maltratada por su pareja. El Ecuador está lleno de casos como el de Lorena.

2 Instituto nacional de Estadísticas y Censos INEC. (2011). “Encuesta nacional de Relaciones Familiares y violencia de género contra las mujeres”. Disponible en <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/violencia-de-genero/>. (Consultado el 14 de marzo de 2018)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Después de doce años de abuso, ella, finalmente, se cansó. Era noviembre de 2015 y le dijo a Pablo que lo único que quería era que le deje la casa y ocho mil dólares para el traspaso de propietario, que él se podía quedar con la veterinaria y el resto del dinero de las cuentas bancarias. Lorena dejó de trabajar en el consultorio. Pablo no volvió más a la casa. Parecía que habían llegado a un acuerdo, hasta que el 29 de noviembre el hermano de Lorena fue a su casa para ayudarla con el jardín. De alguna forma, que ella aún no entiende, Pablo se enteró. La llamó a decirle que vaya inmediatamente al hospital. “Pensé que había recapacitado, que los veinte días separados lo habían cambiado”. Sería su enésima decepción.

Cuando se encontraron en la parte de atrás de la veterinaria, Pablo le comenzó a gritar diciendo que se largue, que era una zorra y una prostituta y que debía firmar la renuncia porque nada de lo que tenía era realmente de ella. Llorando, ella le dijo que lo demandaría. Lo sostenía del cuello de la camisa. Él la cogía fuertemente de los brazos y la sacudía. Le dejó moretones y un dedo torcido. Lorena se hizo el examen médico legal previo a presentar una denuncia, pero no siguió el trámite por vergüenza. “No quería tener más problemas”, recuerda Lorena. Se deprimió. Según su madre, quien se mudó con ella por un tiempo, tenía pesadillas que la despertaban en medio de la noche. “Me decía, mami tengo miedo, y yo le preguntaba de qué. Me decía que tenía miedo de que Pablo cumpliera su palabra”. Según Lorena, en las pesadillas Pablo le repetía un juramento tan críptico como tétrico: “Le dijo que la llevaría al panal de avispas más profundo para que muera. No sé cómo alguien que decía que la amaba tanto podía tener ahora tanto odio hacia ella”. La madre de Lorena dice que, Pablo aprovechó una visita suya a Quito para decirle que le entregaba de vuelta a su hija, y que si la relación había durado tanto tiempo era por el respeto a ella, su madre. La familia nunca supo lo que había pasado hasta ese momento: Lorena jamás les contó nada. No quería ser un fracaso frente a su familia.

El 15 de diciembre de 2015, Lorena llegó a su casa y encontró una pistola de juguete en su velador. Llamó a la policía, y la operadora le dijo que hiciera una denuncia formal. Pero al día siguiente, Pablo llegó cerca de las once de la mañana junto a Ramiro y dos hombres, también empleados de la veterinaria. “Entraron a exigirme que le firme los papeles, que renuncie, que me largue de la casa. El administrador me gritaba diciendo que esta casa es de Pablo y que yo me tengo que ir”. Lorena le dijo que no se metiese, que él era solo un empleado. “Ahí es cuando me pegó otra vez”, recuerda. Después del golpe, Lorena agarró su celular para llamar a la policía y salió corriendo hacia el patio. Pablo corrió tras ella, le pegó, le rompió el celular y la lanzó hacia la casa de sus perros. Ramiro salió corriendo con las llaves de Pablo mientras Lorena, desde el piso, le agarraba el pie a Pablo para que no se escape. Luego, Lorena se levantó y bloqueó la puerta para no dejarlo pasar. Él, con la ayuda de sus dos empleados, logró empujarla y huir. Minutos después, Lorena llamó a la policía. Uno de los oficiales le aconsejó que cambiase las chapas y, otra vez, le pidieron que presente una denuncia. Según los testimonios de los policías en el juicio de violencia que enfrenta aún a Pablo y a Lorena, ella no reportó haber sufrido agresión física alguna, y no mostraba signos visibles de maltrato.

Mientras Lorena cambiaba las chapas de su casa, Pablo presentó la denuncia de violencia en contra de ella, junto a un chequeo médico. Le habían diagnosticado heridas superficiales por rasguños en el tórax. Le concedieron tres días de reposo. Lorena también fue a examinarse, y según el informe, tenía golpes en el brazo izquierdo, pero no le dieron licencia para recuperación. Pero, cuando fue a realizar la demanda en la Fiscalía General del Estado, por violencia familiar, no se la aceptaron: Pablo ya había presentado la suya, unas horas antes en la Unidad Judicial Especializada contra la Violencia a la Mujer y la Familia. Decía, entre otras cosas, que ella lo había atacado a él y a sus tres empleados. La víctima, decía, era él.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Un juicio de violencia en Ecuador se puede tramitar por dos vías: la Fiscalía General del Estado o la Unidad Judicial Especializada contra la Violencia a la Mujer y la Familia. Con la primera opción, las autoridades competentes de la fiscalía investigan al agresor, la relación entre las dos partes, y se busca una sentencia penal. Generalmente, este proceso dura, mínimo, un año —que incluye la investigación previa, la instrucción fiscal, audiencia preparatoria y audiencia de juicio. En caso de presentarse ante la Unidad Judicial, el proceso es más corto, ya que las partes buscan medidas de protección, algo que no demore tanto en resolverse. Este camino permite que, si por ejemplo, la vida de una mujer está siendo amenazada por su esposo, pueda tener una boleta de auxilio: una orden judicial que ordena al agresor no acercarse al hogar de la víctima, y en caso de incumplirse, llevarlo a la cárcel. Se busca una solución más inmediata y en esta unidad no toman en cuenta los antecedentes de la violencia —como en el caso de Lorena que no tomaron en cuenta los 12 años que ella padeció. Lorena presentó una demanda en los dos lugares, pero en la Fiscalía no le quisieron aceptar, porque Pablo ya había presentado una demanda en la Unidad Judicial. Cuando Lorena lo demandó en el mismo lugar que él, los casos se unieron y se creó el juicio, que ha sido un nuevo calvario para Lorena.

El maltrato pasó de psicológico y físico a judicial. El caso se trató en la Defensoría Pública Casa de Justicia Carcelén, al norte de Quito, el 19 de febrero de 2016. La trabajadora social encargada entregó un reporte diciendo que Pablo vivía en un cuarto en el hospital sin comodidades, y que Lorena no estuvo el día y a la hora que habían quedado para hacer la inspección de la casa donde ocurrieron los hechos. Los exámenes médicos de Pablo y Lorena demostraron que existió “violencia bidireccional”, porque los dos aceptaron haber tenido contacto físico. Pablo decía que había tenido una relación con Lorena desde febrero de 2014, y no desde hace 12 años como ella decía. Según él, Lorena era la que lo agredía con frecuencia con golpes,

insultos y celos. Decía que ella lo controlaba en todo momento y que él ya no aguantó más. La jueza dictó sentencia: una boleta de auxilio a favor de Lorena, otra boleta para que Lorena se aleje de Pablo y a él le dijo que no podía intimidarla nunca más, de ninguna manera. Sobre todo el patrimonio que habían construido juntos, la jueza ordenó que Pablo reingrese a su casa. Y, según la sentencia, para protegerla de él —porque en la casa vive sola y está cerca de la veterinaria donde él trabaja—, la jueza le sugirió que se aleje de la casa donde ella tiene todas sus pertenencias y se vaya a vivir con su hermana en Calderón, al norte de Quito. En esa audiencia, tres empleados testificaron por Pablo diciendo que quien fue agredido fue él por Lorena, quien lo jalaba, le golpeaba y le gritaba que se largue de la casa. Por Lorena, testificaron su hermana y los policías que fueron después de que Pablo, Ramiro y sus otros dos empleados fueron a sacarla de la casa. Los oficiales confirmaron que la habían visitado en dos ocasiones más por agresión o intimidación.

La sentencia es preocupante. La abogada Pilar Rassa —del colectivo Surkuna— quien ha acompañado a Lorena durante el proceso, dice que la violencia machista se está institucionalizando en el Ecuador. Para ella, que una jueza falle a favor de un hombre agresor y le conceda a él tres días de reposo por sus lesiones, pero no a Lorena, demuestra cuán difícil es ser mujer en este país. No es un caso aislado. Cuando Alicia Marín fue asesinada en Gualaceo³, Azuay en 2014, el único sospechoso de su muerte fue absuelto. En el pueblo, la responsable de su muerte era la propia Alicia: la culpaban de andar sola.

Según la jueza de su caso, Lorena no demostró totalmente que ella era la víctima. No tomó en cuenta —porque dice que ella no es la autoridad

3 Arévalo Gross, Lisette. (11 de mayo de 2015). "Asesinato en el jardín. ¿Quién mató a Alicia Marín?". En GK. Disponible en <https://gk.city/?p=2431> (Consultado el 14 de marzo de 2018)

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

competente para decidir sobre los bienes— los certificados bancarios, las conversaciones por Skype desde el 2010 y los certificados médicos que comprobaban que él y ella tuvieron papiloma virus, en 2008. También, dice que ella no puede resolver sobre los bienes, o si es que el dinero en las cuentas también le pertenecía a Lorena, que también había comprado la casa con plata de ambos, que el negocio lo habían montado los dos. Pablo, como si hubiese preparado esta coartada durante meses o años antes, había vaciado las cuentas. Además, entregó un certificado de 2015 de que no tenía papiloma virus —aunque un portador siempre lo es. Lorena me muestra sus documentos y fotos de los dos juntos. Salen abrazados, sonriendo a la cámara y con los ojos brillantes. Dice que no entiende qué pasa. “¿Por qué una jueza, siendo mujer y viendo todo lo que me había hecho falló a favor de él dejándome a mí en la calle? Ya no sabía qué hacer. Los empleados de la veterinaria me escribían diciendo que el doctor le estaba pagando a muchas personas para que hagan cosas en mi contra”. Nada de eso ha sido tomado en cuenta por la jueza.

Los empleados de la veterinaria prefieren no hablar. Según Lorena, testifican a favor de Pablo por miedo a perder el trabajo. El 22 de febrero de 2016, con una orden de la jueza —que permitía que Pablo regrese a casa y ordenaba que ella salga—, Pablo logró dejarla en la calle. Ella aún no había sido notificada de la autorización, cuando recibió una llamada de una vecina advirtiéndole lo que estaba ocurriendo. Ella llegó desesperada. Encontró sus cosas en la vereda, a su gato en una caja y su perro amarrado a la puerta. Se fue donde una amiga al sur de la ciudad. Ahora vive en un lugar que prefiere no revelar.

Lorena peleó la sentencia que la había dejado sin casa y sin dinero. Insistía en que había una unión de hecho entre los dos, pero Pablo volvió a negarla: dijo por escrito que ella no era nada más que una empleada, que habían sido pareja apenas desde febrero de 2014, pero que ya tenía una relación con otra mujer a la que todos la

reconocen como su pareja. Demandó a Lorena por 185 mil dólares por los daños psicológicos, morales y físicos que le habían ocasionado sus acusaciones. Cuando buscamos a Pablo para preguntarle sobre su relación con Lorena, los empleados del hospital veterinario respondieron por él.

En el primer intento, la recepcionista me pidió sacar una cita “con tiempo”. Un día antes de la cita, me llamó a preguntar para qué era, dijimos para hablar de la sentencia, y contestaron que en ese caso, primero tendría que hablar con una empleada. Nos reunimos, y ella dijo que sabía que en redes sociales había una campaña de desprestigio en contra del doctor⁴, que no entiende por qué si él ha sido de los mejores jefes que ha tenido. Sobre Lorena y Pablo dijo que le sorprende que se hayan divorciado. Luego de sus breves palabras, dijo que esperemos para ver cuándo el doctor podía atenderme y cuando volvió, se contradijo: negó que Lorena y Pablo hayan sido pareja. Dijo que llevaba apenas un año y cuatro meses en la veterinaria, que los veía conversar, pero que no sabía que tenían una relación. Me dijo que el doctor está por entrar a una cirugía, pero que lo llame a la casa y para que me atienda tipo nueve de la noche que llega, porque en temas personales ella no sabe sino solo el doctor. El número estaba equivocado. Buscamos en la guía telefónica el número real, pero nunca contestó. Intentamos en la veterinaria. Después, la empleada dijo que confirmaría cuándo podríamos hablar: las siguientes ocho veces no respondió las llamadas.

Lorena apeló la sentencia que la dejaba sin nada, que borraba doce años de su vida. Después de recolectar las pruebas que le faltaban

4 Rassa, Pilar. (9 de junio de 2016). “Justicia para Lorena”. En Malcriadas. Disponible en <https://malcriadas.org/2016/06/09/justicia-para-lorena/> (Consultado el 14 de marzo de 2018).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

—salidas migratorias a Chile, exámenes médicos que comprobaban la infección del papiloma virus, testimonios, fotos— se presentó el 10 de junio de 2016 a una nueva audiencia. Ese día, después de cinco horas de alegatos ante una nueva jueza, el proceso no pudo continuar porque faltaban testigos: nunca aparecieron los policías que fueron a su casa. Pablo negó haber tenido una relación con Lorena. Dijo que había dicho que estuvieron juntos desde 2014, porque su anterior abogado lo había presionado, pero que no era cierto. Ni siquiera esta inconsistencia ayudó a Lorena. El 17 de junio le notificaron la sentencia de la apelación: volvió a perder. La jueza dijo que Lorena no rasguñó a Pablo ni agredió a los tres hombres, pero ratificó las boletas de auxilio que les impiden acercarse, repitió que Pablo no puede intimidarla de ninguna forma y que los dos debían ir a consulta psicológica. Pero, la casa, el negocio y la propiedad siguen siendo de él.

Abelardo Palma Molina

Es educador popular, atleta y poeta diletante nacido bajo las estrellas. San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

Cuerpo y masculinidad violenta ¿Por qué es difícil narrarnos?

Sí pero no

La expresión “mi cuerpo es mío” adquiere un doble sentido. Porque sí lo es, y a la vez no. Lo es porque tengo la convicción de que yo decido sobre él. Lo siento libre. Lo muevo a mi antojo. Camino por cualquier lado y no percibo agresiones que lo transgredan. Intento cuidarlo para que no se maltrate. Hago ejercicio con cierta regularidad. No siempre lo alimento bien, porque soy presa de la precariedad obligada por los ritmos de trabajo y la estructura desigual. Me pienso corporalmente y gusto de mirarme al espejo. Afirmo que soy su propietario porque lo poseo y controlo. Lo degusto y disfruto. Es un lugar y espacio de aprendizaje, placer y conocimiento. Es un territorio político de significados, porque siempre mi cuerpo comunica algo. En las posturas,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

en el lenguaje, el vestido, la alimentación, en las enfermedades, etcétera. El cuidado de sí lo pongo en cuestión cuando no reconozco la importancia que tiene para crear y transformar el mundo. No es la búsqueda estética para mostrarme. Más bien, es la intencionalidad para repensar mi cuerpo como sujeto pedagógico¹, es decir, colocarlo en referencia al conocimiento y aprendizaje para desmontar mis prácticas hegemónicas. El poder que poseo está inscrito en las profundidades corporales, expresadas en mis relaciones cotidianas. Un argumento bourdieriano² es que el poder está introyectado en forma de prescripciones trascendentales, que se desdoblan por doquier con poco margen para interpelarlo.

Cuando miro mi cuerpo concluyo que no es totalmente mío. Una fuerza externa atrapa la posibilidad para que sea libre y soberano, esa fuerza es una máquina perfecta, diseñada para resistir los embates que pongan en jaque su sobrevivencia; es un modelo fabricado a modo para sostener el poder que yo, como hombre heterosexual, clase media precarizada, represento y reproduzco cotidianamente. Soy hombre interconectado con la otredad, es decir, que necesito, para mi buen vivir, relacionarme con las y los demás de manera no violenta. ¿Es posible que me relacione de manera no violenta cuando habito y territorializo un cuerpo que representa el poder? Es aquí donde reside la paradoja que rodea la aseveración que mi cuerpo sí es mío, **pero no**. En la relación del **sí** y **no**, domina el sí estructural trasladado al yo individual. Situar mi cuerpo como territorio en un espacio de poder y violencia es reconocer que sirvo a los intereses del patriarcado y que soy cómplice por mis prácticas hegemónicas.

1 Noyola, Gabriela. (2011) Geografías del cuerpo. Por una pedagogía de la experiencia. México: Edit. Universidad Pedagógica Nacional.

2 Bourdieu, Pierre. (1998). La dominación masculina. Barcelona:Edit. Anagrama.

Domino el territorio desde el momento en que mi voz, en un espacio común compartido con mujeres, es más fuerte y salta primero que mis compañeras. La función del poder es ocupar mi cuerpo y vida entera para hacerme dócil y disciplinado. Pierdo la noción de esclavitud en que estoy atado. La conciencia crítica desaparece, ni siquiera soy dueño de mi cuerpo. La negación de mi corporalidad se vuelve cada vez más perversa y cruel; la naturalizo, la asumo como verdadera y transito esa condición de subordinación y dominación hacia mi interioridad. Aunque a veces, desafío al deber ser corporal masculino. Me atrevo a desafiarlo cuando me dejo crecer el pelo. Luego, veo mi cuerpo señalado por ese hecho. Rompo con la norma de que el pelo largo es para las mujeres y lo convierto en acto político y pedagógico rebelde. Cuando decidí hacerlo, recurrí a varios pretextos; que porque viene el invierno y no quiero tener frío, que es una promesa ante la Virgen de Guadalupe y cosas por el estilo. Los hombres, en particular, me preguntaban ¿cuándo te vas a cortar el pelo?; otros más decían ¡ya córtate ese pelo! y claro, el coraje me ganaba y solo pensaba en cuáles serían mis respuestas de revancha. Eran mis pensamientos defensivos que no me atrevía a expresar. Todo quedaba en el intento. La transgresión la transformé en artulugio³, para obtener provecho educativo en la reflexión del género con hombres. Aun así, cuando explícito los señalamientos recibidos por desafiar el deber ser de la masculinidad hegemónica, estoy convencido de que no es la misma carga ideológica que se despliega en contra de los cuerpos de las mujeres. Afirmar que mi cuerpo es mi territorio es un privilegio que como hombre se me ha otorgado. No obstante, para las mujeres la

3 El artulugio es un artefacto creativo donde nada está dicho porque se trata de encontrar respuestas a la experiencia educativa como acontecimiento en el encuentro con los otros. Es darse en el acto, buscar en el tacto y la caricia la responsabilidad por el otro, para la compartición de las subjetividades que conduzcan a los hombres al florecimiento como sujetos vivos en la relación educativa.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

situación es diferente, porque el sistema patriarcal colonial capitalista hace difícil el camino para que aclamen “mi cuerpo es mío”. Lo valioso es que cada vez más mujeres se atreven a decirlo. Y aquí tendría que preguntarme ¿qué estoy haciendo para contribuir a generar acciones de resistencia antipatriarcal? Lo primero que intuyo es dar pasos para reconocer y reconocermelo como actor directo en la reproducción de violencia.

Cuerpo y violencia

Vivo en un mundo esencial y gramaticalmente masculino, donde mi violencia es permisible y naturalizada. Recuerdo anécdotas de cómo debería educar a mis hijos, *sí es mujer que te sirva y atienda y sí es hombre tienes que enseñarle a ser fuerte para que aguante todo*. Hago evidente que mis violencias han marcado mi vida patriarcal. ¿Qué responsabilidad tengo yo cuando mi hijo estalla a gritos para expresar un desacuerdo conmigo? Reflexiono que, en algún tiempo, mis enojos guardados y contenidos, eran canalizados con estallidos de voz altisonante con mi hija e hijo. Hoy digo que grandes o pequeñas dosis contribuyeron a transmitir el ejercicio de la paternidad violenta. Por fortuna, tanto mi hijo como yo, descubrimos en diversos espacios, otras formas no violentas de relacionarnos. Me llené de gusto cuando mi hijo, que vive en un lugar diferente al mío, escribía; “¡Papá!, recién estoy saliendo de un taller de masculinidad...” ¡Ah! qué bien, respondí con júbilo y agregué serio y en broma, “ahora sí me puedes acompañar a facilitar un taller con hombres”. Recibí como respuesta un contundente “no te voy ayudar”. Sin conocer el argumento de negación, mi tendencia fue interpretar y quedarme con la duda. Pasaron semanas y yo seguía con la duda ¿Por qué esa respuesta? Parecía sencillo hablarle y preguntar las razones directamente, pero no lo hacía. Finalmente, llamé y la respuesta era tan simple y sin complicaciones; “no sé dar talleres y

no sé nada de trabajo de género con hombres”. Al revisarme, concluyo que la relación con mi hija e hijo es a través del silencio. La máscara silenciosa poco a poco la agrieto compartiendo con otros hombres la construcción masculina que me oprime y reproduzco. Evidenciar mis silencios, romper con ellos y reconstruirlos sirve para intentar ser mejor hombre. Hoy sé que el silencio destruye y ocasiona daños a la salud, por la contención de emociones. Cuando me enojo, tardo en expresarlo y ser honesto para hablar de las razones que me obligan a callar cuando algo no me gusta o no estoy de acuerdo.

Me doy cuenta de que la mayoría de los hombres poco hablamos de lo que sentimos, “un te quiero, me gusta, gracias”, se convierten en retos. Configurados para un sistema que privilegia la razón sobre la emoción, nos perdemos de muchos actos amorosos y de disfrute. Escribir la historia personal es resultado de mis experiencias intersubjetivas con otros hombres, que también han ejercido violencia. La narración de sí mismo es uno de los aspectos más difíciles en el trabajo con hombres, y metodológicamente, es clave para construir mejores formas de ser hombres. Si algo tenemos en común los hombres es que ocultamos y no reconocemos nuestras violencias. No las hablamos, porque consideramos que pertenecen solamente a la esfera íntima y privada⁴. Afirmación incorrecta, pues justamente somos hombres en relación con otras y otros, y lo que yo hago en el ámbito íntimo va a producir un cambio en mi círculo familiar y comunitario. Razón por la cual, coincido con la afirmación de compañeras feministas en el sentido de que lo personal es siempre político.

4 Ramírez Rodríguez Juan Carlos y Uribe Vázquez Griselda. (coords.). (2008). *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Edit. Plaza y Váldes, UNFPA, PIEGE.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Pero no se trata solamente de quedarnos en las subjetivaciones individuales, porque sería caer en la falsa idea de que “el cambio y la solución está en uno mismo”. Si bien coincido en que la transformación comienza conmigo, no me puedo quedar en ese plano solamente. El asunto es más complejo, porque tiene que ver con dimensiones estructurales que se articulan con la cadena de dominación. En esta parte, cobra relevancia la intencionalidad pedagógica como estrategia para abordar el género con hombres en contextos comunitarios. Son tres las dimensiones que permiten explorar las ramificaciones que el modelo hegemónico masculino despliega para su reproducción y existencia: **yo y mi persona, yo y mi familia, yo y mi comunidad**. La conexión del sí mismo con las y los otros. El punto de partida es el ser social, anidado en referencia a las relaciones que despliegan todas aquellas acciones que construyen la masculinidad dominante. Es el yo en lo cotidiano. Yo y mi persona hace pensar en una duplicidad innecesaria y reiterativa. Sucede que los hombres fuimos educados en función de la razón, por eso nuestra tendencia a racionalizar el mundo. Todo lo interpretamos, hablamos de las y los otros y poco lo hacemos de nuestra mismidad. Analizamos la realidad externa, nos creemos expertos. Casi nunca nos paramos frente al espejo para decirnos “este soy yo, este es mi mundo, y... a veces soy así..”. Verme territorial y corporalmente como totalidad concreta cuesta trabajo. El capitalismo, con ayuda de la ciencia moderna, nos fragmentó corporal y emocionalmente como bien sugiere Federici⁵. El cuerpo se usó como instrumento para el trabajo asalariado, dejando en desventaja a las mujeres quienes utilizaban más el cuerpo como herramienta de poder y magia. Mujeres y hombres, después de haberse implantado el capitalismo, no fuimos lo mismo, nuestros cuerpos quedaron sujetos a una máquina de dominación al servicio del trabajo. No obstante,

5 Federici Silvia [2004] (2014). Calibán y la bruja. *Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Argentina: Edit. Tinta Limón.

han sido justamente las mujeres, y sobre todo las feministas del Sur global, quienes nos han impulsado a poner el cuerpo en el centro, a permitir que el mundo hable desde el cuerpo y la emoción. A romper con la idea de que el cuerpo no es un dato sino biografía a manos llenas. Esa premisa es un regalo que no debemos perder para nuestra subjetivación como hombres, ni para el trabajo de género con hombres, pues nos invita a habitar el cuerpo desde otros lugares que rebasen la racionalidad instrumental.

Otro gran aporte desde el feminismo para comprender las violencias patriarcales, es la dimensión espacial cotidiana que teje las relaciones sociales de género. Así, lo cotidiano se vuelve clave para construir colectivo y comunidad, pues identifica las prácticas de vida que reconstruyen a las personas. Conozco al otro y me conocen tal como soy en el entorno inmediato. Identifico cómo la reproducción de la violencia, en ese micro lugar, es fuente pedagógica para desmontar los dispositivos que porta la corporalidad territorial masculina. Si lo cotidiano es, como afirma Agnes Heller, “el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social”⁶, luego entonces, lo cotidiano es un espacio de naturalización de la construcción de la masculinidad y de normalidad, legitimidad y aceptación sine qua non del ejercicio del poder expresado en la violencia. Bajo esta premisa, la vida cotidiana es un lugar socialmente construido, en donde los mecanismos de subordinación, control y dominación construyen la sociedad patriarcal y oxigenan el modelo hegemónico de masculinidad. Es la vida cotidiana lugar estratégico para observar el cambio social. Razón para repensarme cómo estoy viviendo y posicionándome como hombre. ¿Cuánto apporto al trabajo doméstico? ¿De qué relaciones afectivas me estoy haciendo cargo? ¿Cómo es mi paternidad? ¿Mi

6 Heller, Agnes. (1998). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Edit. Península..

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

vida de pareja? ¿De cuánta carga mental me estoy desligando? ¿Cómo habito el espacio que comparto? ¿Rompo con la desigualdad o la reproduzco?

¿Nuevas masculinidades?

*Ojalá podamos tener el coraje de estar solos
y la valentía de arriesgarnos
a estar juntos.*

—Eduardo Galeano—

Más que hablar de nuevas masculinidades, apuesto por mejores masculinidades, entendidas como la posibilidad de accionar la vida con gestos radicales y rupturas que agrieten el modelo hegemónico patriarcal capitalista.

Tenemos que empalabrarnos para estar juntos. Intentar hacernos comunidad en el encuentro experiencial. Escucharnos poniendo atención en la mirada del otro-otra, para construirnos en referencia a lo común y diverso. Hacernos un nosotros para implicarme contigo, en el desafío de querer vivir la vida⁷ con inteligencia colectiva. Pensar cómo vamos a generar actos creativos de resistencia, que vuelquen el deber ser establecido en ser por venir, es caminar para hacer del grito un desafío materializado en esperanza, y que rompa con los miedos a la oscuridad embelesada de individualismo. Nos tenemos que

7 López Petit, Santiago. (2014). *Los hijos de la noche*. Buenos Aires: Edit. Tinta Limón.

encontrar para agrietarnos y esculpir deseos, lazos, multiplicidades y asociaciones.

Vivimos en una crisis donde lo cotidiano e íntimo es división perdida en la singularidad. Contar la vida de lo que me pasa y nos pasa a todas y todos, nos coloca en la posibilidad de construir otras masculinidades. De abandonar mi pervertida masculinidad hegemónica y transitar el sendero para encontrarme con otros, que sobreviven en los márgenes sociales y que están dispuestos a dejar las cargas que el patriarcado impone. Tejer diálogos para pasar de lo común a la comunidad nos convoca al descubrimiento, reconstrucción e invención de personajes anómalos, transgresores, disruptivos y con capacidades creativas. Estar con los otros desde el qué nos pasa para buscar distintas maneras de encontrarnos.

¿Hasta dónde es posible generar rupturas? Que me coloquen en el camino de la utopía de ser mejores hombres. ¿Acaso soy hombre que difunde su posición desde los márgenes del sistema? ¿Soy un sobreviviente al modelo hegemónico de masculinidad? No lo soy. Lo sigo reproduciendo finamente, y sostengo que, como hombres no podemos escapar a las sutilezas del poder y la violencia. Por eso, pongo en duda la posibilidad de generar nuevas masculinidades. Creo más en la búsqueda de mejores masculinidades, porque todavía nos falta mucho a los hombres para afirmar que estamos en la vereda de transformación. Y aquí sí generalizo. A lo largo de los años intentando sensibilizar, cambiar, ser mejores hombres, encontrarme con otros, compartir sueños, angustias, preocupaciones, y dolores confirmo que existe un hilo conductor que nos asemeja en la construcción malévolamente de la masculinidad. Existen similitudes en la forma de construirnos como hombres, desde una posición de poder dominante. Y por ese solo hecho, queda en discusión si el ejercicio del poder es por esencia violento. No podemos escapar. Seamos hombres o mujeres, reproducimos con el modelo patriarcal que domina a la sociedad global.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

No obstante, y está por demás decirlo, los hombres tenemos un lugar privilegiado en esta sociedad, que nos permite más fácilmente ejercer el poder. Somos nosotros los que debemos empezar a preguntarnos por lo común, por la vida cotidiana, por las máscaras que nos ponemos y cómo agrietarlas.

Para lograrlo me pregunto: ¿Y yo qué? ¿Qué puedo hacer? ¿Cuál es el compromiso que estoy dispuesto a asumir? ¿Quedarme en el discurso? Es una comodidad que me otorga el privilegio de ser hombre educado desde una racionalidad dominante. Escucho desde hace años, en distintos espacios, que los hombres podemos cambiar. ¿Un abusador sexual puede cambiar? ¿Un asesino de mujeres puede cambiar? No lo sé. Creo en la esperanza y en la posibilidad de tejer sueños en colectivo. La única respuesta que tengo es que no todo está perdido y que algo en el microcosmos es posible agrietar. Pero, ¿cómo agrietar el muro hegemónico de la masculinidad dominante? Aquí es donde aparecen posicionamientos para abordar el trabajo con hombres con enfoque en la deconstrucción de las masculinidades hegemónicas. Caminos orientados a incidir en distintos espacios de la esfera social. Llámese incidencia en políticas públicas, acciones en los espacios comunitarios e investigaciones desde el ámbito académico. Todos intentan hacer algo. El abanico de opciones es vasto. Cada quién opta por la ruta que mejor se acerque a sus posicionamientos y convicciones. Mi visión es que nos han vendido la idea de que la única forma de vida y existencia es el capitalismo, que se olvida de poner la propia vida en el centro la que nos sostiene como seres humanos, de mirar-me, mirarnos en los otros-otras, no para encontrarnos sino, también, para perdernos y buscar nuevos caminos para tejer esas mejores masculinidades a las que le apuesto.

Cuando denuncian a un compañero por violencia de género mi primera pregunta es ¿qué he hecho yo para generar y ser cómplice de esta acción? ¿Qué debo y debemos reflexionar sobre la situación

para aprender y poder mirar el rostro de las otras y los otros con más dignidad? No tengo recetas sino reflexiones que me acompañan. Reconocer mis violencias es un primer paso, pero no el único, moverme de mis privilegios, que el sistema capitalista y patriarcal ha impuesto sobre mi subjetividad y corporalidad, el segundo paso. Después, intentar la congruencia todos los días en la vida cotidiana, y además, propiciar espacios de encuentro con otros hombres, para seguir desenterrando nuestras violencias. Tal vez, debería decir que cada día estoy siendo mejor hombre, pero tengo ataduras y aún me falta mucho camino por recorrer y deconstruir.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

**Masculinidades con
nuevas representaciones,
simbolismos y lenguajes**



Foto: Archivo FES-ILDIS

Eduardo Llumipanta

*Fue hace ya algunos años integrante del colectivo **Comuna Horniga**, una organización autónoma de la ciudad de Quito, que desde el año 2008, conjuntamente con otros hombres de colectivos independientes, organizó grupos de reflexión en torno al género y masculinidades, respectivamente. Como sociólogo ha trabajado mayormente con jóvenes en temas de género, derechos sexuales y reproductivos, salud sexual y masculinidades. Ha realizado ponencias y participado en debates al respecto. Su tesis universitaria fue un estudio teórico de los manuales para fomentar nuevas masculinidades, el cual se tituló: “Un análisis crítico de los enfoques de trabajo sobre nuevas masculinidades”.*

Los vínculos apasionados en la construcción masculina: poder, sujeto y género

*Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados,
que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá,
deshaciéndonos en pedazos como si rociara la
tierra con nuestra sangre.*

—Juan Rulfo— Pedro Páramo

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

*Si algún hombre se atreviera alguna vez a expresar todo lo
que lleva en el corazón,
a consignar lo que es su experiencia real, lo que es de veras
su verdad,
creo que entonces el mundo se haría añicos, volaría en
pedazos y ningún dios,
ningún accidente, ninguna voluntad podría volver a juntar los
trozos, los átomos,
los elementos indestructibles que han intervenido en la
construcción del mundo.*

–Henry Miller– Trópico de cáncer

Contexto

En el Ecuador, el debate respecto a las teorías de género y especialmente de “lo masculino” se da a inicios de los años 2000. Investigaciones de tipo antropológico se destacan por la búsqueda de explicaciones lógicas de las prácticas masculinas ligadas a situaciones de poder y subordinación; una prueba de ellos es la recopilación realizada por Xavier Andrade y Gioconda Herrera, en 2001.

Posteriormente, se comienza a abordar la discusión sobre “las masculinidades”, abriendo nuevas interrogantes dentro del campo académico, de los movimientos sociales, así como en algunas ONG a nivel local. Estas últimas impulsaron varias de las políticas de salud y equidad de género, principalmente por medio de plataformas de educación sexual y reproductiva, dirigidas particularmente hacia las mujeres (donde se observa una escasa participación de los hombres), propiciando la reflexión sobre las prácticas de género y sus condiciones de vida, considerándose a sí mismas como personas expuestas a

situaciones de marginación producto de las relaciones sociales de género establecidas en nuestra sociedad.

Todo esto converge en un sin número de campañas locales e internacionales, donde resalta la denominada “Campaña de Lazo Blanco”¹, que impactó sobre los movimientos sociales progresistas e institucionales, dando lugar al apareamiento de las denominadas “Nuevas Masculinidades”, las que intentan construir espacios de reflexión acerca de los hombres y sus prácticas, encaminándolos hacia un cambio en sus vidas, incluyéndolas en los discursos de la lucha política.

Aunque el mayor interés se orientó a cuestionar la violencia masculina y los patrones tradicionales de la misma, este propósito se veía desprovisto de herramientas prácticas para la orientación de sus propias reflexiones. Es entonces, bajo esta necesidad, que se fueron creando diversos intentos por articular métodos como: cineforos, dinámicas participativas, grupos de lectura, etc., como recursos que ayudan a facilitar la reflexión respecto a la masculinidad.

Sin embargo, y pese a todos los esfuerzos realizados, los espacios para pensar el estado de las masculinidades en el país han sido escasos, y sus intentos, casi siempre, se han reducido a la solidaridad con el movimiento feminista local, dejando por fuera la necesidad de pensar sus propias condiciones y contradicciones, así como también, de construir un discurso político que les permita incorporar una visión más amplia de lo masculino; es decir, la masculinidad y su relación con los procesos económicos, sociales y culturales.

1 Esta campaña surge en Canadá, a inicios de los años noventa, a propósito de la muerte de 14 estudiantes mujeres que decidieron cursar una carrera “exclusiva” para hombres. Fue difundida con la necesidad de reflexionar sobre la equidad de género en grupos de hombres. En Ecuador, llegó a tener eco a finales de los años 2000.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

En la actualidad, se cuenta con un importante acervo de estudios respecto a las masculinidades, acercamientos científicos desde la sociología, antropología y psicología, con resultados significativos y de gran aporte para interpretar diferentes situaciones que atraviesa la masculinidad. Estas herramientas teóricas resultan importantes en la medida que podamos gestionar marcos de pensamiento que nos permita reflexionar y cuestionar la situación actual de las relaciones de género y de la misma masculinidad.

El debate en el país es cada vez más necesario, no solo por combatir las diferentes maneras de acoso, intimidación y violencia hacia las mujeres, sino también por intentar construir un entendimiento profundo de las prácticas masculinas locales, del cual pueda devenir una imagen propia de la masculinidad; es decir, las ideas que tienen los hombres de sí mismos: cómo es que se ubican, corresponden y significan experiencias de poder. De ahí la importancia de crear marcos conceptuales que ayuden a fomentar y problematizar el debate de las masculinidades, haciendo uso de conceptos que sugieran una mirada amplia de la problemática de los hombres, y que a la vez, nos permitan entender, generosamente, las diferentes dimensiones de su vida: el trabajo, la familia, la paternidad, los círculos de hombre y sus jerarquías, la sexualidad, entre otros.

El género como subordinación y formación

El estudio de lo masculino requiere apegarse al concepto de género, como categoría que ayude a interpretar la construcción social de los cuerpos, así como también, la diversidad de identidades de género.

El género ha sido una de las categorías sociales más utilizadas y debatidas dentro del estudio de los cuerpos, y aunque siempre se ha relacionado con la base biológica de cada individuo, no se reduce únicamente a esta (Connell, 2015). Precisamente, esta categoría se

ha destacado dentro de los estudios feministas por la búsqueda de explicaciones sociales de las relaciones de género, superando las teorías biologicistas, que han reforzado y naturalizado las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres.

Connell (2015) asume al género como una forma de organizar la práctica social basada en un patrón de diferencia/dominación, donde a las diferencias corporales se les asigna jerarquías sociales, justificando así la diferenciación social. Sobre esta primera noción respecto al género, se debe tomar en cuenta al menos dos consideraciones importantes. En primer lugar, el género se organiza con otras dimensiones como: la clase social, la pertenencia cultural e incluso la brecha generacional; es decir, se define de manera “interseccional”. Y en segundo, hace alusión a lo femenino y lo masculino, en un contexto “relacional” de los sexos (Schongut, 2012).

Siendo la división de género una de las primeras asignaciones que recibe el sujeto, y quizá la más importante, en tanto lleva consigo una facultad distributiva del poder (Armengol, 2008), y en la medida que esta interactúa con otros componentes sociales como la etnia, la clase social, la orientación sexual, la edad, se convierte no solo en hacedora de identidades, sino que además, configura normativa y políticamente a los sujetos, asignando a cada uno la manera cómo tienen que actuar y comportarse socialmente (Badinter, 1993).

Por lo tanto, si la configuración del género es el reflejo del poder que condiciona la vida de cada individuo, es necesario apelar a una noción de “poder”, más allá de una idea abstracta de dominación, y superar cualquier esencialismo al respecto. Es necesario entender cómo el poder actúa sobre el sujeto y qué responsabilidad tiene en su formación y en su propia autonomía, para comprender, de mejor manera, sus conexiones trascendentales con la masculinidad.

Judith Buthler ha realizado un importante acercamiento a la teoría del sujeto, apoyada sobre la tesis foucaultiana de la “sujeción”. La autora

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

señala que el poder nunca es solamente una condición externa al sujeto, sino que habilita y constituye su propia formación; es decir, el poder subordina al sujeto al mismo tiempo que lo constituye. Para la autora, esta subordinación, es posible debido a la existencia de las pasiones o dependencias primarias, que no son más que aquellos lazos que se construyen con quienes cuidan y resuelven las necesidades básicas en la primera etapa de la vida de cada individuo; es decir, en la relación de cuidado que existe del adulto hacia el niño/niña. Estos “vínculos apasionados”, tejidos por el niño, son cúmulos emocionales que pueden ser moldeados por las personas de quienes dependen de forma vital, convirtiendo a esta dependencia en el instrumento perfecto para “la formación y regulación política de los sujetos” (Butler, 2011, p. 18).

Quizás aquí podemos encontrar un primer fundamento que nos permita entender cómo se produce la transferencia de las asignaciones de género, que en muchas ocasiones se sostiene sobre la idea limitada de un traspaso hereditario, es decir, por costumbres y valores que los padres enseñan a sus hijos. La explicación de los vínculos apasionados nos permite entender que la difusión de las expectativas asignadas a los cuerpos es fruto del manejo del poder. Esta dependencia inicial, instrumentalizada en los vínculos apasionados, condiciona la formación de los sujetos asignando, según la base biológica, expectativas sociales, así como también, roles y formas específicas sobre cómo comportarse, marcando la ruta de su deseo y las condiciones de existencia del sujeto² (Butler, 2011).

2 Butler (2011) afirma que la categoría de sujeto no hace referencia sinónima del individuo, más bien hace alusión a una estructura de formación del mismo, por lo que entenderíamos que no deviene en sujeto sino que se construye, dándole así un carácter social respecto a su propia formación. En ese sentido, el individuo se convierte en sujeto por medio de procesos de formación que van diseñando su propia inteligibilidad.

Para Butler (2011), la subordinación no solo se da por la necesidad de resolver la vida en la etapa inicial de los sujetos, sino que además, es esencial en tanto se vuelve condición para la constitución y formación de los mismos; lo que permite a los sujetos vincularse e interpretar al mundo y así prolongar su vida social y psíquica. Por medio de estos vínculos apasionados se expresa también el deseo de “ser”.

Esta paradoja del poder, en tanto subordinación y formación, actuaría de manera circular y ambivalente, de modo que, el poder que pueda ser ejercido por los sujetos se muestre como una opción propia y no como el resultado de un proceso externo del cual emerge. La autora reconoce lo complejo que puede ser determinar con exactitud la modalidad temporal de cada uno. Sin embargo, sugiere que se debe reconocer esa inversión y el ocultamiento que hace el poder sobre los sujetos.

De esta manera, aquellos elementos que intervienen en la subordinación del sujeto actúan también en su formación. La subordinación habilita al sujeto como posibilidad de vida (de ser), al tiempo que deja ver una transformación o mutación del poder, misma que ocurre por medio de su inversión sobre el sujeto y en la medida que este ejerce su propio poder: el poder que lo habilita se oculta. Es justamente este proceso de inversión/ocultamiento lo que muestra en apariencia al poder como una opción del sujeto, y más no como un proceso que lo funda.

El escenario ambivalente sobre el cual se expresa el hacer de los sujetos (su potencia), se deriva de un poder anterior a él, poder que no es algo intangible, al contrario, toma cuerpo en las instituciones que norman las sociedades modernas como: el Estado, la religión, la educación, la familia, el trabajo, entre otros.

El género, en tanto organizador social de los cuerpos, es una de las estructuras de poder que ha sostenido comprometidamente la subordinación de lo femenino a lo masculino. El género no se

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

encuentra por fuera de los procesos de poder de los cuales emerge el sujeto, donde la ambivalencia de su práctica se sostiene en el deseo de persistir en el mundo, aunque para ello tenga que vivir en subordinación a un poder que es “simultáneamente externo al sujeto y la propia jurisdicción del sujeto” (Butler, 2011, p. 26).

La construcción teórica de Butler (2011) nos da elementos para entender, políticamente, que no solo se es quien se quiere ser, sino que en gran medida, se es lo que el poder de las estructuras sociales desea que seamos. En ese caso, podríamos entender la masculinidad como una práctica social ejercida por el sujeto, pero también, como un deseo estructural aún mayor, en tanto las relaciones de género que vivimos y las diversas formas de masculinidades, solamente pueden ser posibles por las condiciones económicas y sociales del orden capitalista actual³.

Quizás una lectura política de los vínculos apasionados sugiere no perder de vista esta estrecha relación. De hecho, dichos vínculos, al igual que el género, insinúan algún tipo de socialización de la cual se derivan a sí mismos, en este caso, la vigencia de una normativa hegemónica que organiza la visión del mundo y sus prácticas bajo el principio masculino, y que ha consentido la dominación histórica de género.

Por su parte, las teorías biologicistas han contribuido para que las diferencias físicas y corporales se proyecten como diferencias sociales, convirtiéndose en el fundamento epistemológico de las prescripciones sociales (Badinter, 1993), haciéndolas pasar como hechos naturales, sobre las cuales se ha creado la idea del “hombre verdadero”. Un hombre dotado de algo “más” que las mujeres ignoraban y, ese “más”

3 Para más detalle sobre la relación de la masculinidad y el sistema capitalista, ver capítulo 8 del libro *Masculinidades* de Raewyn Connell.

ha justificado su relación jerárquica hacia ellas (Badinter, 1993). Sin embargo, sus explicaciones han sido insuficientes para entender las relaciones de género y, aún más, lo masculino.

Bourdieu (1997) asume que esta legitimidad histórica es fruto de la naturalización de las relaciones sociales de dominación, donde los cuerpos y sus diferencias son los garantes indiscutibles de la visión androcéntrica, misma que figura una realidad objetiva sobre la que se norman y fundan las relaciones sociales, lo que él definiría como construcciones sociales autoritarias de lo biológico.

Los vínculos apasionados y la construcción masculina

Hasta aquí se ha pretendido demostrar, de manera resumida, un proceso de formación del sujeto que conlleva no solamente una representación corporal, sino además, una fuerte carga de subjetividad, y es, precisamente, de la conciliación de estas dos de donde se deriva una práctica social mucho más específica como la de género.

Como ya se mencionó, el poder ejercido por el sujeto es fruto de los manejos de un poder externo y anterior a él, lo que Butler (2011) reconocerá como “potencia” (la capacidad de actuar del poder), cuya práctica siempre desborda y es algo más que el poder que lo funda. “Podría decirse que los propósitos del poder no siempre coinciden con los propósitos de la potencia” (Butler, 2011, p. 26), aparentando de este modo que la práctica hecha por el sujeto no es ningún reflejo del propósito del Poder⁴ (Butler, 2011).

4 Butler (2011) realiza un diferenciación entre el *Poder* que es visible a un nivel estructural y tiene la capacidad de direccionar y moldear la sociedad y el poder en tanto formación y posibilidad de vida del sujeto. Esta diferenciación es clave para entender su propuesta acerca del devenir del sujeto.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Esta capacidad de ejercer el poder propio del sujeto lo deja en una condición desventurada en relación al propio poder: en un orden globalizado del mercado y de las estructuras capitalistas donde se presenta modelos complejos de las relaciones de género (Connell, 2015), la identidad masculina se construye sobre un sinnúmero de pruebas posicionales de un sistema de género dominante⁵ (Xavier Andrade y Gioconda Herrera, 2001).

El uso de poder define siempre una relación de sometimiento y, por consiguiente, de violencia, “es difícil imaginar una estructura de la desigualdad a esta escala, que incluye el despojo masivo de recursos sociales sin violencia” (Connell, 2015, p. 119). Para Connell (2015), esto desencadena al menos dos situaciones de violencia:

En primer lugar, muchos de los miembros del grupo privilegiado utilizan la violencia para sostener su dominación. La intimidación a las mujeres va desde los silbidos en la calle, el acoso en las oficinas, la violación y el asalto doméstico, hasta el asesinato cometido por el “dueño” patriarcal de la mujer – por ejemplo un marido separado. [...] En segundo lugar, la violencia se vuelve un elemento importante en la política de género entre hombres. La mayoría de episodios de violencia grave (incluidos el combate militar, el homicidio, y el asalto a mano armada) son transacciones entre hombres [...] La violencia puede convertirse en una forma de reclamar o asegurar la masculinidad en las luchas de grupos (Connell, 2015, p. 119).

5 La referencia a “lo posicional” parte de la idea de Xavier Andrade respecto a los estudios de masculinidades, donde se sugiere que el estudio de las masculinidades es más que estudiar a los hombres, de manera que se entienda su *posicionalidad* de poder en relación a las mujeres y las diversidades sexuales, sin embargo, su sugerencia puede ir aún más allá y ayudarnos a entender la jerarquías entre los mismos grupos de hombres.

La violencia, en tanto recurso para sostener la dominación, deja notar las experiencias contradictorias de la masculinidad; por medio de la competencia y el individualismo se desata una lucha eterna por demostrar ser “verdaderamente hombres” en diferentes actividades de la vida como: el deporte, el trabajo, la conquista amorosa, la sexualidad. Ámbitos que según las capacidades de cada hombre, posibilitaría que se posicionen en alguna determinada jerarquía.

La subordinación entre masculinidades y las experiencias contradictorias del poder (Kaufman, 1994), denotan prácticas internas y externas de violencia, los procesos de diferenciación están cargados fuertemente de violencia, por la cual se pone en juego la virilidad, la razón, la capacidad de poder económica, la fuerza y la capacidad de someter al otro, es decir, experiencias que significan el poder de los hombres y de las cuales dependen para organizar su vida.

Entonces, la normativa de la masculinidad no solamente se expresa mediante una forma explícita de violencia en relación a lo femenino. Como aclara Kaufman (1994), hay condiciones sociales como la de clase y etnia que dinamizan la masculinidad, haciendo que masculinidades dominantes, subordinadas y marginadas, interactúen constantemente (Connell, 2015), y que de ello surja una lucha interna entre las relaciones masculinas. Esto nos puede ayudar a entender cómo los hombres pueden gozar de determinada capacidad de dominación en espacios masculinos reducidos o incluso en espacios privados, y en la medida en que se relacionan en espacios públicos como el trabajo, permanezcan en una constante lucha por no ser subordinados, ni marginados.

Hacia una posible definición

El estudio de lo masculino ha sido abordado desde varios campos de las ciencias sociales. La antropología, la sociología y la misma

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

psicología han contribuido para caracterizar la situación de los hombres en distintas condiciones. Sin embargo, la masculinidad no es un objeto lógico como afirma Connell (2015), ni ocurre de manera lineal, lo que impide determinar un concepto definitivo y acabado. Cada sociedad marca una dinámica propia, que impregna dentro de las relaciones de género hegemónicas, su particularidad histórica.

Dentro de estos estudios existen dos conceptualizaciones de masculinidad importantes de rescatar. En primer lugar, el antropólogo Matthew Gutmann (1999), quién reconociendo la limitación teórica de la antropología en cuestiones de masculinidades, aborda cuatro nociones de masculinidad: el primer concepto relaciona la masculinidad con “cualquier cosa que los hombres piensen y hagan” (Gutmann, 1999, p. 2). El segundo, como todo aquello que los hombres piensan y hacen para ser hombres. El tercero, relacionado con la virilidad, es lo que los hombres hacen para ser más hombres que otros. Por último, subraya la importancia central y general de las relaciones masculino-femeninas, de tal manera que, la masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres.

Por otro lado, tenemos la definición de Raewyn Connell (2015), quien ha desarrollado, desde la sociología, uno de los conceptos de mayor aporte en el debate de las masculinidades, el concepto de masculinidad hegemónica. Dicha construcción teórica pretende dar cuenta de al menos dos puntos importantes: la condición histórica de la masculinidad y las jerarquías internas de la misma, y para ello partirá de una definición tentativa: “*la masculinidad*, hasta el punto en que el término pueda definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio de género, y en los efectos de dichas prácticas sobre la experiencia corporal, la personalidad y la cultura” (Connell, 2015, p. 106).

Estas dos posibles definiciones, de lo que podría entenderse como masculinidad, nos dan un escenario analítico amplio para pensarla y definirla siempre en relación a otras categorías sociales, por lo que resultaría muy ambicioso una definición final. Badinter (1993) reconoce la dificultad de comprender con claridad una realidad inconstante respecto al ser hombre y la identidad masculina. Asimismo, Xavier Andrade (2001) afirma que, cuando se habla de conceptos como masculinidad, machismo, identidad masculina, virilidad, etc., “diferentes posiciones analíticas se abren”. Como afirma este autor, una posible definición de la masculinidad nos acerca a un sinnúmero de “naciones superpuestas y no necesariamente correspondientes unas con otras”. Sin embargo, es necesario resaltar que es una práctica activa, constante y, hasta cierto punto, una posición privilegiada dentro de las relaciones de género.

Conclusiones finales

Pero ¿qué posibilitaría este marco conceptual? ¿A qué contribuiría, localmente, este tipo de planteamiento? ¿Desde qué perspectiva aporta esta discusión a contrarrestar la violencia masculina?

El propósito de abordar esta discusión: poder, sujeto y masculinidad, es posibilitar un acercamiento a una perspectiva de las masculinidades desde una lectura más amplia, que permita ver la construcción del género como una condición anterior al sujeto, que lo subordina, pero al mismo tiempo, es necesaria para él y para entenderse en el mundo social. El género, en tanto asignación de expectativas sociales y división de los cuerpos, responde a estructuras de poder más profundas.

Con ello, se busca superar los esencialismos sociales cuestionando al menos dos ideas, en su mayoría difundidas en el ámbito local respecto a las temáticas de género y especialmente a las masculinidades: en

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

primer lugar, es importante que la discusión supere la asociación con los roles y estereotipos que se han construido alrededor de la masculinidad, ya que estos solo nos permiten entender el comportamiento social y las prácticas de género de los hombres de manera muy general. Connell (2015) precisa que este tipo de asociaciones pueden ser útiles, únicamente, cuando las formas masculinas se presentan en situaciones definitivas, lo cual es muy difícil que ocurra. Además, hay que tomar en cuenta que, muchas de esas formas, a veces únicas, de ser hombre son ideales, vinculadas a las lógicas hegemónicas de la masculinidad norteamericana y europea (Badinter, 1993).

En segundo lugar, romper con la concepción binaria de los sexos, que asume la práctica de género como una lucha de poder constante entre hombres y mujeres, mas no como una configuración de la práctica masculina y femenina estructurada por un Poder anterior a los sujetos. El problema no radica en ser masculino o femenino, si no en las instituciones que norman los cuerpos (Connell, 2015). La masculinidad está normada por instituciones que regulan su práctica y la lucha política contra la capacidad avasallante del género, lo que requiere de una crítica al poder que, en parte, ha creado a quienes somos.

Desde esta lógica, construir un marco de pensamiento que, al menos contemple superar estas dos ideas tan difundidas de la masculinidad a nivel local, tomando en cuenta que es reducido pensar las prácticas de género desde estas posiciones, nos permite acercarnos al estudio de lo masculino desde una perspectiva mucho más cercana a la realidad: su devenir histórico y su particularidad geográfica y social, y así mismo, construir una noción más acertada de las relaciones de género.

Esto conlleva a pensar la masculinidad en situaciones y espacios específicos, por ejemplo: cómo los diferentes grupos de hombres se organizan y se distribuyen en las élites, en las clases medias, en los sectores obreros y en los sectores más marginales y empobrecidos

de la sociedad ecuatoriana, y sobre qué posibles circunstancias estos grupos interactúan.

De esta manera, al pensar las diferentes situaciones de género que se pueden presentar a nivel local no se debe perder de vista al menos tres puntos importantes: en primer lugar el “situacional”, que hace referencia a contextos sociales específicos, y hasta cierto punto históricos; en segundo lugar, el aspecto “interseccional”, que como se había dicho antes, implica definir las masculinidades en función de otras categorías sociales como la clase, la etnia, la edad y opción sexual; y por último, la propiedad “relacional” del género, la que hace alusión a la práctica femenina y masculina; es indiscutible que cuando se hable de lo masculino no se refiera de alguna manera a lo femenino y viceversa, aunque siempre se lo haga en segundo plano.

Por otro lado, esta asociación teórica de poder y masculinidad nos deja ver cómo ésta se construye sobre una gran ambivalencia propia del devenir del sujeto. Badinther (1993) se referirá a ello como la “neurosis masculina”, mientras que Kaufmam (1994) lo reconocerá como “las experiencias contradictorias del poder”, que no son más que la lucha constante por una jerarquía digna en la hombría, aunque esto conlleve sufrimiento y dolor para sí mismo.

Esto nos permite pensar diferentes ámbitos de la vida de los hombres, desde un vínculo más solidario, siempre y cuando no se deje de lado el cuestionamiento a prácticas relacionadas con la dominación y sometimiento de las mujeres y lo femenino. De esa manera, posibilitamos en los procesos de masculinidades o “nuevas masculinidades” buscar las imágenes que tienen los hombres respecto a ellos mismos y cuáles son las experiencias que pueden haber marcado su construcción como sujetos masculinos.

Si bien esta teoría del sujeto y el poder que hemos visto nos puede dejar sobre un escenario pesimista y poco alentador respecto al

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

cambio social, ya que el devenir del sujeto y su posibilidad de persistir en el mundo está condicionada por la subordinación del mismo, Butler (2011) reconoce que el poder que es expresado por el sujeto no siempre se corresponde con el poder que lo funda, lo que supone una posibilidad de cambio. Así mismo, Bourdieu (1999) afirma que la interpretación simbólica, que implica una práctica corporal y subjetiva muy estrecha, deja siempre un espacio para la lucha cognitiva.

Tenemos que reconocer el carácter activo del género, en tanto que es un producto histórico, pero al mismo tiempo, un ente hacedor de historia (Connell, 2015). Sobre el sujeto no solo se refleja el poder de las instituciones sociales y sus intereses, sino que además, se deriva una práctica social, lo que hace notar su importancia en los procesos sociales (Fromm, 1947).

Es desde aquí, revisando la práctica de lo masculino y lo femenino, desde donde podemos pensar la posibilidad de cambio en las relaciones de género. Normalmente, cuando hablamos de “las nuevas masculinidades” pensamos únicamente en la capacidad y el compromiso que deben tener los hombres para cambiar su “tendencia” al abuso, al acoso y la violencia hacia todo aquello relacionado con lo femenino, abstrayéndolo de categorías sociales que lo condicionan para un cambio hacia un nuevo rumbo histórico. Pensar sus prácticas, cuestionarlas, reflexionarlas y replantearlas puede ser posible en la medida que generemos condiciones para entender lo que exige el momento presente respecto a las relaciones de género, masculinidad y el cambio social.

Bibliografía

- Armengol, Á. C. (2008). *La masculinidad al debate*. Barcelona.
- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Bogotá: Norma S.A.
- Bonino, L. (2001). "Masculinidad Hegemónica e Identidad Masculina". *Dossier Feministe 6: Mites, de/construccions i mascarates*, 29.
- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2011). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra (Grupo Anaya, S.A.).
- Connell, R. (2015). *Masculinidades*. México: Programa universitario de estudios de género de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fromm, E. (1947). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- Gutmann, M. C. (1999). "Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad". *Horizontes Antropológicos*, 42.
- Kaufman, M. (1994). "Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias de poder entre los hombres". *Theorizing Masculinities*, 24.
- Schongut, N. (2012). "La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia". *Psicología, conocimiento y sociedad*, 39.
- Xavier Andrade y Gioconda Herrera. (2001). *Masculinidades en Ecuador*. Quito: Xavier Andrade y Gioconda Herrera.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Román Alexis Huertas Montoya

Es pedagogo social, con experiencia profesional superior a 10 años en el sector social sobre desarrollos y avances en temas de sexualidad, género, masculinidades, violencia sexual basada en género, derechos humanos, sexuales, reproductivos y de las mujeres. Ve su fortaleza en el campo educativo y pedagógico, a partir de la planeación, construcción e implementación de propuestas y aplicación de metodologías alternativas, lúdicas y artísticas, en proyectos de intervención e investigación social. Tiene experiencia en el trabajo con organizaciones sociales, comunitarias, instituciones y agencias humanitarias de cooperación internacional, en proyectos orientados a poblaciones intergeneracionales en situación de vulnerabilidad y/o fragilidad social; así como con servidores, servidoras, funcionarios y funcionarias de instituciones y cooperantes.

La experiencia de la corresponsabilidad en la cotidianidad de los hombres, una oportunidad para la transformación social desde las masculinidades

Si “ser hombre” requiere comprender la cultura y las relaciones en la familia, en el caso de los hombres colombianos se debe contemplar, en la aproximación cultural, una reflexión crítica sobre cómo las dinámicas sociales derivadas del conflicto armado conllevan efectos en los patrones masculinos presentes en los modelos de socialización de los hombres. Se lo debe realizar naturalizando y manteniendo la valoración de lo masculino, desde características y variables propias de los modelos normativos, patriarcales, machistas y hegemónicos de masculinidad.

Desde este acercamiento, trabajar sobre las masculinidades ofrece aportes a la perspectiva de género, con miras a subvertir los principales componentes de los modelos normativos, patriarcales, machistas, hegemónicos, bélicos y violentos. Al mismo tiempo, pretende sobrepasar las asignaciones dadas a los hombres, presentes aún en nuestras sociedades contemporáneas.

Esto ha implicado para mí, comprender críticamente la cotidianidad en las esferas y roles que se asumen desde los mundos de vida y entornos en que se encuentran inmersos los hombres, así como, identificar el desarrollo de la masculinidad en los hombres insertos en nuestra cultura desde el modelo hegemónico, fuertemente anclado al ejercicio del poder en el campo de la sexualidad, el trabajo, las relaciones sociales y familiares.

Escenarios, matices y transformación

La promoción de prácticas innovadoras, la proliferación de experiencias alternativas, centradas en el respeto de la singularidad y en un trabajo permanente de producción de identidades que se autonomicen al articularse convenientemente con el resto de la sociedad —desde diversos niveles de pensamiento y con prácticas conectadas unas con otras, bajo procesos de formación, experimentación y transformación—, hacen referencia a los territorios reales de la existencia de hombres y mujeres. Estos por su parte, derivan los unos con relación a los otros, cual palimpsesto cultural. La concepción de prácticas innovadoras y alternativas, esencialmente, se dirigen a la intención de transformación sobre las maneras de ser y actuar en el mundo, en el caso de la masculinidad —como sello de identificación— considera ideales que se persiguen como hombres y entorno a ellos. Quizás convendría hablar del carácter diferencial de lo alternativo a favor de la transformación

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

social y en el que estaría sustentada la capacidad de los hombres y las mujeres para transformar lo que, de manera naturalizada, nos viene de la cultura tradicional, en este caso, las masculinidades normativas, patriarcales, machistas, para muchos colombianos, bélicas y violentas.

El ir al encuentro de temas que dan significado de avance en la transformación social, de cara a sociedades justas, equitativas e igualitarias, permite ver en la línea del tiempo de los últimos cien años, un buen número de hitos que reseñan luchas, conquistas y barreras en el propósito de alcanzar a la igualdad entre los sexos. En ese sentido, la línea de tiempo, que puede resumir la transformación social experimentada hasta el momento, cuenta con pocos eventos que visibilicen el compromiso y los aportes de los hombres a favor de las transformaciones de género necesarias para avanzar hacia la igualdad. Así como es cierto que las mujeres han asumido las agendas pendiente en temas de igualdad, también son evidentes los vacíos que se relacionan con los hombres en el tema; no solo desde la posibilidad de gestar iniciativas propias desde los hombres, sino también en la carencia de apuestas y estrategias que les vinculen con dichas agendas ya existentes.

Las maneras de encontrar en esta línea del tiempo menciones alusivas a los hombres son recurrentes, además de obvias, dado el paradigma de masculinidad que se mantiene en relación a las violencias que sufren las mujeres, denotando un primer escenario de reflexión en torno a la responsabilidad de los hombres de cara al cambio social. Este acercamiento desde la responsabilidad masculina ante el flagelo de las violencias ha sido necesario, crucial y estratégico. Sin embargo, surge la pregunta ¿son los procesos de reeducación de agresores y procesos de prevención de violencias el principal-único escenario de aproximación válido para aportar, desde los hombres, a la transformación?

Aunque el paradigma sociocultural sobre el que se educan los hombres aún está anclado al modelo de masculinidad normativa y patriarcal, cada día es más frecuente encontrar expresiones de duda, de inconformidad y rechazo a este modelo por parte de algunos hombres, que sin alejarse totalmente del patrón machista, hoy en día quieren ser –o se autoreconocen– como hombres que no hacen uso de la violencia –por lo menos física– en las relaciones que establecen con las mujeres –hijas, novias, esposas, compañeras–. Este escenario con nuevos matices –incipientes si se quiere, pero existentes– demarca otras comprensiones y el sentir desde los hombres, encontrándose ante la demanda y necesidad de gestar nuevas apuestas “masculinas”, que no solo señalen, en tono de reproche e interpelación cultural, el referente del cual se quiere alejar, sino también es inminente que demarquen posibles caminos en el horizonte para construir eso que algunos estudiosos de las masculinidades denominan “no hegemónico”, “nuevo”, “alternativo”. Esto permite a hombres y mujeres materializar, en un sentido pragmático, práctico pero político, los nuevos contenidos en el relato y libreto social de lo masculino, situándolo desde los valores de la(s) masculinidad(es), que se validan con los compromisos por la re-significación en el ejercicio de las prácticas o roles masculinos y asumen la representación pública y política que transforma, a partir de los desempeños, las expectativas y los imaginarios sobre los cuales se socializan a los hombres. A todo esto me refiero como la cotidianidad masculina.

Cotidianidad masculina; entre expectativas e imaginarios de ser hombre

En este sentido, la socialización de los hombres bajo la óptica de la cotidianidad masculina y las relaciones masculinas demuestra el entretejido donde las “tensiones” propias del ejercicio social, entre

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

las exigencias sociales culturales, y las expectativas, posibilidades y vivencias personales, va configurando identidades. Esas mismas que se viven y padecen diariamente y que hoy se expresan inmersas en un alto nivel “tóxico” de valores, creencias y prácticas de género representadas en el hombre “activo” y “dominador” y la mujer “pasiva” y “sumisa”.

Durante los últimos 15 años en Colombia, se incrementaron los esfuerzos y las iniciativas por posicionar el tema de las masculinidades, si bien se referenciaban experiencias de trabajo con hombres en sentidos que exploraban sus expresiones afectivas, y de alguna manera, se aproximaban a cuestionar la construcción de la identidad masculina desde el referente del modelo patriarcal y machista, los alcances en términos de país de dichos esfuerzos pueden ser valorados como incipientes, en contraste a los desarrollos similares en la región, y si se quiere en el mundo. Sin embargo, de alguna manera estos esfuerzos marcaron la ruta para visibilizar posturas que interpelaron la cultura y, de manera solidaria, generaron puntos de encuentro con las luchas de los movimientos de mujeres, que para su momento, en la primera década de este siglo, se organizaban para enfrentar las violencias que sufrían en el marco del conflicto armado, principalmente, fomentando el ejercicio de denuncia de la violencia sexual.

Del encuentro entre las apuestas de las mujeres y el desarrollo en el proceso de los hombres y las masculinidades, se dio la posibilidad de posicionar, en las agendas de las agencias de cooperación y de algunas organizaciones sociales, bajo el nombre de nuevas masculinidades acciones para vincular a los hombres en procesos de sensibilización que tiendan a prevenir y contrarrestar las violencias contra las mujeres. Hoy, 10 años después, se hace inminente materializar de manera concreta e intencional eso que de manera amplia se referenció bajo el prefijo “nuevo”.

Lo “nuevo” –como prefijo– señaló, en aquel entonces, una postura por reinventar la cotidianidad, una intencionalidad por intervenir la cultura, donde muchos hombres fueron encontrando que lo dicho, lo callado, lo hecho, se deben asumir como relatos y metáforas de una postura a favor de la transformación.

Desde la exploración pedagógica que ha demandado el trabajo con hombres de diferentes zonas de Colombia, alrededor de la relación masculinidad-violencia basada en el género, han emergido líneas de interpretación afines a eso que se puede denominar lo “nuevo” en las masculinidades, y que vienen mostrando planteamientos que, a manera de pistas, convergen en la cotidianidad. A partir de lo conocido, puedo señalar conectores en las relaciones masculinas situadas en los ámbitos del cuidado, el ámbito reproductivo y ante las violencias basadas en género, que comparten como posibilidad el cultivarnos como hombres con las características del cuidado entre las personas, sin distinción de ningún tipo, entrelazándonos y entretejiendo, distinguiendo cruces de las relaciones donde se marque la idea de que los hombres compartimos responsabilidades en lo público y en lo privado, promoviendo un sentido de corresponsabilidad, la intención vinculante con el otro/a, consigo mismo, con su entorno.

Las responsabilidades que se comparten en cada uno de estos ámbitos dan forma a una intención vinculante con el otro/a; en los conectores identificados se sintetizan lo práctico y trasciende en lo político. La estrecha relación con las competencias humanas que se desarrollan en los sujetos, en este caso los hombres, al asumir las responsabilidades en los ámbitos del cuidado, la reproducción y ante la erradicación de las violencias, va dando respuestas a la necesidad de retomar y proponer nuevas formas y saberes sobre cómo hacernos hombres y mujeres, dando cuenta de ello, haciendo de estos conectores procesos de construcción en constante observación, precaución y prevención de no dejar a nadie al margen, desde la discriminación sexista, étnica

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

racial, social, económica, religiosa o política u otra característica cultural o de género.

Las responsabilidades compartidas vigentes para los hombres, como práctica social a las que nos referimos, promueven resignificar prácticas del sí mismo en la relación con el otro y la otra, más allá de la norma y del patrón impuesto por lo que llamamos “cultura”. La identidad a contrarrestar “aún hoy, se conforma principalmente alrededor de la idea de que ser hombre es poseer una masculinidad racional autosuficiente, defensiva, controladora que se define contra y a costa del otro, dentro de una jerarquía masculina y con la mujer como sujeto en menos”¹.

La corresponsabilidad como conector transformador a favor de la igualdad

En el ámbito del cuidado, las relaciones consigo mismo, con otras personas y con el entorno se cuentan como conectores de posibilidades, permitiendo en términos de relaciones humanas, instituir a partir de la práctica el cumplimiento de las responsabilidades compartidas, sobre premisas como la escucha de la “diferencia”, la cercanía y correspondencia con la diversidad/multiplicidad cultural y la práctica activa de la no violencia, con el compromiso por el derecho a la vida.

Desde lo humano, trasciende y potencia el desarrollo de capacidades que muestran el ser generoso de los hombres, donde la noción del compartir da inicio en su relación con el otro/a y se prolonga también en las actitudes frente a los recursos materiales de los que se es portador –beneficiario, y que pueden ser de otras/os, de todos/as

1 Ver Segarra, Marta. (2000). *CARABI Angels edt Icara*.

quienes requieran de sus beneficios. Repensar las formas de habitar, de interactuar, mediados por el cuidado entre seres humanos y con la naturaleza, es revolucionar las culturas de la guerra y avizorar en el horizonte un camino cultural para hacer las paces.

Ahora bien, si la aproximación la situamos desde el ámbito reproductivo, los conectores de posibilidades que se identifican se hacen múltiples, si se interpretan en relación a la reproducción biológica de un lado y la reproducción cultural de otro. En la reproducción biológica es inevitable abordar la sexualidad masculina, reconociendo la evolución del término en los últimos 25 años, como también, considerando las diferencias entre la sexualidad-placer y la sexualidad-reproductiva. Estos planteamientos para los hombres han invitado a resignificar la noción de la sexualidad, convirtiéndose en concepto que busca escapar de la sombra de las masculinidades heteronormativas, homofóbicas, misóginas, “presentándose como una invitación a materializar el derecho a disfrutar del propio cuerpo, con uno mismo, con los otros y las otras, dejando en libertad los sentimientos y la afectividad, las posibilidades de comunicación entre las personas²”. Esto, en particular para los hombres, implica un universo por descubrir y redefinir en cuanto a pensamientos, contactos y sensaciones, es reconceptualizar el devenir del amor, el placer y la realización personal.

Comprender lo anterior, y en ese sentido reconceptualizar, ha requerido identificar la continuidad de premisas que surgen al hablar de sexualidad con los hombres, presentar opciones ante cuestionamientos ineludibles que se deben gestionar si se quieren desarrollar habilidades para asumir la responsabilidad de confrontar expresiones y prácticas

2 Moreno Sarda, Amparo, *De qué hablamos cuando hablamos del hombre*. Barcelona: Editorial Icaria. P. 31.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

que aluden a cierta plataforma de la sexualidad, donde se posicionan y aproximan los hombres desde el ejercicio del control masculino por parte de los ellos, como ventana de protección requerida por ellas, a causa de la feminidad “frágil” que se endosa a las mujeres. Dicha comprensión y posterior reconceptualización de la sexualidad de los hombres va desvirtuando entonces que, si se ejerce total control sobre la vida, cuerpo, decisión y actuar de las mujeres, se está “cuidando” y “protegiendo”.

La asociación entre mandatos sexuales y patrones culturales presentes en el ámbito de la reproducción biológica, arroja una interesante gama de conectores a partir de la relación que se establece en función de las prácticas sexuales y la reproducción como opción de vida. En coherencia con lo expuesto, estos conectores con responsabilidades compartidas favorecen el ejercicio crítico, reflexivo en la correlación de las masculinidades y sus implicaciones en la propagación de Enfermedades de Transmisión Sexual ETS, el embarazo adolescente, la conformación de familia, entre otros fenómenos asociados a las prácticas sexuales de los hombres.

De otro lado, la aproximación a partir del ámbito de la reproducción cultural sitúa los conectores de posibilidad, en función de la responsabilidad que deben asumir los hombres para contrarrestar y no perpetuar, en las relaciones interpersonales, prácticas que naturalizan y validan estereotipos e imaginarios que sustentan la desigualdad, la discriminación y la exclusión, es decir, los códigos y valoraciones culturales de los sexos y los géneros, el lenguaje verbal y corporal, las pautas de crianza y de socialización.

En muchos casos, se pueden establecer lazos estrechos vinculantes con la reproducción biológica, pero de manera específica, se asocian a otros elementos del orden estructural que afectan el avance hacia la igualdad real, incidiendo en la posibilidad de alcanzar mayor autonomía

y empoderamiento económico de las mujeres, el pleno disfrute de los derechos de la población diversa y el involucramiento pleno de los hombres en la esfera doméstica y las labores de cuidado propias del mundo de lo privado.

Finalmente, plantear como tercera opción de aproximación a las responsabilidades compartidas en la cotidianidad, la relación de los hombres y su masculinidad respecto a la violencia basada en género, construyendo como conectores de posibilidad: la responsabilidad individual y personal de no recurrir al uso de la violencia para tramitar o resolver los conflictos de pareja, las frustraciones amorosas y la imposición de autoridad en la familia. Igualmente, avanzar en la responsabilidad social de rechazar la violencia de la que se es testigo en la cotidianidad, en la calle, el escenario laboral, académico y comunitario. Un último conector desde las responsabilidades compartidas en esta opción de aproximación, nos pone como máxima la denuncia de las violencias contra las mujeres, lo que significa para los hombres reconocer la legislación y normatividad que criminaliza y penaliza la violencia sexual, la discriminación, la violencia contra las mujeres, el feminicidio, y consecuentemente, reconocer las rutas de atención y denuncia, que se deben activar cuando se es testigo de cualquier situación de riesgo o hecho violento.

Preliminares en sentido de recomendaciones

Debemos considerar que, las expectativas frente a las construcciones de lo que puede denominarse la identidad masculina en esta lógica de las responsabilidades compartidas y la corresponsabilidad, debe ligar a los hombres de manera concertada de cara a la posibilidad de hacer las paces con la premisa de vivir, de actuar, según los tratos a los que se llegue, dando contenido a la palabra paz desde su cercanía al latín pacto.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

En esta reflexión sobre los hombres y su masculinidad, se cae en consideración de cómo ejercemos fuerzas, poderes que afectan la relación con la vida y que pueden llegar a ser positivos, desde un acto consciente, según el grado de comprensión que se tenga de ese potencial de vida –ese poder transformador–, que nos corresponde desde la capacidad humana para actuar concertadamente.

El esfuerzo por otra escala de valores, desde este sentido corresponsable en las relaciones que se establecen, se hace evidente en la cotidianidad masculina, impulsando creencias y actividades políticas que lleguen a enmarcar las más profundas experiencias personales de relaciones, lealtades, articulaciones y compromisos éticos y políticos, como punto de acción práctica vivencial, emergiendo desde la improvisación y la prudencia una opción de rechazo a la masculinidad tradicional y la aceptación de nuevos paradigmas en las relaciones y el acuerdo social.

Podemos entonces decir que, las masculinidades corresponsables que aquí planteamos, deberían concebirse en bloque desde la construcción del sí mismo, la relación con los otros y la comprensión y experimentación del entorno como ámbito y medio de la vida necesaria para la experiencia cultural.

Para los hombres, optar por la corresponsabilidad es aceptar un papel clave en la transformación de los imaginarios, las creencias, las prácticas, las relaciones de género y los compromisos asumidos de forma personal y con un objetivo político. Asumirla es el inicio de un compromiso dentro de un proceso de cambio políticamente consciente que retoma que el crecimiento, en lugar de la culpa, puede ser la respuesta³.

3 FLOOD, Michael. La política de género - Programa hombres por la igualdad. Ayuntamiento de Jerez.

Devanir da Silva Concha

Antropólogo (inquieto) de profesión (Universidad de Chile) y padre dedicado por oficio. Tesista de FLACSO-Chile y ha realizado un diplomado de la UACH en Género y Sociedad, posee una maestría de la Gothenburg University y se ha formado en masculinidades con eminencias nacionales e internacionales como José Olavarría y RW Connell, y también en la Organización Multidisciplinaria Latinoamericana de Estudios de Masculinidades OMLEM, desde Argentina (2010).

¿Virtualmente nuevos o no? Masculinidad/es en-red-dad@s en lo virtual. Viejos problemas en nuevo formato

Prólogo

Primero, quisiera agradecer la invitación y agradezco que se me permita compartir, en función de la reflexión colectiva no (tan) académica, algunos nudos en los cuales he estado enredado en el último tiempo. Segundo, todo acto reflexivo es bueno, en la medida que converge con una preocupación que se viene dando los últimos años, entorno al papel que tenemos los varones –en toda su heterogeneidad–, tanto en lo particular como en lo colectivo y social, en diversos temas. Un papel que no solo se restringe a la reflexión misma, sino al rol que puede desempeñar la reflexión en un escenario social en pleno burbujeo. Por tanto, también es importante

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

mirar lo que sucede con las reflexiones que se puedan verter aquí y que hagan parte de una instancia de preguntas y cuestionamientos, no solo desde lo académico sino desde lo cotidiano, y desde lo propio. La masculinidad como objeto de indagación —sistemática— es un proceso complejo dado la herencia patriarcal y, en tanto objeto de indagación, apunta a visibilizar el enunciador, y su lugar, como el problema, pero escasamente lo plantea como la solución y, a la vez, es solo recientemente una preocupación tibia de las políticas públicas nacionales, a más de cuarto de siglo de la Conferencia de Población y Desarrollo de El Cairo¹ (1994).

Introducción

Me propongo, en este texto, elaborar el cruce de **masculinidades y lo virtual**, que escasamente se aborda en el campo de género y masculinidades, y que aparentemente, no tendría directa relación con lo que entendemos como las “nuevas masculinidades”. Creo tener una buena idea del panorama del campo en el cual me he desempeñado desde hace ya 15 años, e incluso tener una buena apreciación de **cómo** y **qué** se está investigando en temas de género. Quizás, mi tema, en esta publicación, no sea el más “político” entre las reflexiones, en términos tradicionales, pero creo que ahí reside una posibilidad de mirar una intersección poco explorada para comprender las masculinidades. Esta reflexión tiene una doble pretensión conceptual: abordar la **noción de alteridad** (sobre quién) y de la **reflexividad** (sobre el cómo). Pretendo hablar sobre

1 La conferencia de Población y Desarrollo de El Cairo exhorta a los gobiernos a trabajar en un sinfín de materias, que están asociadas directamente entre el desarrollo y población, siendo esto no solo un tema demográfico, sino eminentemente social. Especialmente, se hace alusión a incluir a los varones en las políticas públicas, como actor social significativo en los procesos de la obtención de la igualdad sustantiva. El documento completo se encuentra en el siguiente link: https://www.unfpa.org/sites/default/files/event-pdf/icpd_spa_2.pdf

cómo —en tanto antropólogo masculino— miramos (desde adentro; emic²) a otros seres masculinos y, paralelamente, tratar de desnudar qué observamos cuando miramos/pensamos (desde afuera; etic) nuestra condición de género. O sea, una suerte de auto-etnografía, que busca develar aspectos de un sujeto masculino que se ha considerado, culturalmente, neutral en la historia y en la relación consigo mismo.

Esta intersección ya la vengo explorando —formalmente— hace unos 5 años aproximadamente cuando, a propósito de la precariedad laboral, (docente taxi, padre primerizo e investigador marginal en las redes de prestigio académico) comienzo a preguntarme, sentado frente al computador y con una dosis no menor de frustración: ¿Por qué estudié antropología, y además, algo tan marginal (planteado así por el entorno laboral inmediato) como las masculinidades? No tengo carrera (demanda bastante autoimpuesta e injustificada desde esa masculinidad tradicional) ni en una, ni en la otra. Y en la búsqueda de una respuesta me encontré investigando sobre qué hacen —o hacemos— los hombres “online”, y vivencí lo borroso del límite entre el estudioso y lo estudiado.

El primer antecedente a este cruce es el abordaje que hago, en 2006, sobre los avisos personales en el diario La Nación (Online) sobre varones que buscan tener sexo con varones, preguntándome sobre cómo se constituye lo masculino en el imaginario de hombres que buscan tener sexo con otros hombres³. Y en segundo lugar, en 2010,

2 Proviene de la lingüística y fue acuñado, en su adaptación, por Kenneth Pike para señalar desde dónde se habla. Fonetic, es la nomenclatura que señala el sonido y simbología desde el afuera del idioma en particular, y Fontemic, es tal como se escucha el sonido, como lo dice el “nativo”. De ahí la versión que apunta a Etic como desde afuera, y emic desde adentro de una cultura.

3 Da Silva Concha, Devanir. (2006). “Deseos públicos e identidades privadas. Internet, género e identidad sexual masculina en Chile. El caso de los avisos personales del diario La Nación”. En *Gazeta de Antropología*. Disponible en http://www.ugr.es/~pwlac/G22_36Devanir_DaSilva_Concha.html (Consultado el 14 de marzo de 2018).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

por medio de una ponencia en el Congreso de Antropología en Chile, sobre los adolescentes, hombres y mujeres, y el discurso sobre la sexualidad en un foro específico⁴. Y, en tercer lugar, en 2015, –en el V Coloquio Internacional de Masculinidades– desarrollé una reflexión, a partir de un trabajo de terreno virtual, el año anterior, en la ponencia titulada “‘Nadie se mete con mis pirigüines’. Notas en torno a la ciberantropología, discursos masculinos y femeninos sobre el (potencial) uso de anticonceptivo hormonal masculino”. En ese último texto, me propongo reflexionar sobre qué decimos y hacemos, o no, los varones en relación a la dimensión de la salud sexual y reproductiva. Acceder a los discursos (naturales y honestos), o prácticas, de los varones en torno a este tema es bastante difícil, como también por el poco interés por parte de los fondos de investigación tradicional, dado por el carácter cerrado de la homosociabilidad. En la propia perplejidad laboral encontré un sinfín de relatos y narrativas dispersas en espacios virtuales (públicos), que justamente, me hablaban de esta dimensión, y no solo desde la postura de un machismo recalcitrante, y que puede entregar ciertas luces en el debate sobre las nuevas masculinidades.

Y en la actualidad, estoy reflexionando, en un artículo todavía en proceso, en torno a **la masculinidad y los memes**. Ese dispositivo virtual comunicativo, que tantos elementos interpretativos trae consigo, nos permite aludir y hablar sobre los aspectos dinámicos de la masculinidad, que son necesarios abordar para desarmar y volver a armar una noción de masculinidad, basándose en una lógica cultural distinta, no tan solo para otras (ellas), sino también para los mismos sujetxs masculinos. Los memes son un insumo del espacio virtual que puede ser usado en el marco de los estudios de masculinidades,

4 Da Silva Concha, Devanir. (2010). Virtualmente maduros. Sociabilidad, sexualidad y género en jóvenes internautas. VII Congreso de Antropología. Retrospectivas, presentes y aperturas. San Pedro de Atacama 25 a 29 de octubre 2010.

porque expresan, en gran medida, dimensiones de género, y sirven para pensar la condición masculina y las tensiones que estas ponen en juego, pero que no están en el horizonte interpretativo (tanto desde lo cotidiano como lo académico).

Estos antecedentes delatan algunos nudos que me gustaría señalar. Primero, sobre la condición de ser varón investigando sobre masculinidades y, segundo, convertir Internet –por motivos de precariedad laboral– en mi nuevo campo de investigación dado el tiempo que pasé frente a la pantalla. De esto emergen preguntas: **¿Soy (in)capaz de realizar investigación sobre masculinidades del modo tradicional?** (prestigio asociado) **¿Encontraré nuevas, viejas o nuevas versiones de viejas masculinidades online?** El modo tradicional implica solicitar fondos en instituciones, conseguir empleo en universidades –preferentemente de prestigio–, producir textos académicos y generar –finalmente– procesos de conocimiento (desde cierta lejanía y supuesta neutralidad) sobre un aspecto de la realidad social. Además de todas esas dificultades, vuelvo a una pregunta antropológica, reformulada en este contexto, bastante central que si **¿mi condición de varón facilita o dificulta el modo –además de lo virtual– en que comprendemos las masculinidades? ¿Está en el foco del interés investigativo la masculinidad en lo virtual?** Ciertamente, como varón tengo acceso a una sociabilidad que pone, muchas veces, de manifiesto elementos centrales de la masculinidad tradicional. **¿Debo/puedo/quiero quebrar ese orden de género?** La “nueva” masculinidad consiste en desmenuzar ese orden tradicional y configurar una nueva justificación desde los cimientos, y no a priori establecer un anclaje que no se condice con el nuevo quehacer –propuesto– en/desde lo cotidiano. Con esta pregunta, el estudioso se torna en el estudiado, también en sujeto masculino supuestamente nuevo, quién no solo estudia (acción extractiva) una realidad, sino a sí mismo y cómo incide en ella.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

La pantalla me permite –en una primera instancia– insertarme en ese refugio de una sociabilidad tradicional, que me ilustra sobre dos aspectos centrales: que los varones recurrimos a hablar de temas íntimos en otros espacios fuera de la sociabilidad cara-a-cara y que, por otro lado, investigar las masculinidades involucra necesariamente que la condición de ser sujeto masculino será abordada de una forma no neutra. Inevitablemente, develaría un posicionamiento, narrativo y de praxis, de la vivencia y posición particular de los varones en lo cotidiano y desde lo político. Como algunas feministas plantean, la interseccionalidad es una aproximación necesaria porque la heterogeneidad de los varones y las diferentes situacionalidades –el mundo de la praxis y materialidad concreta– no deberían ser homologables a una teoría simplificadora.

■ ¿Qué encontramos en lo virtual? ¿Una ficción, un engaño u otra cosa?

¿Es en el espacio virtual donde vemos la cara real (máscara) de los varones? ¿Es ahí donde podemos presenciar las verdaderas máscaras masculinas? ¿Es en lo virtual donde aparece la (homo) sociabilidad real? Uno de los elementos que nos da información para responder esas preguntas son **los memes**, específicamente aquellos que aluden a la dimensión de lo masculino. Los memes, los avatares, los “nicks” o el perfil quedan, ante la incertidumbre de Internet, suspendidos en su veracidad y planteados como figuras no reales, pero mi pregunta va justamente por saber cuánta verdad contiene ese “engaño” y cuán ajustado a la subjetividad particular está aquella máscara virtual. ¿Cuán certera es la farsa a la verdad de la narrativa individual concreta? Los memes tienen una característica: son un magnificador de los significados y significaciones de lo social, en este caso nos interesa, en particular, lo masculino. Pero

lo que, en lo fundamental, me interesa es rastrear **los procesos de construcción de sentido de lo masculino**, y abrir fracturas o, por lo menos, aportar en hacer cortocircuitos a esos procesos.

Estamos en plena época de construcción de lo virtual y, dentro de esto, evidentemente, también las masculinidades⁵. Esto, al ponerme como estudioso/estudiado, hace más engorroso el límite, se enreda las nociones de alteridad. El vértigo hace que nos enredamos en el **desde dónde** y en el **cómo** opera la virtualidad y las masculinidades. Y ante ese desconocimiento del nuevo camino se visualiza potenciales aperturas. Marc Augé apunta a una falencia de no solo la antropología ante los contextos de transformación disciplinaria (reflejo de un contexto general de las mismas características) en donde “los antropólogos se mostraran más sensibles a la belleza de los que se derrumba que a la amplitud de lo que se anuncia” (Augé, Marc. El tiempo en ruinas, página 17).

Los memes son insumos de ese mundo de Internet, que aportan en la comprensión de la generación de esa (homo) sociabilidad masculina (entendida erróneamente muchas veces como solo hétero), que establece el límite y frontera de lo que debiéramos considerar como “lo masculino”. Ese demarca la separación de “NosOtros⁶” (p. ej. como los “no” machos; por negación), y que carga con todo lo que esa distinción implica en términos de lo simbólico y las prácticas sociales asociadas a ella. Así, en el despliegue de esos discursos, y contra-discursos, en la red de Internet se generan **comunidades de sentido**. Estas generan un sentido de cercanía, pero también distancias, con

5 Puede ser porque nadie lo estudia, o varios lo estudian pero no publican o por el mero hecho que no es tema sino cuando la masculinidad incide lateralmente (tanto en términos teóricos y metodológicos) en otro tema, por ejemplo, en lo laboral, sexualidad etc.

6 Con esto quiero interpelar al lector@ a pensarse en torno a la noción de alteridad y los límites de esta. Los Otrxs están en Nosotros.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

otros varones, dado que Internet despliega su lógica de multiplicidad. Entonces, la variedad de comunidades de sentido que podemos encontrar –en cuanto navegantes del mundo virtual– nos permite vincular/experimentar un modo de ser sujeto masculino. El uso de los memes genera sociabilidad, según los elementos interpretativos que ponen en escena (perspectiva emic). Y la adhesión a un u otro meme genera –como dijimos– las comunidades de sentido y vinculaciones significativas.

¿Cómo es que la mayor distancia –a lo físico– genera quizás mejor comprensión de la lógica de la masculinidad y sus lógicas internas? El concepto de distancia y alteridad/mismidad⁷ son vitales para la comprensión y reflexión antropológica, en torno a las relaciones sociales basado en la diferencia (y también diría similitud) de género. Creo, desde ya hace rato, que la premisa de pensar las masculinidades –incluyendo desde el espacio virtual– se hace (o debería hacerse) desde el **paradigma de la semejanza**, y no desde el paradigma de la diferencia. Esto implica mirar(se) no desde algo distinto o fuera de lo hegemónico sino desde el centro y desde adentro del mismo sistema que nos configuró. Eso, siento que implica, por lo menos en un primer paso, el reconocerse como antropólogo varón estudiando otros varones en un medio real pero virtual. La configuración de la/s identidad/es no solo se constituye en el ejercicio desde el contraste –en el mundo físico– con un sujeto diferente o alteridad, sino desde el interior de una comunidad en particular, desde adentro de lo virtual e incluso desde dentro de la propia comunidad del académico que se mira a sí mismo⁸.

7 Que desprende de la noción del NosOtros, planteado anteriormente.

8 Por cierto, Pierre Bourdieu hace en gran medida este ejercicio dado que no solo la alteridad es posible de ser objeto de estudio sino que la red de relaciones entrelazadas configuran un campo paradójico y tensionado por intereses e intenciones de actores (Ortner y Bourdieu) que configuran una epistemología de como mirar al otro/a.

Podríamos asumir que los varones, si bien usa(mos) Internet para engañarnos (carácter ficcional) y no poner sus reales identidades en escena social –haciéndose pasar por algo que no son–, también podemos usarlo para relatar algo que sustenta de verdad un aspecto significativo en nuestras vidas, por el mismo carácter de privacidad pública (situación paradójica, por cierto) de Internet. **¿Qué nos dice que lo que ponen los sujetos en Internet sea una ficción?** Creo en que los sujetos dicen bastantes verdades en la red, incluso más certeras que aquellas que despliegan en la vida offline. Una vez sumergidos en la red les invade cierta sensación de protección (siendo acto solitario entre cuatro paredes) como si fueran caminando totalmente solos por la calle, pero siendo observados, a distancia suficiente (para ambos), por todos.

■ **¿Qué es eso de las nuevas masculinidades?**

La temática que convoca este libro es sobre las “nuevas” masculinidades y, como tal, también arrastra –aunque sea un fenómeno emergente– ciertas expectativas. Esta puede funcionar en contra de las intenciones de la instalación de esa misma etiqueta en el mundo offline. Esto no es nuevo, porque el concepto de anclaje, desarrollado por Denise Jodelet en el compilado de psicología social de Sergio Moscovici, muestra cómo el concepto da ciertas luces sobre la forma en que las masculinidades son pensadas en un contexto globalizado. Personalmente, sospecho de la “nueva” masculinidad por dos motivos: primero, supone un nuevo producto, omitiendo el proceso de producción de tal masculinidad y, segundo, que plantea una expectativa idealista omitiendo contextos y las heterogeneidades que construyen los sujetos masculinos en función de un campo conceptual que no hace sino simplificar la constitución de los sujetos (masculinos).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Creo en la legitimidad de sospechar, en tanto sujeto estudioso y estudiado, incluso de aquellos elementos que pueden ser “buenos”, en el sentido de que pueden funcionar como la instalación de una nueva normativa social, sin ser criticados como mecanismos “condicionadores” de conductas. Esos “nuevos” hombres tienen una relativa vigencia dado las lecturas que, quizás pudiéramos levantar, en torno al contexto y temporalidad histórica de las mismas. Usualmente, pensamos que las “nuevas” masculinidades tienen una localización particular de clase y de generación, y no quizás en la misma extensión, por ejemplo, en lo étnico (la pregunta por quiénes son esos “nuevos” hombres). Esto último implica una arista, también escasamente abordada, en los estudios de masculinidades.

En cierta ocasión me preguntaron: ¿Desde cuándo ha existido el movimiento de nuevas masculinidades? No supe bien qué responder, sino decirle –no sin cierto etnocentrismo– que el mundo anglo fue quien comenzó a proponer el cambio de los hombres, todo en el marco del mundo convulsionado de los sesenta y setenta del siglo pasado, y en la sombra del(de los) feminismo(s). Sin embargo, dentro de la pregunta había sesgo heterosexual y en esa respuesta/pregunta que se configuró, no se incluía necesariamente el movimiento homosexual como un movimiento masculino, ni las vivencias de hombres en diferentes contextos étnicos que tenían configuraciones más allá del binarismo sexual occidental (originado en Europa y EEUU a mitad de siglo X). Solo por tomar un ejemplo de Chile, y desde cierto espectro social, Pedro Lemebel decía que su masculinidad es contrastada con esa figura heroica de la izquierda, pero una izquierda que repudia, en el plano de la sexualidad, su forma de ser. Lemebel subvierte el orden, implícito, de género, al interior de la izquierda chilena interpelando a una apertura libertaria que no reconoce su libertad de ser un hombre distinto.

La reflexión precedente pone en la mesa la posibilidad de una receta alternativa (en el día de hoy), de ser sujeto masculino. Comienzan –con Internet– a aparecer alternativas en el horizonte interpretativo de los sujetos, y eso desde ya, es un avance con las épocas anteriores. Si bien es cierto que emergen comunidades misóginas y machistas, no implica una inexistencia de espacios de fisura y contraposiciones a esas comunidades virtuales. Se ha dicho que el mundo de las comunicaciones derriba fronteras, tradicionales o formales, y la pregunta aquí es en qué medida eso sucede en el mundo virtual, específicamente en el tema de masculinidades. Entonces, en ese sentido, sí existe una nueva masculinidad pero, por otro lado, creo, siempre han estado; siempre han sido plurales. Pero más que esperar pasivamente, una nueva forma de ser hombres, también podemos (¿o debemos?) ficcionar⁹ esos nuevos modos de ser varones –y vivirlos– dado que tampoco estamos mirando desde el centro y desde adentro del modelo, y tenemos variables¹⁰ que eventualmente, en tanto proceso, nos permitirían diferenciarnos de esa masculinidad tóxica (Sergio Sinay).

En términos mediáticos hay una cierta tendencia a plantear (eso de la nueva masculinidad) como una moda, siendo una novedad, y como tal, no nos permite mirar la historia (diacronía) de los sujetos masculinos y caer en cierto sesgo epocal. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que se concibe la historia como algo lineal y que la era de oro está

9 Entendería esto en un sentido literario y, por otro lado, en un sentido educativo. Primeramente, tiene que ver con que podemos tomar ciertas figuras masculinas hiperhetero y transformarlas, en el lenguaje coloquial y literario y mediante el sarcasmo, en emblemas de una nueva forma de ser varón. En segundo término, entregar en talleres o espacios formativos que amplían, críticamente, los modos de mirar y vivir la condición de varón.

10 Las variables sería por ejemplo paternidad presente, acompañamiento emocional, validación socio-comunitaria de otros referentes en torno a la masculinidad y narrativas culturales (en textos e insumos de la música y literatura) alternativas en términos de género a base del mundo de las comunicaciones globales.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

aquí, en el hoy y no en el pasado, lo cual plantea –implícitamente– que nunca hubo masculinidades alternativas en el pasado, cuando sí hay evidencia histórica de que eso fue un hecho. ¿Qué de distinto tienen las nuevas masculinidades de hoy a las del pasado? ¿En su masividad, en la dinámica interaccional, en las relaciones de poder intragenérica, u otro elemento?

Una vez en la intersección: ¿Qué camino (necesito/puedo/debo) tomar?

Parte del proceso de construir masculinidades, creo, tiene que responder una pregunta que hoy en día parece que no se la hace por cierta incomodidad (política, personal etc.). La respuesta usual hoy es: debo de-construir, y ciertamente este libro apunta a eso también. Sin embargo, en el marco de la nueva masculinidad –en tanto proceso– también sería interesante plantear la pregunta: **¿Qué me llevo de la “vieja” masculinidad?**¹¹ Esto implica ver inter-generacionalmente la masculinidad (proceso) y no solo como una imagen, o producto en particular, sino como constructo idealizado, basado en una expectativa sobredimensionada¹².

Tal pregunta puede ser tildada de continuismo (del machismo), pero creo que reformular preguntas en torno a un mismo objeto no tiene por intención comprometerse (fijar posición) con una postura en particular, sino moverse y mirar la realidad de una manera distinta,

11 Por ejemplo, Ruiz-Navarro, Catalina. (28 de julio de 2017). “¿Es machista ser caballeroso?” En *Revista Cromos*. Disponible en <http://cromos.elespectador.com/columnistas/es-machista-ser-caballeroso-25483> (Consultado el 3 de septiembre de 2017)

12 Veamos las lecturas de perspectiva de género sobre “el nuevo hombre” (Nietzsche, Che Guevara u otro).

de manera crítica, desde un lugar en permanente movimiento. En este sentido, el análisis interseccional de la realidad social es un ejercicio interesantísimo –además del histórico– que el feminismo, o por lo menos una parte significativa de este, ha aportado en particular a las masculinidades, y que considero vital para comprender la dimensión de género, no como un eje explicativo en sí, sino como un ejercicio permanente que entrelaza lo generacional, lo étnico y lo referente a la clase social.

Una vez aclarado ese panorama de las masculinidades contemporáneas, podemos efectivamente volver a preguntarnos **¿Qué hay de nuevo en las “nuevas” masculinidades?** Pero, mientras estamos en ese proceso de mirar (nos) –tal como propongo aquí desde lo virtual– también **hacerlo sin dejar madurar (criticar) la perspectiva del observador que se pretende neutral** (hombre heterosexual) también es una grave falencia. La supuesta nueva masculinidad (que en cierto sentido debemos abrazar) simplemente –o aparentemente– se establece oposicionalmente, o sea en contraposición a la vieja masculinidad (de la cual debiéramos rehuir) sin preguntarnos por cómo esta se constituye en el proceso de desarme, y posterior rearmado, de la identidad de los sujetos masculinos. En esta línea, debe ser de preocupación preguntarse sobre la constitución (simbólica y de prácticas sociales) de la masculinidad en hombres homo, bi y transexuales.

Tal como plantea Rita Segato en una reciente entrevista sobre masculinidad y violencia¹³, **los hombres son las primeras víctimas del patriarcado**, y en la misma línea, expuso también que es en los

13 La Nación Más. (LN+Vivo). (25 abril de 2017). “La primera víctima del mandato de masculinidad es el varón” (Archivo de video). En <https://www.youtube.com/watch?v=cHyMZSDJX8> (Consultado el 20 de septiembre de 2017).

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

intersticios del espacio virtual donde podemos encontrar las fisuras de la masculinidad tradicional y tóxica, porque es ahí, en el megáfono de lo social, donde los varones vertimos nuestros miedos, chistes y poderes, y donde también, podemos –paradojalmente– encontrar algunos elementos que permiten encontrar una salida a la toxicidad en la cual vivimos.

¿La nueva masculinidad es el hecho de reconocer la no vigencia de los parámetros identitarios anteriores, simplemente la visibilidad de las fracturas o la existencia de un nuevo sujeto masculino ya (re) constituido a base de nuevos preceptos? Si la nueva masculinidad es producto de obedecer nuevas normas y expectativas sobre otras, poco difiere de la masculinidad tradicional en tanto a su *modus operandi*. Pero si, en cambio, propone una revisión honesta¹⁴, sea cual sea su forma, entonces sí podríamos estar ante el inicio de una “nueva” masculinidad. Reconocer (se/nos) en ese proceso es el primer paso. E instancias como estas justamente permiten comenzar la colectivización de tal proceso, fuera de lo meramente individual y del “ensimismamiento”¹⁵.

14 Una revisión que puede, creo, potencialmente residir en las vísceras de lo virtual.

15 Noción aludida por el compañero Francisco Farías, exintegrante del Colectivo Poroto.

Rigoberto Oliva Sánchez

Cubano, educador popular, psiquiatra de profesión, padre de una hija y un hijo, facilitador de espacios para el debate sobre temas de género, hombre comprometido con las causas nobles y justas.

... ¿Yo? ... “macho” desde la cuna

... una introducción necesaria...

Agradezco la invitación y a su vez “la primera provocación” para que pusiera sobre este papel mis experiencias sobre el tema de las “masculinidades en Cuba”. Reconozco en primera instancia, que en mi bella isla, prestigiosas personalidades¹ de diversos ámbitos han

1 Julio César González Pagés, Isabel Moya Richard, Clotilde Proveyer, Ramón Rivero Pino, Patricia Arés, Carlos A Lloga Domínguez, Víctor Hugo Pérez Gallo, Norma Vasallo, Dayma Echevarría, Mariela Castro Espín, Mayda Álvarez, investigadoras e investigadores de las facultades de Historia y Sociología de la Universidad de la Habana, jóvenes investigadores e investigadoras integrantes de la red iberoamericana de masculinidades, entre otras personalidades relevantes por sus aportes al tema.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

escrito sobre el tema, e instituciones² y organizaciones³ han propiciado desde el pasado siglo, espacios para el debate sobre las necesarias relaciones equitativas de género y la formación académica en esta temática.

Humildemente, relataré de forma amena y “a mi estilo” experiencias personales, reflexiones y cuestionamientos que hago al mundo —y a mí mismo—, a partir de algunos años facilitando espacios para el debate sobre temas concernientes al género, y en particular, a la construcción de las masculinidades.

Confieso que este artículo no es un estudio sobre las masculinidades en Cuba, sino un texto que recoge las experiencias personales y profesionales sobre el tema de un cubano comprometido con su tiempo. Hago alusión al micro machismo en un pequeño espacio: la familia cubana. De cualquier modo, estoy agradecido por compartir mis criterios al mundo pero la “segunda provocación” para empezar a plasmar ideas, cuestionamientos y reflexiones acumuladas en el tintero, ha sido y cito: ...“¿cómo construir nuevas masculinidades críticas, anti-homofóbicas, anti-racistas y anti-clasistas que conozcan los límites y peligros del modelo tradicional de masculinidad?”⁴.

Y la “tercera provocación”...es para ustedes; para que lean y después me digan ¿qué les pareció?

Pero ahora: ¡Manos a la obra!

2 Centro de estudios de la Mujer, Cátedra de la Mujer (Universidad de la Habana) Grupo Equidad (Universidad de Oriente), Cátedra Mirtha Aguirre (Instituto Internacional de Periodismo)

3 FMC Federación de Mujeres Cubanas, Movimiento cubano por la paz, CENESEX Centro Nacional de Educación Sexual, CMLK Centro Martin Luther King Jr.

4 Frase recogida en el texto de la propuesta de FES-Ecuador para esta publicación: “Repensando las relaciones de género desde las masculinidades”.

...la construcción de las masculinidades empieza por la casa...

Ya sabemos que el patriarcado, con su esencia de distribución desigual del poder entre hombres y mujeres, ha lacerado durante siglos las relaciones de género y ha trazado pautas para la asignación de roles a hombres y mujeres “sin derecho a protestar”.

El machismo castiga cualquier comportamiento que considere supuestamente femenino en los varones. Desafortunadamente, entre los mismos varones se autoimponen patrones de comportamiento y de pensamiento bajo la amenaza de ser excluidos de la comunidad masculina.

Es innegable que la masculinidad —como construcción socio histórica a lo largo del tiempo—, tiene características similares, aunque difiere obviamente, según el contexto geográfico y cultural. Asimismo, se diferencia por otras características como la sexualidad, el color de la piel, el estado civil o la religión, por solo citar algunos ejemplos. De ahí que ya no se habla tanto de la masculinidad sino de las “masculinidades”, atendiendo a las diversas maneras que se han establecido socialmente para ser “varón”.

En cualquier familia cubana, la construcción de las masculinidades tiene una expresión muy marcada a partir de los cánones culturales establecidos históricamente. Si a ello se suma que, en un gran porcentaje de las familias conviven dos y más generaciones, es de suponer “el gran peso cultural” que deben soportar los niños por parte de cada miembro de la familia, para que en su paso por las diferentes etapas de la vida, no dejen de ser “machos-varones y masculinos”.

De ahí que la construcción sociocultural de las masculinidades hegemónicas, a lo interno de la familia, ha jugado y mantiene un

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

papel primordial en los comportamientos, actitudes y prácticas que han sido internalizadas desde pequeños, de manera acrítica –sin cuestionamientos y que desafortunadamente reproducen en la cotidianidad– los adultos de hoy.

Los mandatos y normas morales establecidas por la sociedad, desde tiempos inmemoriales en la construcción de las masculinidades, pasan de generación en generación, cual efecto dominó. A continuación, se exponen algunos apuntes⁵ sobre los preceptos que, en la familia cubana, se imponen sin excepción, para los varones que conviven en el seno familiar.

...¡¡¡ nació mi niño!!!

El desarrollo de la ciencia y los avances tecnológicos actuales permiten que la familia sepa con antelación si la futura madre gesta una niña o un niño. Si es un varón comienza la preocupación y la ocupación de la familia para que sea “todo un hombre”. La familia en pleno comienza a diseñar un sinnúmero de estrategias para darle “cuerpo y mente”, acorde a los paradigmas establecidos según el género y la sexualidad, a ese ser que está por llegar. Muchos son los mandamientos que desde la familia, legitiman la condición del “hombre que debe ser”, según las normas establecidas y perpetuadas por la sociedad.

En primer lugar, la ropa que vestirá después de nacido tiene que ser azul (color predeterminado para los varones, así como el rosado para

5 Las experiencias que comparto a continuación, pudieran coincidir con otras de Latinoamérica, pero son el resultado de los talleres en temas de género que he facilitado en Cuba durante los últimos cinco años y de mi experiencia personal.

las niñas). Es frecuente escuchar expresiones de los padres cuando cargan al recién nacido en el cunero y exaltan el tamaño de sus genitales... “¡los tiene grandes como todo un macho!... ¡igualito que su padre!”... Pero lo más preocupante es como la madre y el resto de la familia refuerzan, aplauden y conscienten estos comentarios.

Los juguetes que compran los familiares para el bebé recién nacido son aquellos que se identifican totalmente con su sexo. En la medida que los niños crecen, los juguetes para los varones están relacionados con la fuerza, valentía, agresividad, audacia (características propias del varón según la cultura). En el cuarto de un niño encontrarás de manera irremediable: soldaditos, pistolas, un guante, el bate y la pelota de béisbol, espadas de luchas como los grandes guerreros, entre otros. Es usual que tanto el padre como la madre escojan los juguetes con los que se entretendrán los niños, más allá del gusto y las preferencias individuales, porque tienen que ser acordes al sexo.

Los juegos infantiles están clasificados (según mandatos sociales) para las niñas y los niños. Ellos deben jugar a la pelota (béisbol), aprender a nadar desde temprana edad, practicar lucha, judo, karate o cualquier otro deporte que muestre fortaleza y agresividad, actitudes arriesgadas y desafiantes. Si juegan con alguna niña “es porque sienten alguna atracción por ella” y se supone que sea la novia! Son criticados por la familia si lloran ante una caída o por la frustración ante la pérdida de un juego altamente competitivo como el béisbol. Ante la adversidad, se tienen que mostrar “duros” y “sin miedos”.

En estas primeras etapas de la vida comienzan a transmitirse y a naturalizarse, de manera invisibilizada por el resto de la familia, los arquetipos e ideales “del hombre que tienes que ser”. El niño recibe diariamente un bombardeo de criterios y opiniones ajenas a él, que lo moldean y lo encasillan socialmente para que responda a las cualidades que son inherentes a su condición de “varón”.

...de la casa a la escuela...

La entrada a la enseñanza escolar es un momento importante para cualquier ser humano. Para el niño en formación de su personalidad, y en especial en “la construcción de su masculinidad”, el ámbito escolar resulta en muchos casos angustiante, tedioso, estresante, provocando el rechazo de este espacio de socialización, tan necesario para su educación y formación como ser humano.

Este es el momento en el que los niños se ven presionados a expresar, en sus comportamientos y actitudes, todo lo que en la casa han escuchado y le han exigido que haga cuando “empiece en la escuela”: “no quiero ver que juegues con las niñas”... “si te pegan no te quedes de brazos cruzados”... “acuérdate que tú eres un macho y los machos no tienen miedo”. Estas son algunas de las expresiones que denotan toda la presión ejercida por la familia, para que el niño se comporte como lo que aspira la sociedad: “un macho”.

En las década de los setenta, ochenta y noventa del siglo pasado, en Cuba, muchos adolescentes desarrollaron sus estudios de secundaria básica y preuniversitario en centros escolares internos, las llamadas “escuelas en el campo” (en las afueras de las ciudades) sin la presencia ni el “control” de madres y padres, solo del claustro docente.

En estos centros, los estudiantes combinaban el sistema estudio con el trabajo en diversas labores (agrícolas, higienización de áreas verdes, decoración y embellecimiento de espacios docentes etc.) con la intención de propiciar el desarrollo de hombres y mujeres integrales, en armonía con el medio, según el principio martiano⁶. En efecto, constituyeron espacios de aprendizaje y crecimiento personal

6 Se refiere a José Martí nuestro héroe nacional.

de los que hoy muchos y muchas estamos agradecidos. Pero a su vez, se erigió como el ámbito propicio para la expresión de actitudes y comportamientos patriarcales, que en muchos casos llegaron a ser brutales y despiadados.

La rivalidad como una de las características que se erigen en la construcción de la masculinidad, se manifestaba constantemente en la vida estudiantil que se desarrollaba en estos centros internos. Los varones eran rivales en el ámbito docente, en el deporte y en sus relaciones interpersonales, por ejemplo, competían constantemente para “llevarse a la niña más linda del grupo”.

En los dormitorios las pugnas por “ser los supermachos” donde los “más débiles perdían terreno”, ponía al descubierto constantemente la herencia cultural de estereotipos que marcaron las vidas de aquellos adolescentes. Era frecuente ofender al otro, descalificarlo, violentarlo física y psicológicamente por no contar, por ejemplo, con “las capacidades físicas” que le daban virilidad y a su vez ventajas sobre el resto. Tener un cuerpo musculoso, vellos pubianos y axilares, grandes genitales, y por tanto, alardear de ello continuamente ante el resto de sus coetáneos, han sido algunos de los “atributos” que han formado parte en la construcción de las masculinidades hegemónicas desde la adolescencia. Dichas cualidades se han erigido “cual trofeos” ante cada batalla, marcadas por la competencia desenfrenada.

Los roles tradicionales, que heredamos de casa, también se manifestaban en las prácticas cotidianas de convivencia. Los varones exigíamos a las niñas que lavaran y plancharan nuestras ropas, tendieran nuestras camas, organizaran nuestro dormitorio, se encargaran de nuestras tareas docentes y nos aplaudieran al tener varias novias, dando muestras de virilidad, omnipotencia y validación de la “hombría”.

Estas prácticas se hacían cada vez más repetitivas y se consolidaban en la formación de las personalidades de adolescentes, en las que

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

la construcción de las masculinidades legitimaba poco a poco las “cualidades necesarias” para que los varones siguieran siendo “los patriarcas de la sociedad”. Actitudes y comportamientos que la familia reforzaba a cada momento.

Esta experiencia compartida sobre una etapa que marcó las vidas de los que éramos adolescentes en las décadas del setenta y ochenta, no excluye que hoy todavía se manifieste. En Cuba, el programa educativo actual de las “escuelas al campo” ha sido reducido, por lo que en los centros estudiantiles que aún existen con régimen de internamiento, se repiten estas prácticas, solo que contextualizadas a los nuevos tiempos.

Es muy evidente que la ideología patriarcal va mellando el crecimiento de niños y adolescentes convirtiéndolos en víctimas de sus propias “hazañas” y promueve la construcción de un “ego varonil” cargado de prejuicios, estereotipos, falsas creencias y mitos, que lejos de fomentar valores y crecimiento espiritual, los va enredando, cual tela de araña, en una madeja de la que es muy difícil salir cuando se consolida y perpetúa en la vida de estos simples mortales.

... yo quiero estudiar... ¿__?

El tiempo avanza, y lógicamente, se van venciendo etapas del ciclo de vida. Otras llegan para seguir el lógico camino del crecimiento personal. A la puerta de una nueva etapa (fin de la adolescencia - comienzo de la juventud temprana) aparecen nuestras inquietudes profesionales, momento en el que los “mandatos culturales” asignados a los varones los siguen marcando, a pesar de nuevos intentos de “no encasillamiento” o simplemente “no creer en el qué dirán”.

La sociedad a lo largo de la historia ha clasificado profesiones y oficios en aquellos que son propios para mujeres y los que conciernen solo a

los hombres. Esa “marca cultural” ha propiciado, a lo largo del tiempo, brechas de discriminación y exclusión para ambos géneros. En el caso de los varones, la familia “que tanto se ha esforzado por educar al adolescente para que sea un hombre de bien”, espera que estudie una carrera “para hombres” y que una vez más confirme su “hombría”.

... ¿ser bailarín?... ¿y por qué no militar o médico?...

Generalmente, constituye una sorpresa para la familia cuando un adolescente decide entrar en la escuela de danza o ballet, por solo poner el ejemplo de una profesión por la que la sociedad etiqueta como “flojos” o “afeminados” a los varones que decidan optar por ella. Aunque actualmente es bastante aceptado socialmente que los varones se inclinen por las artes, en general (al menos en Cuba), aún es muy censurado si desean ser bailarines. En muchas familias cubanas es “preocupante” tal decisión, pues en el imaginario social ser bailarín es igual a ser homosexual.

La representación en el imaginario social sobre esta profesión está en contraposición con las concepciones que acepta la sociedad como legítimas para un hombre: vestir con mallas, adoptar posturas y gestos suaves, mostrar ternura en las ejecuciones danzarias, no son las establecidas para los varones, que deben todo el tiempo mostrar fuerza y virilidad. No siempre los aspirantes a ingresar en escuelas de ballet reciben el apoyo de la familia. Los tabúes perpetuados por la sociedad, que consideran las escuelas de ballet solo para mujeres, generan desaprobación, exclusión, discriminación y hasta violencia de género.

Por ello, son más aceptadas profesiones militares, deportivas u oficios que, tradicionalmente, “están diseñados para hombres”(constructores,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

electricistas, albañiles etc.) ya que requieren de audacia, fuerza, valentía, osadía los cuales están respaldados por calificativos populares como “superhombres” “hombres a toda”, “los bárbaros,” cualidades inherentes a un “verdadero hombre”, según los mandatos sociales. Lamentablemente, a lo interno de la familia, en el barrio, en la escuela y en la comunidad en general, se refuerzan estos estereotipos.

... de las masculinidades tradicionales a las ¿emergentes?

En los últimos años en Cuba, se observa un fenómeno muy interesante relacionado con la construcción de “nuevas masculinidades”. La llegada al país de nuevos patrones culturales en relación a la estética personal, por ejemplo, ha provocado cambios en la concepción tradicional “de ser hombre”: El fenómeno de la metrosexualidad⁷ que según su autor define al “nuevo hombre” del siglo XXI, impacta de manera muy particular en la construcción de las nuevas masculinidades. Puede ser homosexual, heterosexual o bisexual. Lo que importa es que se “gusta” a sí mismo y no tiene miedo de hacerlo saber o de manifestarlo de forma evidente

En las nuevas generaciones de varones cubanos emergen signos identitarios de “otras masculinidades” que se alejan del patrón machista tradicional. Por ejemplo, se ha hecho muy popular usar aretes, arreglarse las cejas, depilarse todo el cuerpo. Y a ello se le suman otros comportamientos que, hace veinte años, no eran aceptados por la sociedad, tales como: mostrar afecto por otro hombre besándose en

7 Metrosexual: palabra inventada en Inglaterra en 1994 por Mark Simpson periodista, escritor, empresario y locutor británico, especializado en la cultura popular, medios de comunicación, y la masculinidad.

la mejilla, por lo que han encontrado la “justa excusa” para salirse del molde en el que la sociedad los ha encasillado durante tanto tiempo, dándole riendas sueltas a las represiones existentes en ellos (hablo de hombres de más de 40-50 y 60 años). Cada vez es más frecuente ver a los padres que llevan a sus hijos/as al círculo infantil y/o la escuela (rol y responsabilidad que ha sido históricamente asignada a la madre).

Se ha impuesto la moda de usar ropas de vestir de diversos colores, incluyendo el rosado (históricamente asignado de manera exclusiva a las niñas). Hoy muchos hombres han cambiado su manera de asumir la paternidad; por ejemplo, existen algunos padres que se acogen a la ley de paternidad que beneficia a los hombres para que puedan cuidar de sus hijos, mientras que las madres trabajan, así como comparten labores domésticas con sus esposas y las apoyan para que cursen estudios de superación profesional.

En Cuba y otros lugares, diversos factores apuntan a la construcción de “masculinidades modernas” a partir de la crisis que sufre la masculinidad hegemónica tradicional. Algunos de ellos son: muchos hombres se han sensibilizado y son parte fundamental de la lucha por la no violencia contra las niñas y las mujeres, la emancipación de las mujeres se evidencia en el protagonismo que han alcanzado ellas en diversos espacios públicos de la sociedad en general, así como las “nuevas versiones de ser varón” que desde lo cultural se imponen y hacen repensar una y otra vez este “álgido tema”.

Indudablemente, el tratamiento del tema en Cuba por diferentes instituciones y organizaciones partiendo de la voluntad política del Estado y gobierno cubanos, ha dejado saldos positivos, aunque sabemos todo el camino que aún falta por recorrer.

Sin embargo, pudiera parecer que, con los ejemplos compartidos sobre la construcción de las nuevas masculinidades en las actuales

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

generaciones, necesariamente podamos pensar que han quedado atrás elementos identitarios del modelo hegemónico de la masculinidad tradicional. Por ello, una pregunta salta del tintero: ¿Y estos jóvenes de hoy metrosexuales, desenfadados, irreverentes, que asumen de otra manera la paternidad, “racionalmente” conscientes de la necesaria emancipación de la mujer, han dejado de ser machistas?

... un análisis y reflexión desde mi práctica...

Desde mi experiencia como facilitador de procesos de capacitación en temas de género a lo largo y ancho de la isla, pudiera decir que NO como respuesta a la pregunta, más allá de las diferencias puntuales en relación a los contextos geográficos, los géneros, las religiones, el color de la piel, los grupos etarios, etc.

En casi todos los territorios donde he trabajado (zonas urbanas y rurales), los jóvenes están contagiados con las nuevas maneras de expresarse y relacionarse, culturalmente hablando (formas de vestirse, cuidar de su cuerpo, mostrar afectividad con sus congéneres). Pero estas prácticas “aparentemente de avanzadas” constituyen “una capa” que no deja visibilizar “otras prácticas tradicionales y hegemónicas”.

Hombres pertenecientes al grupo etario entre los 40 y 50 años, critican de manera despiadada las “nuevas conductas y actitudes” de aquellos varones “que no son sus hijos/sobrinos o que tengan algún parentesco”, a estos últimos los aceptan por el temor a perder el vínculo afectivo que los une.

De la misma manera, nos hemos encontrado con directivos de organizaciones e instituciones que discursan sobre la importancia, pertinencia y necesidad de la emancipación de la mujer, y al mismo tiempo, de manera incoherente, subvaloran y someten sutilmente a

esposas, hijas y colegas de trabajo. Asimismo, recriminan y excluyen a sus compañeros de trabajo que optan por manifestar su masculinidad fuera de los “marcos establecidos”.

Otra arista interesante del tema, se refiere a la construcción de las masculinidades donde las mujeres tienen un “papel protagónico” según el rol y la responsabilidad que tengan en la educación de hijos o nietos. En muchas ocasiones, son las madres y las abuelas (aferradas a los modelos hegemónicos y tradicionales) las que “condenan” a los varones que quieren vivir su momento y no les importa “luchar contra la corriente”.

Algunas expresiones de crítica y desacuerdo de estas madres y abuelas con “las nuevas expresiones de la masculinidad” lo constatan: “yo no quiero un hijo que se parezca a mi”... “el hombre que está al lado mío tiene que ser bien macho”... “en mi época los hombres siempre fueron de la calle y tú no vas a ser diferente”.

Estos ejemplos de experiencias vividas evidencian que existe un sustrato muy fuerte en la construcción de las masculinidades. La cultura machista heredada y adquirida llega de diversas fuentes y por diferentes canales. Aunque existen y están constatadas, las “nuevas masculinidades” tienen sus diferencias relacionadas por contextos y momentos históricos y también están relacionadas por los elementos básicos que emanan del modelo tradicional hegemónico “para ser varón”.

De ahí que no es difícil de creer que, un hombre metrosexual, buen padre, que entiende “racionalmente” la importancia de la emancipación de la mujer, se comporte y actúe respondiendo aún a los viejos cánones. En efecto, sabemos que es un proceso gradual de sensibilización y educación a través del tiempo. Lo real es que, en el mundo, la disposición y la voluntad de Estados, Gobiernos,

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

organizaciones y de “muchas” personas a favor de la igualdad de derechos está en ascenso.

La familia tiene una responsabilidad crucial en el crecimiento y desarrollo pleno y armónico de las nuevas generaciones. La comprensión del asunto que tratamos en este artículo es una tarea pendiente en aquellas personas que asumimos nuestro activismo a favor de la equidad. El micro machismo (sobre todo el que se manifiesta al interior de la familia) corroe y debilita el crecimiento espiritual de todas y todos, pero en especial, de aquellos que están por nacer y que desde ahora, están signados por “la norma social” como espada de Damocles.

Por tanto, una última pregunta para cerrar este diálogo:

...¿cómo construir nuevas masculinidades críticas, anti-homofóbicas, anti-racistas y anti-clasistas que conozcan los límites y peligros del modelo tradicional de masculinidad?...

En mi modesta opinión, contar con la disposición de muchas personas en el mundo para que cada una, desde su lugar, “funde” un espacio para el diálogo y el debate reflexivo en cuanto al tema: desde la familia, la escuela, el centro laboral, el barrio o localidad de convivencia y tantos otros.

A nivel del activismo local: diseñar programas educativos de capacitación y sensibilización con la implementación de talleres y espacios de debate sobre el tema a nivel comunitario. Cuba es un ejemplo de ello, al contar con la voluntad política del Estado y Gobierno, así como con diversas organizaciones e instituciones sensibilizadas y responsabilizadas con la educación sexual.

A nivel de Gobiernos y Estados sería bueno contar con muchos “oídos receptivos” para el diseño e implementación de las necesarias y

pertinentes políticas públicas, que propicien el respeto a los básicos y elementales derechos humanos, y en especial, a aquellos sectores poblacionales vulnerables ante la hegemonía predominante.

Pero existe un espacio al cual casi todas y todos tenemos acceso libre, para el que no es necesario “hacer colas”, “comprar tickets” o “hacer reservación anticipada”, “tener pasaporte” o “pedir audiencia”: la familia. Desde ahí concientizar, sensibilizar y educar, augura un futuro mejor. Así aprovechamos para hacer reflexionar críticamente a esa persona que, desde el inicio de este diálogo, hizo su primera intervención y le dio título a este artículo:

...¿Yo?... “macho desde la cuna”.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Natanael Disla

Es Magíster en Género y Desarrollo por el Instituto Tecnológico de Santo Domingo INTEC. Profesor de Ciencias Sociales y Humanidades en la misma universidad. Posee una Diplomatura en Abordaje de la Masculinidad Agresora desde la Perspectiva de Género en el INTEC. Ha cursado estudios de Licenciatura en Teología en el Seminario Bautista de República Dominicana. Es investigador del Grupo de Estudios Multidisciplinarios sobre Religión e Incidencia Pública (Buenos Aires, Argentina), y miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Sus intereses de investigación giran en torno a los estudios de género y masculinidades en la religión, masculinidades y poscolonialidad, género y municipalidad, y discursos teológicos en la construcción de masculinidades en los espacios religiosos. Tiene experiencia en docencia y trabajo profesional en las áreas de ciencias sociales, género, feminismos y niñez. Es Coordinador de la Unidad de Gobierno Local del Observatorio Político Dominicano. Ha colaborado con diversos organismos ecuménicos como el Consejo Latinoamericano de Iglesias CLAI, el Movimiento Juntos por la Niñez y la Juventud, World Vision República Dominicana y la Red Global de Religiones a favor de la Niñez GNRC.

Masculinidades y ritualidades religiosas en jóvenes pentecostales dominicanos de extracción popular

Crecí en una familia profundamente religiosa, en lo que hoy se conoce como Santo Domingo Norte, en la República Dominicana. Los caminos de la vida me llevaron a estudiar ciencias teológicas en el Seminario

Bautista de República Dominicana, en Santo Domingo Este, con el mero objetivo de conocer más sobre mi fe protestante¹. Al cabo de un año, me había apasionado en todo lo relativo a las teologías, al estudio de las religiones y a la vida de iglesia. Allí encontré lo que buscaba y conocí la teología progresista, a la que ni de asomo, en mis años mozos había tenido acercamiento.

Las iglesias constituyen un espacio importante en la vida de los hombres. Las relaciones humanas forjadas allí duran muchos años, al tiempo que los grupos de pares van reforzando la masculinidad que se va construyendo a través de símbolos y de los discursos eclesiales.

Al pasar el tiempo en el seminario, participé en varios cursos sobre género y masculinidades desde las perspectivas religiosas, que ampliaron mi panorama y me permitieron cuestionarme profundamente mi masculinidad y lo que había entendido hasta el momento sobre la divinidad, los discursos religiosos y la cosmovisión de la vida. Plenamente convencido de que podía aportar a otra forma de comprender las relaciones entre hombres y mujeres, así como las masculinidades, ingresé a la Maestría en Género y Desarrollo del Instituto Tecnológico de Santo Domingo INTEC, donde me recibí en 2016, con una tesis sobre la construcción de la masculinidad en jóvenes pentecostales dominicanos de extracción popular, a partir de un trabajo de campo de tres meses, en una iglesia pentecostal del Ensanche La Fe, un barrio popular de Santo Domingo.

Los hombres llegan a las iglesias buscando un sentido para sus vidas. En muchas ocasiones, llegan a esos espacios de socialización después de tener un fracaso amoroso, para dejar de tomar alcohol o fumar; buscando mejoría social y económica, o para rescatar su matrimonio

1 En este artículo estaré utilizando los términos protestante y evangélico como sinónimos.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

o mejorar la relación con sus hijos e hijas. En mi investigación, partí de los postulados del sociólogo de la religión chileno Miguel Ángel Mansilla Agüero y su concepto de “resignificación de la masculinidad”. Las iglesias pentecostales construyen, a partir de los modelos masculinos de los textos bíblicos, representaciones que pretenden apartarse de la masculinidad tradicional, hipersexuada y violenta. En tal sentido, resignifican la masculinidad a partir de la domesticación y feminización del hombre, evidenciado en el dominio de su sexualidad y en la construcción de una «masculinidad adecuada», enfatizando el papel del hombre como «maestro».

El pastor de la congregación objeto de mi investigación contaba, al momento de la entrevista, con 79 años de edad. Se ufana en decir que había levantado el templo de la iglesia desde cero. En sus sermones, enfatizaba que hay que hacer el mayor esfuerzo posible para salir adelante en la vida. En un contexto popular como el del Ensanche La Fe, ese discurso encuentra mucho sentido. En mi trabajo de campo pude ver, en condiciones de hacinamiento, al menos a tres de los cinco jóvenes que entrevisté. A todo esto, el líder de jóvenes de la iglesia —a quien también entrevisté— tiene un negocio propio de venta de dispositivos móviles, a sus 25 años de edad. A este chico le corresponde predicar en algunos servicios. En contraposición a las posiciones cerrazónicas del pastor, las de este chico son un poco más abiertas, quizás debido a que al momento de la entrevista cursaba estudios teológicos, y por la experiencia de acompañar pastoralmente a los jóvenes de la congregación. Sin embargo, ello no quiere decir que estemos ante cambios generacionales de actitud de gran calado. Cuando llegué a entrevistar al líder de jóvenes a casa de su suegra, me encontraba un tanto indispuerto de salud. Le pedí un vaso de agua para tomarme un medicamento que aliviara mi quebranto. Llamó a lo lejos a una de las mujeres de la casa, sin recibir respuesta alguna. Pasó el tiempo y el vaso nunca llegó. Nunca se preocupó él mismo por buscarme el vaso de agua que aliviara mi indisposición de salud.

Estos discursos basados en una masculinidad “emprendedora”, tienen mucho sentido en congregaciones como la mencionada, en la que las dificultades económicas son una de las causas por las que las parejas de la iglesia han tenido conflictos entre sí. A juicio de los líderes, la intimidad sexual es una de las formas de «compartir responsabilidades». Si el hombre trabajó duro durante el día, en la noche la mujer debe «resolverle».

Los discursos construidos en la iglesia objeto de mi estudio modelan una masculinidad “emprendedora”, creando una forma de ser hombre más hogareña y cercana, que la de otros hombres no cristianos. Sin embargo, la actitud del líder de jóvenes para conmigo me mostró que, para él, las mujeres están para servirle al hombre, y que la solidaridad entre hombres no es un asunto como para ocuparse con diligencia.

De entrada, esperaba encontrarme con jóvenes más críticos con lo establecido y con discursos y paradigmas radicalmente distintos a los de los líderes. Sin embargo, los jóvenes de la iglesia objeto de mi estudio repiten los mismos discursos de los adultos, desde la abstinencia sexual y el rol asignado de proveedor hasta la disciplina eclesiástica² como mecanismo de control social. Estas actitudes parecen avalar lo dicho por la socióloga argentina de la religión Mariela Mosqueira, cuando concluye que el discurso evangélico resemantiza las representaciones circulantes que otorgan capacidad de revolución y rebeldía a las y los jóvenes.

2 La disciplina eclesiástica se refiere al mecanismo de control social que consiste en que cuando un o una fiel comete un «pecado» (infringe las reglas establecidas), se le pide que se retire de cualquier responsabilidad que tenga en la iglesia, tales como cantar, tocar un instrumento o predicar, hasta que la persona manifieste un «arrepentimiento genuino».

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Para los jóvenes pentecostales, la opinión que otros tengan de ellos es muy importante para su vida. El «qué dirán» norma la vida de estos chicos, que entienden que deben cuidarse de no salir con chicas no cristianas ni de compartir a profundidad con otros chicos no cristianos. A estos jóvenes les está prohibido ir a discotecas o ir a la playa con otros chicos y chicas que no sean cristianos.

Uno de los chicos entrevistados es músico y me manifestó que no escucha música que no sea cristiana. Llega al extremo de cohibirse de tocar con otros músicos no cristianos o de grabar canciones no cristianas. Esta actitud concuerda con las de los adultos de la congregación, que entienden que las familias cristianas deben «cuidarse» de las que no lo son, ya que pueden llevarles a desarrollar actitudes impropias o que pongan en juego sus principios cristianos. Como se ve, hay un abismo profundo en la vida cotidiana de los fieles de las iglesias pentecostales, que se evidencia en su reticencia enfermiza a relacionarse con personas que no comparten su fe. A todo esto, los jóvenes validan estos discursos, los repiten con sus actitudes y comportamientos, y se vigilan entre sí a través de los grupos de pares.

En mi experiencia como hombre de fe crítico con las jerarquías eclesíásticas, es de suma preocupación que las nuevas generaciones, lejos de romper con los paradigmas y esquemas de pensamiento violentos heredados de generaciones anteriores, los modelan y repiten revistiéndolos de nuevas formas que, a fin de cuentas, siguen siendo machistas y violentas. Unido al hecho de que los jóvenes hacen vida en las iglesias durante muchos años, no es de extrañar que los pocos cambios que se vean sean superficiales, que no afectan de ninguna manera los discursos que modelan las jerarquías.

El principio de que el hombre debe ser «cabeza del hogar» está muy arraigado en los jóvenes, hasta el punto de que, en una de mis visitas a

uno de los chicos, este se encontraba en la casa de sus padres con su pareja y esta le cocinaba el almuerzo. Para estos chicos, la mujer debe ser la «ayuda idónea» de su esposo. Si la mujer se niega a ello, está faltando al mandato bíblico. Sin embargo, señalan que es necesario que haya corresponsabilidad entre el hombre y la mujer a la hora de tomar decisiones. Pero esto no quiere decir que los comportamientos machistas se vayan socavando.

El pentecostalismo puede ser capaz de resignificar la masculinidad. El hombre pentecostal siente que no debe ser un dictador en su casa, que tiene que estar presente en el hogar junto a su mujer y a sus hijos e hijas. Al asumir un «comportamiento adecuado», lejos de las discotecas, el consumo de alcohol y cigarrillos y la vida con otras parejas esporádicas, el hombre pentecostal puede economizar los recursos escasos y destinarlos al hogar. Sin embargo, lejos de esta masculinidad resignificada en un fermento de actitudes y comportamientos que subviertan el orden establecido —edificando relaciones humanas igualitarias y alejadas de los binarismos de género—, resulta un mecanismo más, que utiliza el patriarcado para continuar subsumiendo a los hombres en dinámicas machistas y en relaciones desiguales, donde ellos son los «maestros» y sus parejas quienes deben servirles, ya no como machos fuertes lejanos, sino como machos bellos cercanos.

Ciertamente, el camino para que las iglesias pentecostales sean comunidades liberadoras es largo. Desde la década de 1910, cuando el pentecostalismo llegó a América Latina, a Chile, específicamente, era visto como la «religión de los pobres», en contextos de gobiernos dictatoriales y de un catolicismo romano mayoritario. Cuando llegó la democracia y se urbanizaron las sociedades, el catolicismo romano fue perdiendo adeptos, y el pentecostalismo experimentó un crecimiento exponencial, en casi todos los países de América Latina. Las élites políticas empezaron a cortejar a los pentecostales, hasta el punto de

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

que hoy en día, el pentecostalismo y las iglesias evangélicas son un segmento de la sociedad que busca sus cuotas de poder con los gobiernos de turno.

Los jóvenes pentecostales tienen las capacidades para repensar las comunidades de fe como fermentos de cambio, han sabido escuchar los signos de los tiempos y han realizado algunos cambios estéticos en sus congregaciones. Sin embargo, la teología que heredaron de las generaciones anteriores sigue siendo la misma, y ya no le dice nada a las nuevas generaciones con las que intentan dialogar. Para que las comunidades pentecostales dejen de ser espacios estáticos, y se conviertan en iglesias donde se modelen masculinidades igualitarias y liberadoras, se necesita una teología que repiense la divinidad fuera de la imagen del Dios blanco varón. De esa manera, podrán construirse relaciones humanas basadas en el cuidado mutuo, la escucha atenta y el poder comunitario.

Eduardo Varas

(Guayaquil, 1979) es un novelista, músico y periodista ecuatoriano. Actualmente reside en Quito. Estudió Comunicación Social en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil y fue miembro del taller de Escritores de Miguel Donoso Pareja. Ha trabajado para varias compañías de medios de impresión, como los diarios El Comercio, El Universo, el Expreso y El Telégrafo, y las revistas Soho, Diners Mundo y Ecuador Infinito. En 2007 publicó el libro de cuentos Conjeturas para una tarde y en 2008 formó parte de la antología "El futuro no es nuestro" junto con varios escritores latinoamericanos de cuentos. Es el autor de la novela Los descosidos (2010). En 2017 publicó el libro "Faltas ortográficas". Actualmente es docente universitario.

Murió Hugh Hefner, el hombre que jamás hizo una revolución¹

Playboy, y por mimesis, su fundador, no lideraron un proceso de libertad para las mujeres al permitirles posar desnudas en sus páginas. Por el contrario, las estandarizaron para que encajaran en el gusto masculino, donde el hombre decide qué hacer con la mujer, porque puede y porque quiere.

"We make her paint her face and dance"

—John Lennon—

1 Este artículo fue originalmente publicado el 25 de julio de 2016 en la revista digital GK y se lo encuentra en el siguiente link: <https://gk.city/2017/10/01/muere-hugh-hefner-hombre-sin-revolucion/> Agradecemos la autorización de la revista para incorporar este texto en la presente publicación

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

Era 1949. Norma Jean Baker necesitaba dinero y aceptó tomarse unas fotos, desnuda, por las que recibió 50 dólares. Cuatro años después, Norma se llamaba Marilyn Monroe y era una figura muy reconocida por el norteamericano promedio, con varias películas protagonizadas. Por eso, un editor de Chicago —que ni siquiera llegaba a los 30 años— vio la oportunidad del siglo cuando consiguió comprar esas fotos por 500 dólares y las publicó en la primera edición de su revista, que llamó Playboy.

Vendió 50 mil ejemplares en los primeros días. Era diciembre de 1953.

Marilyn tuvo que salir a explicar, en una entrevista, que hizo las fotografías tiempo atrás, en un momento de desesperación económica y que no tenía poder sobre ellas. Temía que destruyeran su carrera y por eso prefirió aclararlo.

Él nunca le preguntó sobre esas fotos, o pidió permiso, o le importó en algo lo que podría pasar con Marilyn cuando se publicaran.

Esta es la síntesis de Hugh Hefner como editor: el tipo capaz de hacer lo que sea, para que la publicación triunfe o llame la atención. También sintetiza la mirada de Hefner hacia la mujer: el hombre decide qué hacer con ella, porque tiene el poder para hacerlo, sin importarle nada más.

No veo mucha diferencia entre Hefner y los tipos que suben fotos y videos de sus ex a la web, para vengarse de ellas². O con los tipos que hackean los teléfonos o cuentas en la nube de actrices, o de cualquier

2 Terán, Nessa. (10 de agosto de 2015). "Enviar (o ver) mi foto sin mi permiso es agresión sexual". En GK. Disponible en <https://gk.city/2015/08/10/enviar-o-ver-mi-foto-sin-mi-permiso-es-agresion-sexual/> (Consultado el 14 de marzo de 2018).

mujer, y publican todo lo que tenga que ver con desnudos o actos sexuales. Lo hacen porque pueden, y eso es suficiente.

La revista que Hefner creó es considerada por muchos como pieza fundamental de la revolución sexual. Quizás haya tenido su relevancia por el momento en que apareció y por, se supone, celebrar la desnudez femenina, ante una sociedad que aún sigue siendo sexualmente pacata. Playboy también fue espacio de temas sociales complejos en su época, como la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, la defensa de la libertad de expresión, los derechos de homosexuales o cualquier otro que pudiera considerarse importante bajo el tamiz liberal con el que se manejaban, incluyendo el derecho al aborto. En otras palabras, esa era la época y Playboy no estaba atrás. Podríamos quedarnos con eso, o con las firmas de tantos autores y autoras de renombre que publicaron reportajes, crónicas, cuentos o fragmentos de obras en sus páginas, una intelectualidad que supo encontrar en Playboy un espacio para mostrarse.

Y quizás ahí radica un problema que, al ser notado, entra en un terreno pantanoso.

No se puede criticar a Playboy o a Hefner, sin ser catalogado como conservador, curuchupa, descabellado o sin ser calificada como feminazi. Porque ese gran “pro” que supone Playboy —alrededor de cierta naturalización del cuerpo desnudo de la mujer— no puede ser negativo, ¿no? Sería imposible, ¿no? Y obvio, la desnudez no es el problema; sin embargo, lo que Playboy ha generado, con su aproximación a la desnudez femenina, es lo que debería ponernos a pensar en estos días, en que encontramos todo tipo de tributo a Hugh Hefner.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

La desnudez femenina de Playboy es la desnudez del hombre que decide cómo la mujer debe verse sin ropa. No es una exploración de la sexualidad femenina. Es, en realidad, la determinación masculina sobre el cuerpo femenino. Y eso no puedo conciliarlo con nada. Se es liberal o no se es. Y Playboy ha demostrado en más de 60 años, que al ser una revista para hombres —solteros, el eterno bachelors como epítome del éxito en la vida—, el cuerpo femenino tiene el mismo nivel que la arquitectura, los consejos para verse bien, para triunfar, la política y los famosos.

No hay mujeres exponiendo su sexualidad, sino hombres observando esa desnudez desde el poder que la misma sociedad les ha dado. Hombres creando una fantasía de mujeres sin ropa, estandarizándolas como conejitas, rubias, de medidas considerables en su pecho, con piernas interminables y traseros como duraznos. Playboy vino a romper con la imagen aburrida del hombre como tipo de familia y jefe de su casa, sin aspiraciones. ¿Y la mujer? Pues al servicio de ese nuevo hombre *cool*, alegre, de mundo.

La aspiración femenina se centraba —y se centra— en ser ese objeto de placer para el hombre. Objeto generalizado, sin espacio para la individualidad, descartable.

Esa es la revolución sexual que se celebra cuando se habla de Hugh Hefner. El tipo que aparecía en bata roja, en el centro de la imagen, rodeado de mujeres que podían ser intercambiables.

Quizás Amanda Hess, redactora de la sección cultural de The New York Times —y quien también escribió en Playboy— es quien da en el clavo en una conversación, que tuvo días atrás, con otras redactoras del diario, sobre Playboy y la perspectiva de Hefner. “Lo que él hizo

fue más como un ‘pivote’ sexual. Él rebautizó la objetivación de las mujeres como algo intelectual y bonito”—dice Hess— “Su proyecto tuvo poco que ver con el sexo. Su marca, para mí, es sobre poder. Él fue un tipo que mantuvo una colección de muñecas vivas en su casa de juegos, en un ambiente que él podía controlar en su totalidad y por eso nunca salió de ahí”.

Holly Madison fue novia de Hefner, vivió en la mansión Playboy desde el 2000 al 2008 y fue una de las protagonistas del *reality* “*The girls next door*”. Por el testimonio que da en su libro *Down the rabbit hole...*, sabemos que las reglas en la casa rozaban la ridiculez y el control extremo. Las mujeres debían respetar el toque de queda que se imponía en la casa desde las nueve de la noche; debían verse jóvenes y vestirse y maquillarse como él quería. Había reclamos si subían de peso y, si alguna quería hacer algo que quisiera y que no lo involucraba, Hefner le hacía sentir como si lo hubieran defraudado.

“Lo que quise crear fue un fenómeno *pinup* dedicado a la chica de al lado. La belleza está en todos lados —en el campus, en la oficina, en la puerta de al lado. Ese era el concepto... a las chicas lindas les gusta también el sexo —es parte natural de la vida. Y no hay que avergonzarse de eso. Parte de la revolución sexual es dotar de racionalidad a la sexualidad. Porque si no aceptas la sexualidad en una perspectiva normal, te quedas con una sexualidad torcida, de esas que destrozan vidas”, dijo Hugh Hefner en una entrevista en 2003, a la NPR, por los 50 años de Playboy.

Ese fenómeno de la chica de al lado, como construcción social, ha sido exitoso, sin duda. Pero es artificial cuando supone, desde su concepción, algo que no es: no importa si a la chica de al lado le gusta el sexo, o si responde a la belleza marca Playboy, importa que los hombres disfrutemos de ese aparente gusto o de ese físico femenino, una ficción creada desde una mirada masculina. Ese artificio, sobre

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

una aparente sexualidad libre, es quizás algo que al mundo le costará sacarse de encima. Mientras no sea un problema que una mujer se desnude para cumplir con fantasías de hombres, sin pensar en las propias o ejercerlas abiertamente como una aspiración social, no habrá revolución posible.

¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)?

Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado

- ¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)? - La necesidad de un diálogo transformador y sanador
Gustavo Endara
- Masculinidades críticas para vencer al patriarcado. Entrevista a Leonardo García
Mariano Schuster
- Interseccionando desigualdades espaciales en Quito: la lucha por el derecho a la ciudad desde identidades diversas y disidentes
Ignacio Espinosa
- Masculinidades - Contribuciones, estancamientos y oportunidades desde las comunidades G(LBTIQ+)
Andrés Pinto Álvaro
- Caminando juntos - Reflexiones para una paternidad consecuente
Carlos Pástor Pazmiño
- Grupos para hombres padres: la paternidad como eje en la equidad de género
Joel Audí Poy
- Paternidad y patriarcalidad - Apuntes sobre tenencia, cuidado y desigualdades de género (a propósito del debate sobre custodia compartida en Ecuador)
Cristina Vega y Carolina Baca
- La importancia de que los padres nos convirtamos en madres. Papás distintos crean políticas públicas y sociedades diferentes
Juan Jacobo Velasco
- Hombres de hombrás a contrapelo - De las guerras internas y de las de afuera
Javier Omar Ruiz Arroyave
- Lorena denuncia 12 años de maltratos y una jueza le ordena olvidarlos
Lisette Arévalo Gross
- Cuerpo y masculinidad violenta ¿Por qué es difícil narrarnos?
Abelardo Palma Molina
- Los vínculos apasionados en la construcción masculina: poder, sujeto y género
Eduardo Llumipanta
- La experiencia de la corresponsabilidad en la cotidianidad de los hombres, una oportunidad para la transformación social desde las masculinidades
Román Alexis Huertas Montoya
- ¿Virtualmente nuevos o no? Masculinidad/es en-red-dad@s en lo virtual. Viejos problemas en nuevo formato
Devanir da Silva Concha
- ... ¿Yo? ... "macho" desde la cuna
Rigoberto Oliva Sánchez
- Masculinidades y ritualidades religiosas en jóvenes pentecostales dominicanos de extracción popular
Natanael Disla
- Murió Hugh Hefner, el hombre que jamás hizo una revolución
Eduardo Varas

ISBN 978-9978-94-188-1



9 789978 941881

**FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG**

